

## **SEMINARIO DE HISTORIA**

Dpto. de H<sup>a</sup> social y del Pensamiento Político, UNED  
Dpto. de H<sup>a</sup> del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos,  
Universidad Complutense de Madrid  
Fundación José Ortega y Gasset

Curso 2011-2012  
Documento de trabajo 2011/7

### **POLÍTICAS DE LA MEMORIA: DESDE LA TRANSICIÓN Y CON LA REPÚBLICA**

JOSÉ VARELA ORTEGA  
Instituto Universitario José Ortega y Gasset/Universidad Rey Juan Carlos

**SESIÓN: JUEVES, 1 DE DICIEMBRE, 19 H.**

Lugar: Biblioteca  
Instituto Universitario José Ortega y Gasset  
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: [seminariodehistoria@gmail.com](mailto:seminariodehistoria@gmail.com)

## POLÍTICAS DE LA MEMORIA: DESDE LA TRANSICIÓN Y CON LA REPÚBLICA\*<sup>1</sup>

### De un homenaje, por tardío no menos sentido ni merecido...

al Profesor Santos Juliá. Así, en efecto, nace este ensayo: de que no llegué a tiempo del *Festschrift*. Como se trata de una reflexión sobre alguien que nos ha estimulado, que nos ha provocado; en suma, que nos ha hecho pensar, intrigándonos y preguntándonos, en la mejor forma socrática del magisterio, estas páginas, como no podía ser menos, están plagadas de referencias a sus libros, artículos y conferencias que han escudriñado en los temas por los cuales aquí, fugazmente, se deslizan hipótesis y reflexiones. En definitiva, se trata de dar vueltas alrededor de las muchas preguntas y sugerencias que, de palabra y por escrito, nos ha formulado Santos Juliá durante tantos años.

Estas líneas también están extraídas, que no forzadas, de un trabajo más amplio que pretende observar la política desde la perspectiva de los (señores) empresarios o profesionales del poder y busca el origen y destino del sistema democrático en un acuerdo de reglas fijas para resultados inciertos que, a veces, renace de experiencias traumáticas pero *aleccionadoras* –para tomar prestada una reflexión de Prieto.

### Dos Guerras para dos Transiciones

Una guerra civil no se conmemora –afirmó Felipe González en 1986, con ocasión del medio centenario del 36- se rememora para no repetirla: ”nunca más”, fue el conjuro del Presidente español, con una expresión que parecía literalmente traducida del *never again*, con que los ingleses del seiscientos quisieron cerrar medio siglo de enfrentamientos fratricidas. Pero todo aquel espíritu positivo de *bonhomie*, tolerancia y generosidad parece ahora un sueño lejano porque, en la España de estos últimos años, que parecen estar agonizando entre los estertores de una crisis profunda, hemos respirado un ambiente muy diferente al de entonces, tenso, cargado y sofocante que ha contaminado hasta la historia: un país arruinado y sin trabajo, internacionalmente marginado y sin objetivos claros, deprimido y malhumorado, hundido en una espiral, arbitraria e innecesaria, pero negativa, en todo caso, era previsible que se enredara en una “guerra de esquilas” y que demasiados escritores resucitaran una especie de querrela entre polígrafos, en donde parecen reproducirse los viejos y rancios argumentos de aquel trágico enfrentamiento civil de hace 75 años.

Sin embargo, no fue un espejismo. Hace veinticinco años, se evocó la trágica efeméride en una España del todo distinta a la actual. Entonces, se había completado con éxito, satisfacción y orgullo la Transición y el país, incorporado a la Unión Europea y a la Alianza Atlántica, lanzado por una senda de fuerte crecimiento económico, apertura y creciente prestigio internacionales, respiraba un ambiente positivo de seguridad, autoestima y optimismo. Y reconciliación. Esa fue la consigna del momento. De casi todos –y no sólo la del Partido Comunista de 1956. Un espíritu que prolongaba el sentir con que se había abordado la Transición de 1978. Y que supone el triunfo político –nos dice el profesor Santos Juliá- de “un nuevo sujeto ajeno a la Guerra Civil”<sup>2</sup> que vuelve

---

<sup>1</sup>\* essay in process subject to alterations, not to be quoted and/or reproduced

<sup>2</sup> S. Juliá, 2003)

la espalda a la *generación fratricida*<sup>3</sup>. Al fin, con aquello de *nosotros, hijos de los vencedores y de los vencidos...*<sup>4</sup>, comenzó el movimiento de protesta de 1956. Y continuó en el congreso de Munich de 1962, en que se reunieron, para un ejercicio de concordia democrática, españoles del interior y del exilio; antiguos “rojos” escarmentados y viejos franquistas, *arrepentidos* de una *triste victoria*<sup>5</sup>, con la idea de “amnistiarse unos a otros y liquidar la herencia de la Guerra”<sup>6</sup> Aquello terminó en la cárcel porque el general Franco, que vivía precisamente de esa herencia, se enfureció. Y con razón, desde su punto de vista: reconciliación y acuerdo eran lo contrario de victoria y enfrentamiento, la filosofía con que la dictadura mantenía “prietas las filas”.

Aunque la democracia todavía se demoró casi dos décadas, con esos mimbres de concordia se elaboró la Transición. No hubo ruptura: *de la ley a la ley*, fue consigna y estrategia a la vez<sup>7</sup>. Por primera vez logramos no *saltar sobre la legalidad*, como reclamaba Prieto al principio de su exilio (1940), evitando lo que un gran historiador catalán consideraba el maleficio de la historia contemporánea de España desde la francesada: quebrar *los hábitos de obediencia y respeto a la ley*<sup>8</sup>. Sin duda, el Presidente Suárez acertó a expresar un sentir generalizado cuando afirmó que el cambio consistía en articular jurídicamente *lo que estaba en la calle*<sup>9</sup>: una realidad social que ya existía a esa altura en un país modernizado y transformado.

La Transición fue, en efecto, una transacción –un término denostado en estos últimos años, aunque quizá fuera Azaña el primero en utilizar (1937)<sup>10</sup>– un pacto, como casi todos los regímenes democráticos estables desde sus orígenes más remotos. Y, en la época, ninguno de sus autores –a derecha e izquierda– se avergonzaba de ello. No “fue una bajada de pantalones”<sup>11</sup>. Antes al contrario, se alardeaba con orgullo –y exhibía como ejemplo– el hecho de haber sido capaces de enterrar con el acuerdo la vergüenza sangrienta de la Guerra. Así pues, pierden –o escamotean– el palpito de una época quienes ahora sostienen que miedo, claudicación u ocultación escoltaban el espíritu de aquel tiempo. Se hizo lo que se quería hacer: una democracia plural y, por ende, pactada. Se buscó el acuerdo como un bien democrático. Y las concesiones mutuas se interpretaron como la representación legal de una filosofía política tolerante que, renunciando al monopolio de la verdad, procuraba aceptar –en lugar de eliminar– al adversario.

En aquel tiempo tensionado e incierto, siempre; dramático, a veces; pero tiempo de alegría y esperanza, optimismo e ilusión, también, las cesiones no se tradujeron por claudicaciones. Como en el mito clásico de origen, *demokratia* se asoció a *koinonía*, la amistad cívica, desde una filosofía política de concordia como declinación legal de un sistema de acuerdos para gestionar la discrepancia. En un escenario político en que los actores, como en los dramas de Esquilo, intentaban exorcizar el enfrentamiento,

---

<sup>3</sup>I. Prieto, \*\*):

<sup>4</sup>S. Juliá, *Hoy no es Ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX* (Barcelona, 2010), p.257

<sup>5</sup>I. Prieto, 1940)

<sup>6</sup> Juliá, *Hoy no es Ayer*, op.ct., p.257

<sup>7</sup> Ch. Powell, 2000)

<sup>8</sup> J. Vicens Vives, 1961)

<sup>9</sup> J.F. Fuentes, *Adolfo Suárez*, (Barcelona, 2011)

<sup>10</sup> Juliá, *Hoy no es Ayer*, op.cit., p.247

<sup>11</sup>J. Leguina, *El duelo y la revancha. Los itinerarios del antifranquismo sobrevenido* (Madrid, 2010), p.130

caracterizado como "tragedia colectiva"<sup>12</sup>, con la concordia democrática, no es extraño que versificaran una leyenda histórica común. Fue un relato poco caritativo con el pasado sobre el que cayó una dura condena como argamasa de un presente nuevo que se quería reconciliado y consensuado. ¿"Amnistía histórica"?, nos cuentan ahora<sup>13</sup>. Para nada. Precisamente, lo contrario: condena de la historia contemporánea de España *que* – a decir de Felipe González- *dejó una imagen nada envidiable de crisis permanente*<sup>14</sup>. El enfoque que adoptaron los padres transicionales españoles fue muy crítico pero "ejemplarizante" y "aleccionador" –como anunciaba Santiago Varela en un libro temprano<sup>15</sup>–, que no retributivo, de la historia reciente<sup>16</sup>; una "pedagogía de la democracia"<sup>17</sup> con "nuestro horrible pasado"<sup>18</sup> que buscaba "aprender"<sup>19</sup> de "errores y desaciertos"<sup>20</sup>, evitando que el proceso democrático se convirtiera "en un ajuste de cuentas"<sup>21</sup>.

A efectos de comprender el discurso histórico de la Transición, la literatura de los vencedores, henchida de *hübrys* e iluminada de omnipotencia, tiene poco interés. Y, en cuanto a los vencedores que cambiaron radicalmente de postura filosófica y política – que los hubo de coraje y mérito- mucho más que hablar de la "España perdida", pasaron a engrosar las filas del futuro de España. Dionisio Ridruejo, como ejemplo revelador de la afirmación precedente, publicó en la revista *Mañana* (Junio-Julio, 1965) un artículo titulado "El Régimen y la transición democrática"<sup>22</sup> que el profesor Santos Juliá<sup>23</sup> lo encuadra, con razón –y no sólo por el título, que también- en la avanzadilla de ese cambio político.\*\*\*\*\*. Por fin, en este mismo grupo de vencedores que honestamente variaron sus ideas para pasar a defender una salida democrática, Pedro Laín supo resumir la orientación de forma lacónica pero efectiva: *hemos de ayudar a reconstruir lo que ayudamos a destruir*<sup>24</sup>. Pero poco o nada hablaron –al menos, después de la Guerra- de lo destruido y de los problemas y dificultades que encontraron en la España liberal y republicana<sup>25</sup>, salvo reconocer que *una guerra civil es una inmensa tragedia sobre la que no cabe fundar el porvenir* (Joaquín Satrústegui)<sup>26</sup>.

### Inventariando los errores de la República

Otra cosa, son los derrotados. Araquistáin -el feroz director de *Leviatán* en los años treinta y uno de los "artífices de la bolchevización del PSOE"- reclamaba *una radical cirugía ética*, convirtiéndose en los años cuarenta en atlantista acérrimo "y ferviente partidario de la reconciliación nacional y del pacto con los monárquicos". Y, en efecto, *"la derrota desencadenó en la izquierda española una necesidad, entre inquisitiva y*

<sup>12</sup> Idem, p.313

<sup>13</sup> N. Sartorius, 1999)

<sup>14</sup> Felipe González, DSC 1995)

<sup>15</sup> S. Varela Díaz, 1978)

<sup>16</sup> P. Aguilar, 2004)

<sup>17</sup> C. Iglesias, 1999)

<sup>18</sup> S. Juliá, "Duelo por la República Española"

<sup>19</sup> M. Fraga, 1978)

<sup>20</sup> M. Roca, 1978)

<sup>21</sup> M. Álvarez Tardío, 2005)

<sup>22</sup> ed. J. Gracia, 2008)

<sup>23</sup> 7/XI/2009)

<sup>24</sup> 1956, *apud* A. Morales Moya; y P. Laín Entralgo, "Sobre la convivencia en España" en

<sup>25</sup> S. Juliá, "Trampas de la memoria", en EL PAÍS, 14/X/2006

<sup>26</sup> *Apud* J. Tusell, *La oposición democrática al franquismo*, (Madrid, 1977), p.344

catártica, de búsqueda y expiación de responsabilidades históricas en sus propias filas”<sup>27</sup>. La reacción tuvo lo suyo de viaje introspectivo y hasta traslación histórica de culpa, en una suerte de variante freudiana de las teorías del perpetuo fracaso ibérico, como resultante de un genotipo cultural cainita irremediable o, cuando menos, arrastrado desde tiempos remotos. En su correspondencia del exilio, Sánchez Albornoz y Menéndez Pidal, rastrean las causas de la tragedia española en la alta Edad Media, los visigodos y aún las guerras Sertorianas o las tribus celtíberas (Bosch Gimpera)<sup>28</sup>.

Aun cuando podamos aceptar la idea del ilustrado escocés que *de todas las interpretaciones históricas, la más vulgar es aquella que atribuye virtudes explicativas a una secreta cualidad de la raza* (Adam Smith), la angustia de los desterrados no deja de tener otra vertiente sumamente interesante. Hayek escribía que los pueblos aprenden del desastre producido por sus errores. Y, desde luego, si por “pueblo” se entiende, latu sensu, a los republicanos, muchos derrotados y desterrados supieron *extraer de tanta desolación lecciones de prudencia y arrepentimiento*<sup>29</sup>. Al exilio se llevaron penas y amarguras, pero también nostalgia, recuerdos y menos resentimiento que preguntas como envoltorio de propósitos de enmienda. La futura democracia española debía – según escribía Araquistáin en 1955 en una carta particular- “evitar los errores de la II República”<sup>30</sup>. Una actitud que, fuera ya del remordimiento, se diría también iluminada por el conocimiento y la experiencia de países democráticos centrales a donde les había conducido la diáspora. Muchos buscaban *inventariar los errores de la República* -el principal de los cuales, según Araquistáin, habría sido la incapacidad de realizar *una política prudente* que hubiera evitado “enfrentamientos con la Iglesia y el Ejército”- como lección para crear en España “un marco de convivencia, basado en la reconciliación y el consenso”<sup>31</sup>. Tan temprano como en 1942, Prieto –pública y solemnemente, *ante España entera*- se declaró *culpable, como pecado, de [su] participación en el movimiento revolucionario de 1934*. Y, en 1946, Fernando de los Ríos, además del propio Prieto -en las conversaciones que este último tuvo con Gil Robles- propusieron un gobierno provisional *de conciliación nacional*, precedido de una amnistía general<sup>32</sup>.

Por eso, quizá, resulta sumamente curioso –y significativo- que el discurso histórico compuesto por los “padres transicionales” entre 1975 y 1982 coincidiera con el relato de los “perdedores” del conflicto civil, en la amargura del exilio y a costas con su terrible experiencia traumática. Que, en un conflicto civil, el vencido es superior al vencedor en cuanto a generosidad, ya fue una observación que adelantó Plutarco en sus Charlas de sobremesa<sup>33</sup>. A efectos del argumento, importa poco que muchos de los políticos transicionales –y no sólo los procedentes de la derecha- ignoraran los escritos de los derrotados y desterrados republicanos. Antes, al contrario. Lo hace más interesante y revelador el que pudieran haber coincidido con Prieto, sin saberlo ni leerlo, al considerar que *la guerra era imputable a una generación estúpida* porque *tuvo por*

---

<sup>27</sup> Fuentes, Araquistáin, op.cit., p.42

<sup>28</sup> Archivo C. Sánchez Albornoz

<sup>29</sup> F. Vázquez Ocaña, Pasión y muerte de la Segunda República española (Madrid, 2007), p.17

<sup>30</sup> Fuentes, Araquistáin, op.cit., p. 399

<sup>31</sup> Fuentes, Araquistáin, op.cit., pp.111-112 y 216

<sup>32</sup> O. Ruiz-Manjón (ed.), Indalecio Prieto-Fernando de los Ríos. Epistolario, 1924-1948 (Madrid, 2010), pp. xxxvii, 156-159, 185 y 205-208

<sup>33</sup> Plutarco, Charlas de sobremesa 1987)

*fondo la ruina de España*<sup>34</sup>; y con Azaña al pensar que *el sistema imperante en la retaguardia republicana no era la democracia ni la dictadura militar y eclesiástica de los rebeldes, un engendro vividero*<sup>35</sup>.

No debe, pues, sorprendernos que mucho de la arquitectura política transicional esté dibujada con trazos que buscaban corregir supuestos errores del pasado. Así pues –y contrariamente a lo que, a veces, hoy se sostiene<sup>36</sup>– la democracia española actual no tiene como modelo originario la II República. La República fue un precedente pero no un referente. De hecho –y como les ocurriera a los padres de la III República, en sus reticencias y distancia respecto a los “cuarentayochistas” de la II República francesa<sup>37</sup>– más bien, hizo “de modelo negativo”<sup>38</sup>: la Transición legisló precisamente para *superar el pasado e impedir la vuelta de aquel clima que resultó tan dañino para España*<sup>39</sup>. Por otra parte, se trata de un fenómeno paralelo al acontecido anteriormente en otros países de nuestro entorno, en la medida que muchos de los sistemas políticos continentales surgidos tras la segunda contienda tuvieron como contra-modelos del fracaso europeo de entreguerras a la República de Weimar y a la III República Francesa.

¿Atinaron acaso nuestros políticos transicionales en el diagnóstico de los “males de la patria” pretérita? No mucho –y algo sobre ello he escrito en publicaciones especializadas<sup>40</sup>. Pero acertaron en que la guerra fue el parto catastrófico de filosofías monolíticas excluyentes, preñadas de intransigencia, gobernadas desde el sectarismo, abocadas a la eliminación de la discrepancia y orientadas a alumbrar la discordia. Como alguno de sus abuelos, tras *experiencias demasiado costosas*<sup>41</sup>, acertaron también en el rechazo a una versión maniquea de la contienda: en aquel disparate sangriento, errores y *crueledades, allá se iban*<sup>42</sup>. Algo que debiera traducirse como que los “unos” no son menos asesinados que los “otros”. “Un Estado democrático –nos enseña Santos Juliá– no puede llamar “asesinados” a las víctimas de la rebelión y “fallecidos” a las víctimas de la revolución”<sup>43</sup>. La distinción entre las víctimas –la caracterización de los “otros” como *barbaroi* (menos hombres)– es el cimiento para una coartada de la agresión<sup>44</sup> y está en la antesala psicológica de la Guerra.

No obstante, de la expresión de Azaña no puede inferirse “equidistancia entre los rebeldes y el Gobierno de la República”<sup>45</sup>. El Presidente de la República demostró con hechos y sufrimientos de que lado estaba. Tampoco hay que deducir de sus palabras un juicio comparativo en la estadística del crimen, que ni siquiera el alto magistrado podía evaluar en plena contienda con la amplitud y precisión con que nosotros lo conocemos ahora, tras innumerables trabajos de investigación<sup>46</sup>. Lo que hay –además de

---

<sup>34</sup> I. Prieto, 1940)

<sup>35</sup> M. Azaña, 193\*\* )

<sup>36</sup> p.e., en el Parlament de Catalunya: Ley 13/2007, de 31/X

<sup>37</sup> R. Rémond, *La vie politique en France, 1848-1879*, (Paris, 1969), pp. 27 y 140-141

<sup>38</sup> J. Pradera, “Vísperas republicanas”, EL PAÍS, 12/IV/1990

<sup>39</sup> Felipe González, 1977 y 1995)

<sup>40</sup> *Elecciones, alternancia y democracia* (Biblioteca Nueva, 2000)

<sup>41</sup> M. Azaña, 1939)

<sup>42</sup> M. Azaña, 193\*\*\* )

<sup>43</sup> S. Juliá, “inventariar todos los muertos”, en EL PAÍS, 21/IX/2008

<sup>44</sup> Fornari

<sup>45</sup> A. García Santesmases, “Memoria, equidistancia y reconciliación”, en EL MUNDO, 16/VIII/2011

<sup>46</sup> Entre otros muchos, vid., S. Juliá, *Víctimas de la Guerra Civil*, (Madrid, 2004); F. Espinosa Maestre, *Violencia Roja y Azul: España, 1936-1950* (Barcelona, 2010)

la convicción de que *abusos monstruosos* en la retaguardia contribuyeron a hundir la República, en lugar de sostenerla- es una repulsa moral del crimen, no importa la procedencia política.

Es curioso que Ortega llegara a conclusiones morales similares, aún partiendo de posturas muy diferentes en relación a la Guerra. En este sentido, es un error común considerar que la llamada “Tercera España” siempre tuvo una postura “equidistante”. Al menos, una parte sustancial de la misma, bastante pronto, se posicionó tanto contra “los Hunos” como contra los “Hotros” (con H unamuniana). Ortega salió en Agosto del 36 in extremis del Madrid revolucionario. Se refugió en Francia y terminó por instalarse en un piso en París. Allí acudían refugiados de las dos Españas, entre ellos, unas señoras Martínez Sierra, hermanas del conocido comediógrafo. El caso curioso es que cada una procedía de una España y ambas hablaban, sin escucharse, de las mayores matanzas que se producían en la zona de la cual habían huido. Al parecer, la intervención con que Ortega interrumpió la macabra competición fue: *si la diferencia está en las matemáticas, me parece que no me va a interesar*<sup>47</sup>. En este contexto, es notable que esa “Tercera España” haya obtenido una victoria postrera pero sustancial, al menos en la opinión pública –ya que no en la publicada- entre la sociedad surgida desde la Transición: un 52% de los votantes socialistas y un 62% de los del PP, se inclinan por esa postura<sup>48</sup>.

Cuando se escribe “acertaron” ¿quiere decirse que la descripción histórica de nuestros demócratas transicionales, fiel al mandamiento profesional del clásico alemán, respondía “a como los acontecimientos realmente sucedieron”, suponiendo que tal precepto tenga sentido? Desde luego que no. Ni tampoco, probablemente, era esa ambición académica la pretensión de nuestros políticos fundadores. Acertaron en cuanto que compusieron con éxito una leyenda histórica que servía a sus objetivos políticos presentes, consistentes en fabricar una democracia plural e integradora, consensuada y duradera también. Una leyenda compartida por el 86% de los encuestados por el CIS en diciembre del 2000, orgullosos de la Transición<sup>49</sup>, en contraste con los “desastres del pasado”<sup>50</sup>, que habrían culminado en una guerra civil, en que *todos tuvimos la culpa* de las “atrocidades que se cometieron”<sup>51</sup> –una cita que, significativamente, parece calcada del Todos fuimos culpables<sup>52</sup>, la conclusión con que un socialista de entonces, Juan Simeón Vidarte, tituló un libro muy madrugador. En todo caso, el éxito político (medido en términos de opinión y duración) de ese relato histórico compartido, compuesto durante – y para- la Transición, a la vista está. O estaba hasta el 2004.

### El olvido del recuerdo como estrategia de reconciliación

A quienes, en lugar de juzgar, prefieran comprender aquel tiempo de construcción democrática, les convendrá también saber que, del objetivo de concordia y acuerdo, no se seguía un “Pacto de Amnesia” por temor<sup>53</sup>. Tampoco se confundió “amnistía política,

---

<sup>47</sup> J. Ortega y Gasset, 1938

<sup>48</sup> J.J. Toharia, El pulso de España ; y Leguina, El duelo, op.cit., p. 102

<sup>49</sup> F. Moral, 2001)

<sup>50</sup> G. Peces Barba, apud Álvarez Tardio, op.cit.)

<sup>51</sup>

<sup>52</sup> J-S. Vidarte, Todos fuimos culpables, (México, 1973)

<sup>53</sup> R. Torres, 2002)

[originalmente, una “exigencia” de la izquierda anti-franquista, como hubo de recordarnos el profesor Santos Juliá<sup>54</sup>], con amnesia histórica”<sup>55</sup>. La cacofonía –y la etimología- tiende a emparejar y confundir términos que, en realidad, han tenido una intención contrapuesta: se amnistía precisamente porque se recuerda<sup>56</sup>. Quizá por eso, nunca antes ni después ha sido la historia más popular ni los historiadores más queridos y leídos. ¡Hasta mis libros se agotaron!

Todas las épocas tuvieron entonces su público pero ninguna comparable a la República, Guerra y posguerra. Al punto, que junto a la Revolución Francesa y II Guerra, el conflicto español y sus secuelas reúnen el conjunto bibliográfico más abundante del planeta<sup>57</sup>. La voracidad por conocer “lo que pasó”, que era ya incontenible aún antes de morir el dictador, no fue contenida después. Literatura de divulgación, artículos y revistas, entrevistas y debates, películas y documentales llenaron kioscos, programas de radio y de televisión. Basta repasar las publicaciones de todo género en 1981 y 1986, al cumplirse medio siglo de la proclamación de la República y de la Guerra. Otra cosa, es que no se hayan visto ni leído. Por eso, “es sencillamente absurdo” hablar de “espeso silencio”<sup>58</sup>, como ahora escriben algunos. Lo que si hubo fue el acuerdo tácito, mucho más socializado que oficializado, de “no utilizar políticamente” la tragedia del pasado, evitando que un Historikerstreit degenerara en un Bürgerstreit mediático como el actual<sup>59</sup>.

Como los atenienses del -403 antes de nuestra era, tras la tiranía de los Treinta<sup>60</sup>, “precisamente porque se tenía muy en cuenta ese pasado”<sup>61</sup>, se decidió “echarlo al olvido”<sup>62</sup>, evitando se convirtiera en arma arrojada de mutuos reproches. Y procesos. La argamasa de un cimiento democrático se amasa con acuerdos, que no con la picota del pleito. Burke, que todavía registraba el impacto de las guerras civiles inglesas del siglo anterior, advertía que *el objeto de la política no es la justicia sino la bondad*<sup>63</sup>. Y en el mismo sentido, pero en nuestros días, el Profesor Ben-Ami nos ha recordado que la estrategia de una construcción democrática no es tanto impartir justicia como ponerse de acuerdo. ¿Qué era posible, jurídicamente hablando, amnistiar a los miembros de ETA en 1977, al tiempo que se juzgaba a los responsables del aparato represivo del régimen? “Quizá era posible –contesta Joaquín Leguina a su propio contrafactual- pero hubiera sido un disparate” político<sup>64</sup>.

Para los atenienses del -403, la reconciliación era lo contrario de la praxis jurídica: se trataba precisamente de evitar procedimientos legales que, en el pensamiento jurídico clásico, eran sinónimo de conflicto y lucha (agon) entre dos posturas irreconciliables. De ahí, la prohibición de todos los díkhai (procesos) que amenazaran con desencadenar nuevos enfrentamientos, alimentados por el rescoldo de viejas querellas. Una política de moderación que recomendaba Isócrates (Contra Kallimakhos) para salvaguarda del

---

<sup>54</sup> Juliá, Hoy no es Ayer, op.cit., p.319 y 322

<sup>55</sup> N. Sartorius, 1999)

<sup>56</sup> Loiraux, op.cit, 1997)

<sup>57</sup> La atinada -y contrastada- observación es del Profesor Fusi

<sup>58</sup> Juliá, Hoy no es Ayer, op.cit., p. 170 y 304

<sup>59</sup> J. Álvarez Junco, EL PAÍS, 16/IX/2010

<sup>60</sup> Loraux, op.cit, 1997)

<sup>61</sup> C. Iglesias, 1999)

<sup>62</sup> S. Juliá, Claves, 2002)

<sup>63</sup> E. Burke

<sup>64</sup> Leguina, El duelo, op.cit., p. 26



régimen político: la amnistía era “la salvación de la democracia” (*demokratían sózein*), leemos en *La Constitución de Atenas*. En el sentido de la reconciliación ateniense entre “las dos ciudades”, la democracia se definiría como el equilibrio y la distancia que debe guardarse entre el consenso político (*homonoía*) y el ejercicio civil de la justicia<sup>65</sup>. Por eso, se trata de olvidar, no sólo los males que nos han causado, sino principalmente – nos enseña el epílogo de la *Odisea*- nuestra propia cólera (*mnasikholân*) y resentimiento. Pero olvido como parte de la memoria; esto es “el recuerdo de lo que se quiere olvidar”<sup>66</sup>. Desde la memoria se decreta el olvido, prohibiendo rememorar agravios pasados<sup>67</sup>, en Atenas, antes de nuestra era, con el mismo razonamiento –y proceso mental- que en el Edicto de Nantes o en el *Oblivion Act* de Carlos II. Científicamente hablando, el olvido –nos advierten los neurólogos- es un proceso sustractivo: el espacio que la actividad cerebral deja para el recuerdo<sup>68</sup>. En la Transición no se buscaba seguir la moda de la “judicialización del pasado”, como lo llama Henri Rousso<sup>69</sup>, sino de cerrarlo para mirar al futuro. *Hoy* –explicó Marcelino Camacho en las Cortes de 1977 con la autoridad que le conferían sus años de penalidades- *no queremos recordar ese pasado porque hemos enterrado a nuestros muertos y nuestros rencores*. Hacia el final de su *Antígona*, Sófocles hace que el coro celebre la victoria salvadora de la ciudad con la invocación de que, *desde los combates del presente, se instaure el olvido*. Quizá por eso, el olvido era venerado en el Erekteion: para sancionar una reconciliación (*diáulisis*).

Contrariamente a lo que ahora se repite<sup>70</sup>, en la Transición no hubo olvido impuesto. Y mucho menos “por decreto”<sup>71</sup>. Se decidió que cada municipio, partido, sindicato o agrupación cultural hiciera lo que mejor le pareciera con los “lugares de su memoria”. Algunos símbolos del régimen anterior permanecieron. Pero muchísimos más fueron desapareciendo, suavemente sin consignas oficiales, ni auto de fe gubernamental. Por decisión democrática de su corporación municipal, innumerables calles recobraron su nombre anterior a la Guerra. En otros lugares, como en Madrid, se optó por suprimir el patronímico franquista (Av. De José Antonio) para sustituirlo por la vulgata popular (la Gran Vía), en lugar de la republicana (Av. De Pi y Margall). En algún caso, hasta hubo su paradójico ajuste de cuentas contra la historia liberal y democrática, en un gesto que a Franco le hubiera complacido: el general Espartero, que defendió Bilbao, perdió una calle, mientras Zumalacárregui, que lo sitió pero nunca lo conquistó, ganaba otra. El callejero español, por fin, se ha ido llenando en estos años de nombres republicanos, socialistas y comunistas. Azaña, Prieto, Largo Caballero, Companys o la Pasionaria, tienen sus calles, avenidas y hasta monumentos. Actos de homenaje y recuerdo, inhumaciones, reparaciones e indemnizaciones a las víctimas de la represión franquista se han venido realizando, con lentitud quizá pero sin pausa, con sobriedad y elegancia, evitando el clarinete del Boletín Oficial y el tamborileo de la revancha.

---

<sup>65</sup> Loraux, op.cit, 1997)

<sup>66</sup> Juliá, op.cit., p.309

<sup>67</sup> Nagy-Fegueira, 1985)

<sup>68</sup> L.R. Squire, 2009)

<sup>69</sup> H. Rousso, *The Haunting Past: History, Memory, and Justice in Contemporary France*, (University of Pennsylvania Press, 2002),

<sup>70</sup> J. Fontana, 2003)

<sup>71</sup> M. Richards, 2001)

## Nostalgia de una ruptura

Tengo la impresión de que la idea de “amnesia histórica” y la exigencia de una especie de ajuste de cuentas con el pasado responde a una suerte de nostalgia por un fin revolucionario, brusco y retributivo de la dictadura. De alguna manera, se trata de una idea apoyada en una falsa analogía: ni por su destino, origen, prolongación y evolución es comparable la suerte del dictador español a los casos de Hitler y Mussolini. Es un hecho y, como tal incontrovertible, que el general Franco murió con el poder y en la cama de su Hospital cuarenta años después. Su destino no fue el de Hitler o Mussolini por varias razones -que he desarrollado con cierto detalle en otro lugar<sup>72</sup>- en buena medida aleatorias y que, en todo caso, quedaban fuera del control del dictador español porque “la decisión no estaba en sus manos”<sup>73</sup>

La verdad es que el hecho de que el general Franco lograra sobrevivir la liquidación de las dictaduras fascistas en 1945 tiene mucho de paradójico. El dictador español pudo colgar su flotador internacional de una escarpia tan compleja e imprevisible como la de las consecuencias derivadas de la sorprendente y disfuncional decisión de Hitler (1941) de atacar a la Unión Soviética y declarar la guerra a los EE.UU, en lugar de pasar a una defensa estratégica en un continente que tenía dominado, expulsando a los británicos del Mediterráneo -como le aconsejaba la Kriegsmarine (Raeder), calculaba la Armada Española (almirante Moreno, 1940) y temía la Royal Navy (operación “Pilgrim”)- convertido, al cerrar Suez y Gibraltar, en un lago interior del dispositivo defensivo germano. Una estrategia defensiva que hubiera situado a la Península y sus Islas en el escenario central del conflicto: una opción que, de haberse materializado, hubiera metido a España, y seguramente a Portugal, en la guerra, volens-nolens, emparejando así el destino de Franco (y quizá el de Salazar) al de las dictaduras nazi-fascistas<sup>74</sup>.

Pero Hitler -se lamentaba el general italiano Mario Roatta- *no prestaba ningún interés al teatro Mediterráneo*<sup>75</sup>. Y, de hecho, tras la derrota de Francia, el Führer identificó -o confundió- sus aspiraciones imperiales (la conquista de unas indias germanas entre el Báltico y los Urales) con sus necesidades estratégicas. Una decisión que le llevó a una ofensiva continental y a una guerra en dos frentes que, a la postre, resultó decisiva para el destino del general Franco. Porque, sin la invasión de Rusia, Stalin no hubiera tenido la necesidad de resistir, ni la ocasión de triunfar, ni tampoco la oportunidad de invadir media Europa y amenazar a la otra media. Sin esa resistencia soviética, es muy dudoso que los americanos hubieran cambiado -como lo hicieron entre 1942 y 1943- sus prioridades de equipamiento militar y, sin esa reasignación de recursos militares, en detrimento de sus unidades terrestres, pero a favor de fuerzas aéreo-navales, los EE.UU. no se hubieran encontrado en 1945 en una inferioridad táctica en Europa que les obligó a compensarla con una defensa disuasoria aéreo-naval y nuclear que requería bases en la Península Ibérica y sus islas para una estrategia de contención. Unas necesidades estratégicas de los americanos, en suma, sin las cuales es difícil imaginar que Franco hubiera podido comprar en 1945 un salvavidas Occidental; por lo menos, *ese* no.

---

<sup>72</sup> Una Paradoja Histórica (Biblioteca Nueva, 2004)

<sup>73</sup> J.P. Fusi, Franco

<sup>74</sup> Una Paradoja, op. cit., p. 77

<sup>75</sup> A. Marquina, España en la política de seguridad occidental, 1939-1986, (Madrid, 1986)

Pero la paradoja no termina de agotarse con el desarrollo y resultado de la guerra y las amenazas de posguerra: se extiende a la prolongación y duración del régimen. Porque, a través del mismo orificio en que el franquismo claveteó su salvación internacional, también se coló, como de rondón, la integración de España en el sistema de defensa Occidental y el principio del fin del totalitarismo autárquico, como corolario económico -ni planeado ni deseado- de una salida política (la de Franco) propiciada por un imperativo estratégico (el los EE. UU.). El caso es que la liberalización económica lanzó incontenible la economía española desde la segunda mitad de los cincuenta. Franco murió en un país “irreconocible” -admitía Gerald Brenan que no era precisamente simpatizante del régimen<sup>76</sup>- y con una sociedad muy distinta, con valores muy diferentes a aquellos en los que el dictador había justificado y apoyado su sublevación.

A mayor abundancia, el franquismo partía de una diferencia de origen muy sustancial en relación a los casos italiano y alemán. En España no hubo marcha sobre Roma ni nombramiento del Presidente Hindenburg: se produjo una sublevación militar que precipitó un conflicto civil de enormes proporciones. Ética y justicia no deben empañar el reconocimiento Civil de la Guerra como un hecho indiscutible con todas sus consecuencias. Es posible suscribir la interpretación que del Alzamiento hacen Azaña y Prieto -por cierto, de estirpe tomista-, en términos de que produjo un mal (la guerra) infinitamente mayor que aquel con el que querían acabar (el gobierno Frente-populista), reconociendo al tiempo que una parte muy importante del país se alineó con -y apoyó a- Franco. En España, pues, hubo “dos ciudades” enfrentadas con odios que se prolongaron mucho tiempo porque el general Franco, a diferencia de Lincoln, no fundamentó su poder en “la reconstrucción y reconciliación”, sino en valores negativos, pero, no por ello, menos estables: la victoria y el miedo a la venganza, “como alimento permanente”<sup>77</sup> de su régimen.

La Transición fue precisamente lo contrario. Como en la Grecia clásica, la democracia de 1978 se planteaba en España como una vía de reconciliación, “un remedio preventivo” para “conjurar” un conflicto violento<sup>78</sup>. Porque, nos enseña La Orestíada, la democracia es la conciliación piadosa que resuelve una tragedia de discordia civil. En el mismo sentido, pero en nuestro tiempo, Ludwig von Mises interpreta “la función social de la democracia” en la eliminación de la competencia violenta, en la medida que “hace posible la adaptación del gobierno a los deseos de los gobernados”<sup>79</sup>. Con estos antecedentes en cuanto a destino, evolución y orígenes parece difícil que hubiera podido fundamentarse una democracia estable, a partir del borrón y cuenta nueva de una liberación a la americana que nunca se produjo. Aunque como profesional comprenda el dilema de Truman y Attlee (25.000 tanques rusos en el Elba y la amenaza soviética en el mediterráneo oriental, con la ocupación de Yugoslavia y la guerra civil en Grecia), como ciudadano español me encuentro entre los que lamentan que los americanos no hicieran con el general Franco en 1944 lo mismo que hace pocos años otros les reprochaban haber hecho con Sadam Hussein; a saber: librarnos de él.

Ello no obstante, si, desde un punto de vista democrático, se ha abonado un precio cuantioso con la prolongación de la dictadura, no se entiende porqué se ha de renunciar,

---

<sup>76</sup> G. Brenan

<sup>77</sup> Leguina, El duelo, op.cit., p.38

<sup>78</sup> G. Glotz, La Cité, op.cit.,

<sup>79</sup> L. von Mises, 2005)

al menos, al cobro de los réditos del tiempo, que todo lo cauteriza y todo lo perdona. ¿Qué se reclama ahora de la Transición? ¿Qué sobre haber esperado casi cuatro décadas el final de la dictadura, se soportara además el peaje de un cambio revolucionario? En la Europa liberada por el Ejército americano, en efecto, nombres y monumentos fascistas o petainistas fueron remplazados en horas a punta de bayoneta. Las mismas que asesinaron a miles de “colaboracionistas” sin juicio previo. Los españoles se liberaron a sí mismos, demasiado tarde quizá pero, al menos, en concordia y por acuerdo. Por eso el método fue, literalmente hablando, más civilizado; esto es, más democrático.

### La memoria histórica como instrumento del presente

*Se tejerá una historia oficial, para los vencedores, y acaso una antihistoria, no menos oficial, para los proscritos* –predijo Azaña en 1937<sup>80</sup>. Y el vaticinio parece cumplirse. Porque, tras décadas de habernos martilleado con esa “historia de vencedores”, parece haber llegado el tiempo de que los nietos rescriban “la historia oficial de los proscritos” –una historia de guerra y propaganda, se entiende, porque la que escribieron los derrotados en la amargura del exilio no aparece leída ni comprendida. Quizá, porque toda Historia es historia contemporánea, que escribían no hace tanto los estudiosos franceses de su Revolución. Puede que debido a que cada generación –nos dice el Profesor Santos Juliá, refiriéndose a la presencia de la Guerra Civil en la memoria de la Transición- “tenga su propia lectura del acontecimiento histórico”<sup>81</sup>. Sin embargo, por más que repitan sentirse libres de cualquier hipoteca del pasado, la generación socialista que ha estado estos años (2004-2011) en el poder tampoco ha escapado a ese sino. Y aunque lo suyo sea más bien la demoscopia, su cultura literaria en general escuálida y su interés por las diversas leyendas y romances de España menos que escaso (buena prueba, esta última, de que viven una democracia consolidada), también han tejido su leyenda. Ahora la llaman “memoria” histórica: en realidad, un salto al abismo metafórico sin paracaídas lógico.

La “Memoria Histórica”, así, en singular, no existe más que en la letra oficial de regímenes autoritarios, o bien aquellos que aspiran a serlo<sup>82</sup>. *La memoria* –escribía Ortega en *Misión del Bibliotecario*<sup>83</sup>- *es intransferible queda adscrita a la persona*. Basta consultar algún trabajo de neurología. Los sujetos colectivos carecen de “memoria” que es una facultad reservada a los individuos de nuestra especie: un ejercicio cerebral, “un fenómeno biológico radicado en los sentidos y que comienza por sensaciones y percepciones” parciales. Cada uno de estos impulsos sensoriales viaja a la parte de nuestro cerebro llamado hipocampo, responsable de integrar estas percepciones heterogéneas “en una experiencia única de una persona específica”<sup>84</sup>. Los especialistas creen que el hipocampo, junto a otra parte del cerebro llamado cortex frontal, son responsables de analizar estos impulsos sensoriales variados, decidiendo si merecen ser guardados para ser recordados<sup>85</sup>. Para registrar y retener algo como memoria, debemos primero atender, prestar atención. La memoria es, tiene que ser, drásticamente selectiva. Memorizar, pues, consiste en elegir; es decir, en renunciar y

---

<sup>80</sup> M. Azaña,

<sup>81</sup> S. Juliá

<sup>82</sup> Parlament de Catalunya

<sup>83</sup> J. Ortega y Gasset, (1997)

<sup>84</sup> R.C. Mohs, (2007)

<sup>85</sup> L. R. Squire, (2009)

olvidar, nos recuerda Todorov<sup>86</sup>. Como no podemos fijarnos en todo continuamente, la atención es quizá el factor más importante en la memorización: un proceso con arreglo al cual registramos, seleccionamos, clasificamos, guardamos y acumulamos experiencias individuales que procesamos para transformarlas en imágenes y pensamientos, de los cuales sólo encapsulamos, para rememorarlas, un 1% de los mismos, llamados memoria de “largo plazo”<sup>87</sup>, entre las que se comprende la “memoria declarativa” sobre hechos; esto es, fechas, palabras, escenas, compuestas por billones de interconexiones neuronales que arman piezas fraccionarias y heterogéneas en un conjunto integrado y coherente. Generalmente, cuando pensamos en “memoria”, queremos decir lo que los expertos llaman “memoria a largo plazo”. Sin embargo, la mayoría de los especialistas creen que la información, para ser retenida, debe pasar primero por el registro de los sentidos y de la “memoria a corto plazo”, antes de ser guardada como memoria a largo plazo. Por tanto, la memoria no es tanto una fotografía de acontecimientos, hechos, dichos o imágenes, como el registro de experiencias personales.

Los procesos de la memoria tienen cierta similitud con la mecánica de un ordenador. Sin embargo, el cerebro es un organismo vivo, lábil, en continua transformación y en cuyo funcionamiento intervienen procesos biológicos y químicos de una enorme plasticidad y complejidad. De hecho, la formación de lo que se conoce como “memoria declarativa y reflexiva” involucra diferentes circuitos del cerebro; en otras palabras: no está localizada en un lugar determinado, sino que se guarda en y por el sistema de circuitos<sup>88</sup>. Lo cierto es que “son muy pocas las decisiones humanas que dependen de un sólo mecanismo. Surgen, por el contrario, como resultado de conflictos y negociaciones entre asociaciones de procesos en reto constante entre ellos”<sup>89</sup>. De acuerdo con este modelo, la memoria es una actividad holística neuronal que involucra diversas áreas y procesos diferentes del cerebro en una intrincada danza coordinada; esto es: una cadena de “procesos cerebrales de información retentiva por los cuales nuestras experiencias individuales se guardan y luego se recobran cuando las rememoramos para recordarlas”<sup>90</sup>. La memoria refuerza patrones de interconexiones neuronales que están sujetas a cambios continuos.

Al ser individuales, los recuerdos son, por tanto, múltiples y diversos<sup>91</sup>. Es inevitable además que esas reminiscencias personales estén limitadas por un espacio reducido, un entorno personal, cultural e ideológico, determinado y resulten distorsionadas por el prisma de experiencias posteriores: por eso la memoria, que es “partidista y conflictiva, no compone un buen mapa del pasado”<sup>92</sup>; “tiende a la ficción” –nos previene el novelista chileno, Luis Fajardo<sup>93</sup>. En esta línea, conviene tener presente que el cerebro es un organismo vivo sujeto a cambios bio-químicos complejos, de forma que rememorar ofrece la oportunidad de actualizar y modular el recuerdo original<sup>94</sup> e incluso la posibilidad de alterarlo<sup>95</sup>. En este sentido, quizá la característica más fascinante de la

---

<sup>86</sup> T. Todorov, Los abusos de la memoria, (Barcelona, 2000), pp. 16 y ss.

<sup>87</sup> Tortora, J. Gerard et al, 1993)

<sup>88</sup> John C. Mackin, 2002)

<sup>89</sup> M. Minsky, 1988)

<sup>90</sup> S.H. Cardoso, 1997)

<sup>91</sup> S. Juliá)

<sup>92</sup> T. Judt, Postwar. A history of Europe since 1945, (New York, 2006)

<sup>93</sup> Apud, Leguina, El Duelo, op.cit., p.90

<sup>94</sup> Monfils et al, 2009)

<sup>95</sup> Nader et al., 2000)

memoria está en la relación entre consciencia humana y memoria. Michael Dawson observa que lo que hace de la memoria algo tan real es el hecho de que “la experiencia en tiempo real es un proceso tan indirecto” como la experiencia recordada. En otras palabras, el proceso neurológico de recordar una experiencia es, en cierto modo, idéntico al proceso de cuando se tuvo esa misma experiencia en primer lugar. Dawson llega a afirmar que toda consciencia puede considerarse como memoria reciente, debido al lapso de tiempo transcurrido entre una experiencia y la percepción de la misma. Uno puede representarse dicho lapso temporal como similar al que transcurre entre la jugada de un partido y su retrasmisión en vivo<sup>96</sup>.

Deberíamos, pues, dejar de utilizar la memoria histórica como un “concepto heurístico” y comprender que se trata de una “metáfora contemporánea”<sup>97</sup>. De algún modo, la memoria es expresión de *la autoridad del anciano en las sociedades iletradas*, de suerte que *la invención de la escritura creando el libro, desatascó el saber de la memoria y acabó con la autoridad de los viejos*. La *sociedad democrática* –nos advierte Ortega– es lo contrario: *es hija del libro e implica el triunfo del hombre escritor sobre el libro revelado por Dios*<sup>98</sup>. Quizá por eso, casi todas las sociedades políticas han acuñado su leyenda histórica: relatos del pasado que dan legitimidad y sentido al presente. Con frecuencia, sirven además de mapa en la derrota de cada periplo histórico. Es habitual, pues, que los guiones políticos de cada nueva etapa se hayan escrito con un ojo puesto en algún momento pasado y constituyan, por tanto, una fe de erratas de tiempos pretéritos -un hecho fácilmente detectable haciendo una lectura retrospectiva de nuestras cartas magnas. Su valor hermenéutico para ese pasado que se pretende emular o corregir es raquítico. Contienen, sin embargo, claves interpretativas de peso para comprender mejor la configuración del presente. O dicho de manera contundente: las leyendas que los políticos fabrican con el tiempo pretérito no enseñan tanto de la historia del pasado que fabulan como del presente que construyen.

En buena medida, la llamada “memoria histórica” consiste en una colección de alegatos que responden a un motivo y tienen un propósito. El motivo del nuevo relato urdido a caballo de siglos ya ha sido, en alguna medida, desgranado con sagacidad por el Profesor Santos Juliá. Su idea es que el final de la renuncia a la utilización política de la tragedia de la Guerra y posguerra responde a la resaca de parte de la izquierda frente a las victorias del PP en 1996 y 2000. El ascua arrimada al combustible habría sido proporcionada por la leyenda histórica fabricada en esos años por el Partido Popular y “algunos publicistas cercanos”<sup>99</sup>. Al parecer, en su caso, el manto de Clio se utilizaba para cubrir las vergüenzas de la derecha española, ocultando su deriva autoritaria, entre los años veinte y cuarenta del novecientos, para retomar una herencia que les devolviera al pasado liberal. Y, en efecto, en conferencias, seminarios, publicaciones y exposiciones, desde los doceañistas a los restauradores, de Argüelles a Castelar, pasando por Cánovas, Sagasta y Maura, todos estuvieron presentes en el imaginario popular de esos años. Hasta Azaña mereció la atención estudiada y elogiosa del Presidente del Gobierno de entonces.

Para la inmensa mayoría de los políticos populares, que no habían conocido, no ya la Guerra y posguerra, ni siquiera el franquismo, más que en el colegio o en sus primeros

---

<sup>96</sup> M. Dawson, 2002)

<sup>97</sup> A. Confino, Dic., 1997)

<sup>98</sup> J. Ortega y Gasset, t. V, 2006)

<sup>99</sup> Juliá, *Hoy no es Ayer*, op.cit., p.328

años de universidad, era hacedero distanciarse de una tradición autoritaria. Al fin, ellos, los populares del siglo XXI, no venían de unos ni de otros, a quienes no habían conocido ni con quienes habían convivido. Así pues, resultaba perfectamente legítima la opción política elegida por el centro-derecha y comprensible el deseo de rebuscar en vidas ejemplares de liberales y demócratas de otros tiempos, como camino de perfección. Desde el punto de la consolidación de un régimen democrático, era además funcional.

Sin embargo, esa apelación a la historia por parte de la derecha, en una izquierda que había renunciado al pasado para centrarse y facilitar la construcción democrática, produjo primero desconcierto y luego el revulsivo del que hablamos (A. García Santesmases). Sea como quiera, no deja de resultar curioso que aquella inclinación de la derecha por el santoral liberal y democrático haya despertado esa convulsión en parte de la izquierda y ese secreto, pero mal disimulado, entusiasmo por recordarles la herencia franquista. ¿De qué se trataba? ¿Acaso de convencer a una opción política que representa alrededor del cuarenta por ciento del voto que, en lugar de inspirarse en don Francisco Silvela -uno de los mejores conocedores de literatura francesa en la Europa de su tiempo y el primer político en intentar hacer unas elecciones honestas en España (1891)- debían buscar sus orígenes en el general Millán Astray, cuya aportación académica conocida se limitó a dar un viva a la muerte y un muera a la inteligencia en la Universidad de Salamanca? El antónimo político a esta sorprendente actitud, sería que los polígrafos de la derecha animaran a la izquierda a rebuscar, para recordar y recobrar, en su pasado estalinista o caballerista. Un ejercicio –el de que toda la derecha era “fascioclerical” y toda la izquierda, comunista- que tuvo una expresión profusa durante los meses finales de la República, con las consecuencias que todos conocemos.

### La filosofía de la exclusión

Por lo que hace a nuestro tiempo, las predecibles consecuencias de considerar a “la derecha española como heredera y añorante del franquismo”, ya fue señalada en su momento por Joaquín Leguina, con brío, acierto y precisión<sup>100</sup>. Sin embargo, de este sambenito franquista que el “antifranquismo retrospectivo” –como lo llama Francisco Rosell<sup>101</sup>- ha colocado a la derecha española actual al rebufo de la llamada “memoria histórica”, no son las consecuencias lo que más me interesa desentrañar en este punto y hora, sino sus orígenes filosófico-políticos. Porque la idea de que el “rebrote de lo de siempre” –una derecha tildada de, y descalificada como, “herederos del franquismo”<sup>102</sup> y “no homologable”<sup>103</sup>- puede, pero no debe gobernar, es una herencia de lo que Pierre Rosanvallon ha llamado “el integrista republicano”<sup>104</sup>. Una cierta cultura política con una larga historia y amplia geografía y que hunde sus raíces en el fondo racionalista de la Ilustración, proyectándose en una república utópica, como gobierno de la razón, “expresión del pueblo como sujeto colectivo, no como suma de individuos”; la Voluntad General roussoniana como manifestación del “bien común” racional, que no

---

<sup>100</sup> « Enterrar a los muertos », EL PAÍS, 24/IV/2010

<sup>101</sup> EL MUNDO, 7/VIII/2011

<sup>102</sup> Leguina, *El Duelo*, op.cit., p.162

<sup>103</sup> Juliá, *Hoy no es Ayer*, op.cit., p.328

<sup>104</sup> P. Rosanvallon, *Le Modèle Politique Français. La société civile contre le jacobinisme de 1789 à nos jours* (Paris, 2004), p. 432

de la pluralidad o número de electores<sup>105</sup>. Francia –había advertido Sieyès en la madrugada de la revolución- *es y debe ser un todo solo*; de modo que la representación tiene su sentido en una igualdad general como fundamento de la identidad<sup>106</sup>.

Ya nos enseñó Pierre Rosanvallon<sup>107</sup> que en la Revolución Francesa no se buscaba a la democracia sino a la nación, transfiriendo la soberanía del rey al pueblo, que es “aprehendido como la figura de la totalidad social; en síntesis, identificado con la nación”. El hecho, como agudamente observara John Stuart Mill, era que, en su “deseo de mando”, los revolucionarios franceses “abdicaron de su libertad para participar en el poder”<sup>108</sup>. Por eso, decía Tocqueville –y antes que él, Hobbes y Rousseau y, después, Durkheim- que la revolución había demostrado que los deseos del hombre son ilimitados y, en consecuencia, peligrosos<sup>109</sup>. De algún modo, la experiencia revolucionaria había proyectado un fantasma aterrador: que la soberanía popular podía “dar luz a un despotismo más formidable que el derivado de la soberanía divina”, pues mientras ésta tenía, al fin, como referente la Ley Eterna, la voluntad popular carecía de freno natural que pudiera controlar “al poder arbitrario”<sup>110</sup>. Hegel lo explicó de manera contundente: *la voluntad general es la que realiza lo que se debe realizar, con o sin el consentimiento de los individuos que no tienen conciencia del fin*<sup>111</sup>. La República –advertía una moción de la guardia nacional francesa el 4 de marzo de 1871 en contestación a los demoleedores resultados electorales de febrero- *no puede subordinarse a los resultados del sufragio universal que es obra suya*. De modo tal, que “la República se convertía en un absoluto superior a la voluntad del mismo pueblo supuestamente soberano”<sup>112</sup>. Desde este enfoque, la democracia, en inglés -como representación plural de individuos e intereses, entendida según principios de “diversidad”<sup>113</sup>- cede, y se subordina, a la república como representación política de la razón, como expresión de un principio de “unanimitad”<sup>114</sup>. La *representación*, explicaba Guizot, *no es una máquina aritmética destinada a recoger las voluntades individuales [sino] un proceso natural para extraer del seno de la sociedad la razón pública, que es quien sólo puede gobernarla*<sup>115</sup>.

La actual “unanimitad” en relación al sufragio universal –y mucho más por lo que hace al respeto a sus resultados- “es muy reciente”<sup>116</sup>. Hasta pasada la Gran Guerra, e incluso después, “era más discutido que generalmente aclimatado en Europa”<sup>117</sup>. Para los conservadores una cosa eran los derechos civiles y otra muy distinta los políticos, que debían derivarse de la capacidad impositiva o profesional. La universalización del sufragio era como abrir las puertas de Roma *a los bárbaros que amenazaban la sociedad* (Saint-Marc Girardin)<sup>118</sup>. Los liberales, por su parte, lo veían como una amenaza *del número y de la ignorancia* a los derechos individuales. En cuanto a la

<sup>105</sup> P. Rosanvallon, *Le sacre du citoyen*, (Paris, 1992), *passim*, y pp. 74, 214-223

<sup>106</sup> *Apud* Rosanvallon, *Le Modèle*, op.cit., pp.28 y 122-124

<sup>107</sup> P. Rosanvallon, *Le sacre du citoyen. Histoire du suffrage universel en France* (Paris, 1992)

<sup>108</sup> J. Stuart Mill,

<sup>109</sup> A. de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución* (Madrid, 1993)

<sup>110</sup> Jouvenal, *On Power*, op.cit, p.47

<sup>111</sup> Hegel

<sup>112</sup> Rémond, *La vie politique*, op.cit., p. 303

<sup>113</sup> Rosanvallon, *Le Modèle*, op.cit., p.87 y 118

<sup>114</sup> Rosanvallon, *Le sacre*, op.cit., pp. 45-48, 198-199 y 203-204

<sup>115</sup> F. Guizot, *Histoire des origines du gouvernement représentatif* (Paris, ), t.ii, pp.149-150

<sup>116</sup> Rosanvallon, *Le sacre*, op.cit., p. 12

<sup>117</sup> Halévy, *Notables*, op.cit., pp.73-74

<sup>118</sup> *Apud* R.A. Lochoe, *History of the Idea of Civilisation in France (1830-1870)*, (Bonn, 1935)



izquierda en general –socialistas incluidos- “sospechaba de la capacidad de independencia de unas masas embrutecidas por el trabajo y alienadas por la religión”<sup>119</sup>. El sufragio universal no era, según los sansimonianos, *más que un señuelo lanzado a la vanidad de los pueblos para beneficio del orgullo de los poderosos* (Gustave Biard), un engaño que conducía “a la competencia y el antagonismo de intereses en una sociedad de clases”, en lugar de llevar al ideal de la unidad con “la integración y la armonía social”. Por eso Marx “deploraba” *la abstracción* de una sociedad regida –y desintegrada- por el sufragio universal<sup>120</sup>. Un posicionamiento filosófico-político que convierte en perfectamente coherente que la izquierda tuviera una tradición filosófica de actitudes estudiadas, cuando no reticentes, en relación al sufragio universal, en general, o a su extensión a la mujer, en particular, para no poner más que un ejemplo.

Así pues, el sufragio universal no era tanto un mecanismo de poder popular como “una suerte de sacramento de unidad social”<sup>121</sup> en una sociedad en armonía, en lugar de intereses enfrentados -idea que estimuló algunas páginas sarcásticas de Marx<sup>122</sup>. En este sentido del sufragio como “comuni3n de unidad”<sup>123</sup>, las elecciones debían ser una expresi3n de la raz3n (republicana), que no de una aritmética de electores desagregados y heterogéneos. No valía cualquier resultado. Eso es lo que pensaban muchos políticos de la II República Francesa y lo que quiso hacer Gambetta con las primeras elecciones de la Tercera: manipularlas. En este sentido, muchos políticos progresistas del ochocientos veían el sufragio universal con el recelo *de una esfinge terrible que se manifestaba en un enigma que contenía un misterio* (Lamartine). Pero *cuyo oráculo* podía caer del lado conservador<sup>124</sup>. Y así fue, sobre todo, desde el uso que del sufragio hizo Napole3n III en su espectacular cruzada plebiscitaria derrotando lo que él llamaba “la oligarquía parlamentaria con la democracia”<sup>125</sup>. En una línea parecida, Bismarck creía que el antiguo sistema prusiano de voto de tres clases había favorecido a la izquierda y pensaba, junto con otros muchos políticos de su tiempo, que el sufragio universal beneficiaría a los conservadores, y ayudaría a controlar a radicales y cat3licos, en la medida que las masas rurales se inclinarían, presumiblemente, por los conservadores -como detalladamente le explicaría al propio Napole3n III en una conocida carta, cuya profusa cita haría famosa Lipset en nuestros días<sup>126</sup>.

Por eso pensaban los izquierdistas belgas que, en Francia, *l’excès de l’égalité a perdu la liberté*<sup>127</sup>: la *tiranía de la mayoría*, que denunciaba Stuart Mill y preocupaba a Tocqueville<sup>128</sup>. A la postre, la votaci3n era sobre todo un sistema de selecci3n de los monjes medievales que buscaba la unanimidad. El paso a la elecci3n mayoritaria, en lugar de la selecci3n unánime, es un invento de Locke<sup>129</sup>. Quizá por eso, la universalizaci3n del sufragio, en un principio, fue observada con sospecha por la izquierda europea de ochocientos. Porque pensaban que el sufragio, ante todo, debía garantizar raz3n, orden, conocimiento e independencia. Si se universalizaba el censo,

---

<sup>119</sup> Rosanvallon, *Le sacre*, op.cit., p.12 y 436

<sup>120</sup> Idem, pp.348-349 y 20

<sup>121</sup> Idem, p.376

<sup>122</sup> C. Marx, *La lucha de clases en Francia, 1848-1851*

<sup>123</sup> Rosanvallon, *Le sacre*, op.cit., p. 385

<sup>124</sup> Idem, pp.394-395, 399 y 411

<sup>125</sup> Rémond, *La vie politique*, op.cit., pp.119 y 121

<sup>126</sup> Lipset

<sup>127</sup> S. Noiret, 1990)

<sup>128</sup> J. Stuart Mill

<sup>129</sup> Sartori, op.cit., 2008)

aseguraban, *vous aurez non pas des électeurs, mais de serviteurs*<sup>130</sup>, de los más poderosos o influyentes; cfrs., el clero y los grandes propietarios católicos<sup>131</sup>. En definitiva, liberales y progresistas temían que la mayoría no estuviera de su parte<sup>132</sup>. Porque, la universalización del sufragio arriesgaba a *noyer les votes éclairés et libres sous un flot d'électeurs ignorantes et fanatisés* (por el clero)<sup>133</sup>.

Desde la elección de Luis Napoleón, no sólo Proudhon, muchos republicanos empezaron a pensar que *el pueblo podía hablar como un borracho*<sup>134</sup> y que *la república estaba por encima del sufragio universal*. Una idea que le llevó a Gambetta a oponerse al sufragio universal (1870), con ocasión de la primera elección de la III República, en una ilustración elocuente del *recelo* con que la izquierda veía el tema (Georges Sand) y una manifestación de la “tensión que existía entre republicanismo y democracia”, expresada por sufragio universal<sup>135</sup>. En definitiva, se trataba de una reformulación del slogan elitista avanzado por los liberales, tras la Restauración francesa: *mieux vaut moins, mais mieux*. Una noción que identificaba saber y poder<sup>136</sup>; y un debate que nos trasporta al origen clásico de la democracia, con la discusión en el Protágoras –y la distinción- entre episteme y Doxa, como coartada democrática, y que, en nuestros días, retoma Hayek (en Camino de servidumbre) y, antes que él, Ortega en El mito del hombre allende la técnica: el hombre está condenado a elegir y, en cuanto elector, es “elegante”; esto es, elige bien porque conoce mejor que nadie de aquello que le es propio.

Los recuerdos de recientes vaivenes electorales, en un país como Francia, presa de la inestabilidad desde 1789, estaban aún muy frescos: en mayo de 1869, una minoría potente había declarado su oposición al Imperio; pero, un año después, había renovado masivamente su confianza en el tercer Napoleón, para “aplaudir su caída” en setiembre del mismo año de 1870. La pregunta que se hacían bastantes republicanos (Crémieux y Rochefort, además de Gambetta) era de si podía “fundarse de forma duradera un régimen en un soberano tan volátil” y si no sería más conveniente “poner la República al abrigo de los errores del sufragio universal”<sup>137</sup>. Gambetta terminó por aceptar los comicios pero con la pretensión de “fabricar” -apoyándose en *sus* Prefectos<sup>138</sup>- unas elecciones “administrativas”, à la Bonaparte: un intento de “encasillado” que forzó su dimisión, ante la postura contraria de los notables republicanos más significados (Favre, Grévy, Ferry y Picard), representados en el gobierno de Burdeos por Jules Simon<sup>139</sup>, que consideraban inexcusable distanciarse, moral y políticamente, del régimen y las prácticas bonapartistas<sup>140</sup> -amén de las presiones de Bismarck que quería negociar con una asamblea verdaderamente representativa<sup>141</sup>. En todo caso, la victoria abrumadora de “la vieja Francia” en las elecciones de febrero de 1871 enfureció a la izquierda,

---

<sup>130</sup> Frère-Orban, 1846)

<sup>131</sup> Noiret, op.cit., 1990)

<sup>132</sup> M. Brigaglia, 1985)

<sup>133</sup> Apud Noiret, op.cit.,

<sup>134</sup> Rosanvallon, Le sacre, op.cit., p. 396, 454-455 y 459-460

<sup>135</sup> J.A.W. Gunn, 2008)

<sup>136</sup> Rosanvallon, Le sacre, op.cit., pp. 277 y 15

<sup>137</sup> Rémond, La vie politique, op.cit., p. 250 y 274

<sup>138</sup> Halévy, Notables, p.43

<sup>139</sup> J. Leduc, 1997)

<sup>140</sup> Rémond, La vie politique, op.cit., p.247

<sup>141</sup> D. Halévy, La Fin des Notables, (Paris, 1930), pp. 10-11

desconcertada ante lo que Crémieux tildó despectivamente como *Assemblée des ruraux!*<sup>142</sup>.

Estas reticencias ante lo que la izquierda consideraba electores de segunda categoría –campesinos reaccionarios e iletrados que no les votaban<sup>143</sup>- no era una exclusiva francesa. Los progresistas belgas y, en general, la izquierda de otros países latinos europeos, temían, como Gumersindo de Azcárate (1912) en España, que la democratización total y honesta de la elección pudiera constituir *le plus sûr fondement de l'Eglise*<sup>144</sup>. Era lo mismo –pero con intenciones opuestas- que debía pensar el Vaticano, cuando le propusieron a Cánovas en 1875 hacer un referéndum sobre la unidad católica (cfr., la prohibición de todo culto no católico) con la ley de sufragio universal aún vigente<sup>145</sup>.

Sabido es que la II República Española constituye un salto a la democracia, entendida como participación electoral, mayor honestidad e incertidumbre de resultados. Lo cual no significa necesariamente que sus valedores estuvieran en todos los casos reconciliados con aceptación de los mismos. En la mejor tradición racionalista francesa más arriba aludida, la política consistía para Azaña en rectificar *la tradición con la razón*. Una “razón” que debía ser conducida e impuesta por *una República republicana, pensada por los republicanos, gobernada y dirigida según la voluntad de los republicanos*<sup>146</sup>. Así pues, unas elecciones que dieran el poder a un partido católico sin profesión de fe republicana, como la CEDA, no estaban en el guión de muchos republicanos y socialistas de los años treinta. Azaña lo dejó muy claro en Abril de 1934: *por encima de la Constitución esta[ba] la República, por encima de la República, la revolución*<sup>147</sup> Para una parte, quizá mayoritaria del PSOE, a Gil Robles *no ha[bía] que atraerle a la República; ha[bía] que expulsarle de la República y de la legalidad*<sup>148</sup>. La República –aclaraba Marcelino Domingo- *es de los creadores y ellos no lo son*. De modo tal que, para gran parte de la conjunción republicano-socialista, la “república no era igual a democracia”<sup>149</sup>: *estamos aleccionados* –advertía Álvaro de Albornoz- *por el fracaso de todas las revoluciones que han confiado sus destinos a un simulacro de sufragio universal*<sup>150</sup>.

No es extraño, pues, que los *guardianes de la República*, socialistas y jacobinos, no pasaran el listón democrático de la alternancia porque “no pudieron soportar la pérdida del poder”, tras las elecciones de 1933<sup>151</sup>. *Ni socialistas y republicanos supimos perder* –se lamentaba Sánchez Albornoz en carta a Luis Araquistáin<sup>152</sup>. Para empezar, intentaron *un golpe de Estado* legal –la expresión es de Alcalá Zamora- exigiendo del Presidente de la República la anulación de las elecciones, seguido del nombramiento de

---

<sup>142</sup> Idem, p.17

<sup>143</sup> Idem, p. 115

<sup>144</sup> Noiret, op.cit.,

<sup>145</sup> 1875

<sup>146</sup> Juliá, *Azaña*, op.cit., p. 263

<sup>147</sup> Idem, p.349

<sup>148</sup> en CLARIDAD, *apud*, Álvarez Tardío, “La CEDA y la democracia republicana”, en Del Rey, *Palabras*, op.cit., p.343

<sup>149</sup> Del Rey, “La República..”, en Del Rey, *Palabras*, op.cit., p. 208

<sup>150</sup> *Apud*, Álvarez Tardío, “La Democracia...”, en Del Rey, *Palabras*, op.cit., p.239

<sup>151</sup> Idem, p.199; y, sobre todo: R. Villa, “Cuando la democracia se sacrifica a la revolución. Los republicanos de izquierda ante los resultados de 1933”, en V Congreso Internacional sobre republicanismo (2009)

<sup>152</sup> *Apud*, Fuentes, *Araquistáin*, p.43

un gobierno afín que procediera a una nueva convocatoria<sup>153</sup>: o sea, el tristemente famoso “decreto de disolución” de la “vieja política”, en virtud del cual era el gobierno quien “hacía” las elecciones y no “la derecho”<sup>154</sup>. Y, poco después, los perdedores de la elección adoptaron la estrategia insurreccional<sup>155</sup> que llevó a buena parte de ellos en 1934 a una sublevación contra el gobierno legal. En 1936, ambos Frentes, el Popular y el Nacional, no hicieron un secreto de que las elecciones de Febrero serían las últimas, al menos para sus contrincantes<sup>156</sup>. *Que nadie se llame a engaño* –advirtió Largo Caballero- *las derechas en España deben haberse terminado ya en lo que significa gobernar nuestro país*<sup>157</sup>. Y los de en Frente lo dijeron más corto pero todavía más claro: *Votemos para poder dejar de votar algún día*<sup>158</sup> –se leía en Acción Española. Y a fe que lo cumplieron durante casi medio siglo.

Pero las actitudes reticentes en relación a los resultados electorales no eran del 36. Venían de lejos. Tan pronto como en mayo de 1931, la coalición republicano socialista hizo una limpieza de concejales monárquicos y conservadores, “sustituyendo el caciquismo monárquico de las elecciones de abril por el caciquismo republicano de las elecciones de mayo”<sup>159</sup>. *La democracia es antisocialista* –era el axioma del primer número de Claridad (julio de 1935)<sup>160</sup>. Y, de hecho, la segunda vuelta de las elecciones del 36 –con el gobierno del Frente Popular ya en el poder- fueron una reedición corregida, y aumentada por la violencia, de las peores prácticas del viejo encasillado de la “vieja política”<sup>161</sup> –si entendemos, como creo debe hacerse, que, en aquel sistema, el cacique máximo, *o grande eleitor*, como rezaba una afortunada expresión portuguesa, era la autoridad gubernativa. Al propio Azaña no se le escapó que, para destacados políticos republicanos y socialistas –como Araquistáin, Negrín e incluso Fernando de los Ríos- la República *debe[ría] pasar por una etapa de dictadura que h[iciera] posible la preparación del pueblo para el futuro*<sup>162</sup>. Ningún conservador lo hubiera expuesto mejor. En este mismo sentido, resulta reveladora la actitud de la inmensa mayoría de los refugiados republicanos –y sus descendientes- en el México de la dictadura Priista. Una actitud que va más allá del debido y natural agradecimiento por la desbordante, desinteresada y conmovedora generosidad de las autoridades aztecas para con ellos, en la medida que demuestra una simpatía y una comodidad política evidente ante uno de los regímenes autoritarios, por más que jacobino y anticlerical, más longevos de América y, por añadidura, consumado experto en “alquimia” electoral durante décadas.

---

<sup>153</sup> La historia aparece en multitud de fuentes y un resumen pormenorizado en Álvarez Tardío, “La Democracia...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., pp.276 y ss.

<sup>154</sup> Vid. mi trabajo Elecciones, alternancia..., op.cit., pp.

<sup>155</sup> A. de Blas Guerrero, El socialismo radical en la II República, (Madrid, 1978)

<sup>156</sup> La apocalíptica propaganda electoral de febrero, en J. Tusell, Las elecciones del Frente Popular, (Madrid, 1971), vol. 2, pp. 371-395.

<sup>157</sup> Apud, Del Rey, “La República...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p. 223

<sup>158</sup> Apud, P.C. González Cuevas, “El sable y la flor de lis. Los monárquicos contra la República”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p. 455.

<sup>159</sup> Ben-Ami, Orígenes de la República, op.cit., pp. 372-374

<sup>160</sup> Fuentes, Largo Caballero, op.cit., p.264

<sup>161</sup> Álvarez Tardío y Villa, La Exclusión, op. cit., vid. esp., cap. 8, “Cuando las urnas no cuentan”, pp. 242-283

<sup>162</sup> Apud, González Cuevas, “El sable...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p. 428

## Contra la Transición y frente a la alternancia

En este contexto hay que situar los antecedentes filosóficos –que no políticos- de la reciente cruzada mediática que circula alrededor de la mal llamada “memoria histórica”. Mal llamada porque, quienes así hablan, “no tienen de aquella memoria viva, sino sólo recuerdo de recuerdos”, que decía Caro Baroja<sup>163</sup>. Se trata de una literatura que reúne un conglomerado heterogéneo y desigual, donde investigaciones y aportaciones valiosas, sobre todo, de “los nietos” de la Guerra, interesados en averiguar “lo que paso” – mucho más que “cómo pasó”, o “cómo pudo pasar”, que eran, respectivamente, las preguntas de las generaciones de la Guerra y de la posguerra- se mezclan con una producción mediática heterogénea y difusa de novelistas, polígrafos, comediógrafos y gentes del mundo del cine y la televisión, creativos e imaginativos, en algunos casos, pero huérfanos de los conocimientos y rudimentos metodológicos más elementales de la profesión. Un cajón de sastre, en suma, al que hay que agregarle el ruido propagandístico de las asociaciones dedicadas a la recuperación e identificación de los restos de las víctimas de la Guerra y la posguerra.

Dichas asociaciones componen, en si mismas, un conjunto de valor e intención muy desigual. Sin embargo, fuera del mordiente político, no se adivina el sentido de estas Antígonas, en un país donde no hay Creontes y donde hubiera bastado –y sobrado- con arbitrar recursos, económicos, en lugar de propagandísticos, para que las familias pudieran recuperar los restos de sus deudos y darles una sepultura digna. Pero eso es lo que, sospechosa y precisamente, no se ha hecho. El hecho es que, en lugar de dar piadoso descanso a tantas víctimas, más bien se han desenterrado rencores, al punto que todo el asunto ha degenerado en una guerra mediática, donde, al parecer, se trata “de ganar -en el campo de la propaganda- una guerra que se perdió ya hace demasiado tiempo”<sup>164</sup>. Y como la “memoria” –de lo que no se puede recordar porque, en este caso, no se ha vivido- son “memorias”, múltiples, diversas y contradictorias, cuando no opuestas, el asunto ha degenerado en una “guerra de esquelas”, o en algunos enfrentamientos primitivos, como el protagonizado recientemente entre algunos especialistas en arqueología de lo macabro y los vecinos de Poyales del Hoyo (Ávila). Con esta abundancia de instrumentos de viento, no es sorprendente que la melodía de una partitura profesional mínimamente objetiva, escrita con ánimo de averiguar y comprender, en lugar de proponer y propagar, haya dejado de escucharse ante la confrontación mediática partidista; de modo tal que, sino el propósito, el motivo predominante de la sinfonía actual haya estado orientada con entusiasmo a demostrar que la derecha española arrastra un pecado original autoritario que la inhabilita para el gobierno, sin que ni siquiera su respaldo en las Cortes de un texto en donde se declara que *nadie está legitimado para utilizar la violencia para imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios*, pueda librarles de tan oprobioso estigma<sup>165</sup>.

Pero una cosa son motivos y antecedentes y otra los propósitos. En este sentido, mucho de la leyenda que se está escribiendo y propagando tiene como diana la Transición –a veces, con fundamento<sup>166</sup>- pero como objetivo la alternancia y, con ese propósito ha

---

<sup>163</sup> Apud, S. Juliá, “inventariar todos los muertos”, en EL PAÍS, 21/IX/2008

<sup>164</sup> J. Leguina, El duelo, op. cit., p.38

<sup>165</sup> DSC: 20/XI/2002

<sup>166</sup> A. Ruiz-Huerta Carbonell, Los ángulos ciegos,

sido puesta al servicio de un proyecto político. De este modo, la literatura de “la memoria” ha desempeñado su tarea en la ruptura del pacto constituyente de 1978 con “la otra mitad” –clave de la Transición. Porque un objetivo político destacado de la era Zapatero ha consistido en entrar en sociedad con partidos nacionalistas y secesionistas. Los regates tácticos, las coartadas de aritmética parlamentaria, habrán sido las que fueren, pero al final de estas legislaturas puede leerse una partitura coherente. Una estrategia que tuvo su expresión política en el llamado pacto del Tinell, un acuerdo ante fedatario público con arreglo al cual socialistas y secesionistas se comprometen a marginar al PP del sistema. Nada muy original: una suerte de reedición del exclusivismo de partido del ochocientos o de las mayorías “naturales” de la República -ese complejo patológico de superioridad moral racionalista que, a veces, perturba la izquierda de nuestras cabezas. En suma, una suerte de azañismo con setenta años más pero setenta mil lecturas menos en la cabeza<sup>167</sup>.

Desde este diseño político, es razonable que guste poco una Transición que consideran llena de claudicaciones<sup>168</sup>, al objeto de perpetuar el franquismo<sup>169</sup>. Mientras, una idea anacrónica de la II República reaparece como “fundamento histórico de nuestro sistema democrático” actual<sup>170</sup>. Sin embargo –dice bien Gregorio Marañón Bertrán de Lis- el 14 de Abril no necesito otra fecha para “asentar su legitimidad”, del mismo modo que la democracia actual “tampoco precisa” del 14 de Abril<sup>171</sup>. Y por las mismas razones. Precisamente, porque ambas han sido y son, eso, democracias. En este sentido, deberíamos convenir que, desde la mítica sesión del 4 de Agosto de 1789, en que los derechos históricos quedaron abolidos, la democracia no es herencia ni historia. Es lo contrario. Parfraseando un giro nietschziano, diríamos que no es la herencia de los muertos, sino un producto de la elección de los vivos.

Con este guión de ruptura (con la Transición) y marginación (de la derecha), era de esperar un regreso a la visión maniquea de la República y la Guerra<sup>172</sup>. En ambas direcciones, estamos ante una historia presentista “de buenos y malos”<sup>173</sup>. Si los mal llamados “revisionistas” buscan justificación, los de enfrente exigen justicia. En ninguno de los dos casos aparecen los fundamentos del oficio: exponer sin proponer, intentar comprender sin necesidad de compartir. Pero, también en ambos casos, estamos ante un tipo de historia que presenta una curiosa relación con los montajes de guerra y posguerra. De un lado, reelabora, con algunas aportaciones y variantes, el corpus de Arrarás et alii, en pos de un objetivo justificativo del Alzamiento de 1936<sup>174</sup>. Del lado opuesto –que es el que hace al caso en este ensayo- se reproduce una imagen de poster de la propaganda bélica republicana<sup>175</sup>, en la cual, el gobierno del Frente Popular aparece como similar al de Ramsay Mac Donald y, la sublevación, como un asunto de cuatro generales, bendecido por obispos, apoyado por aristócratas terratenientes, financiado por banqueros, escoltado por italianos y armado por alemanes; un episodio, en suma, de pura represión, en el que “pueblo” franquista no existe y la idea de conflicto civil desaparece, para dar paso a una *guerra contra el invasor*.

---

<sup>167</sup> Vid. mi artículo, “Preámbulo para un responso por la izquierda española”, en ABC, 13/I/2006

<sup>168</sup> J.C. Monedero, 1999)

<sup>169</sup> J.L. Cebrián, 1981)

<sup>170</sup> J. Cercás, “La puñetera verdad”, en EL PAÍS, 6/VI/2010

<sup>171</sup> G. Marañón, “La insobornable verdad”, en EL PAÍS, 28/VI/2010

<sup>172</sup> F. Espinosa, 2003)

<sup>173</sup> Leguina, El Duelo, op.cit., p.135

<sup>174</sup> E. Moradiellos, 2009)

<sup>175</sup> en CLARIDAD, apud Juliá, Hoy no es Ayer, op.cit., p.99

Pero –observa, con razón, Joaquín Leguina- como, por definición, “el pasado no tiene arreglo”<sup>176</sup>, en realidad, el propósito político de este ajuste de cuentas con el pasado, no es el pasado: hay que buscarlo en el presente. Y consiste en establecer una suerte genealogía de la derecha autoritaria que condujera, sin solución de continuidad, desde el franquismo al PP, pasando por Alianza Popular –pero con la prudencia de dejar a un lado la experiencia de UCD. La imagen ha tenido una expresión redonda en el cri de coeur del dirigente comunista Cayo Lara, protestando que sus correligionarios de Izquierda Unida hicieran posible, con su abstención en la Cámara Extremeña, un gobierno del PP (Mayo de 2011), “los herederos de la matanza de Badajoz” en 1936. No importa que la secuencia propuesta no resista el contraste empírico. Es una evidencia estadística comprobable que la inmensa mayoría de los actuales dirigentes de PP ni siquiera tenía uso de razón política antes de 1975. Y, en todo caso, la exigua minoría que tenía mayoría de edad política en los setenta procedía mayoritariamente de UCD, lo mismo que el voto y los votantes que abrumadoramente pasaron de UCD al PP, cuando se formó este partido en 1989.

El objetivo último de esta operación ha consistido en utilizar el sambenito franquista como ostrakón que contribuyera a expulsar a la oposición del PP –no ya del poder, que es la higiene del mecanismo democrático y la tarea natural del PSOE, sino- del sistema de alternancia, que es cosa de naturaleza diversa. Con todo, lo cierto es que la realidad de la imagen ha superado a la de los hechos, de suerte que, en términos generales, la operación PP-igual-AP-igual-franquismo ha obtenido en este último tiempo un éxito mediático, ya que no electoral, aceptable, en cuanto que esa derecha, embadurnada así de franquismo, ha sido relegada al “ominoso rincón que le corresponde”<sup>177</sup>-o, al menos, eso se ha intentado en estos años atrás. Académicamente hablando, nada que objetar. Porque, desde el rigor del análisis intelectual, las situaciones hay que evaluarlas únicamente en función de los objetivos de sus protagonistas que, en esta coyuntura, han sido los de los empresarios del poder socialista; a saber: maximizar y prolongar su poder por la vía negativa de marginar del sistema al rival popular, pintado como neo-franquista y, en consecuencia, redefinido como enemigo. Y, desde este punto de vista, resulta de elemental honestidad académica reconocer los réditos de ésta y otras piruetas políticas socialistas –en su particular versión zapaterista.

Bien entendido que esta operación de tizar al centro derecha de tinte franquista, siendo la más interesante al objeto de nuestro relato, no es en absoluto, desde una perspectiva política, la más significativa. De hecho, no es más que el aderezo cosmético de un desarrollo de gran porte y envergadura políticas. En este sentido, parece indudable que la maniobra políticamente más relevante hay que buscarla en la redacción y apoyo a un nuevo Estatuto de Cataluña como estatuto de partido; es decir, con exclusión el PP. Juzgada en términos de su objetivo de exclusión, la medida tuvo en su momento un éxito, sino completo, al menos notable: durante años, el PP quedó temporalmente marginalizado en Cataluña y, por ende, erosionada su capacidad de competir a escala nacional, al menos por un tiempo.

Otro asunto es si la maniobra se evalúa desde el punto de vista de la coherencia y cohesión del sistema democrático en su conjunto. “La insensata voluntad de expulsar al

---

<sup>176</sup> Leguina, El Duelo, op.cit., p.137

<sup>177</sup> J. Cercás, “La verdad..”, EL PAÍS, op.cit.

adversario de la comunidad democrática”, como la califica Muñoz Molina<sup>178</sup>, ha roto el compromiso contraído en la Transición de consensuar la organización territorial del Estado con el principal partido de la oposición –tal y como hizo UCD en 1979 con el PSOE, entonces en la oposición. Es difícil restar importancia a un paso de tanta trascendencia –clave en la estrategia del socialismo versión Zapatero en estos años- en la medida que supone romper con la sociedad constituyente de 1978 y sustituir, como socio constituyente, al partido alternante –en este caso, al PP- por pequeños partidos nacionalistas: calculado en términos del sistema democrático, se han intercambiado unos diez millones de votos –léase, el 40% del sufragio- por un millón largo<sup>179</sup>. Desde El Federalista, debería ser inútil insistir en que una característica fundamental de la democracia en versión occidental consiste en el respeto a las minorías. Sin embargo, la democracia es, por definición, la política de las mayorías. Y, en este sentido, resulta evidente que la ruptura del consenso constituyente en política territorial, con una relación de intercambio de diez a uno entre el partido alternante –poco importa el color- y los nacionalistas, presenta un problema de coherencia democrática sumamente peliagudo, sobre todo si, como indican los sondeos, la opinión abrumadora en ambos partidos nacionales favorece la idea de una España compleja pero no compuesta. Es decir, apoyando una organización autonómica del Estado, rechaza la “confederalización” por “la puerta de atrás de los estatutos”<sup>180</sup>.

Sin embargo -aunque pensada como gonzúa de exclusión- la estrategia nacionalista Zapatero-Blanco podía haber tenido una consecuencia, sino diseñada, por lo menos celebrada, incluso desde el punto de vista de la funcionalidad del sistema, si la maniobra se hubiera saldado con una mayor integración de los partidos nacionalistas en el marco político general. Un resultado que era posible. En teoría. Pero el hecho es que no ha sido así. Porque, en la práctica, no se ha “socializado” a los partidos nacionalistas, sino al revés, se ha “nacionalizado” al PSOE. De modo tal, que la deriva secesionista de los partidos nacionalistas se ha acelerado y, sobre todo, el Partido Socialista de Catalunya ha sido “abducido” por los nacionalistas, desplazándose a posiciones soberanistas antes impensables<sup>181</sup>. Desde el punto de vista de los intereses socialistas, este salto político, sin preparación ni red explicativa, ha producido un roto electoral de regulares proporciones en una clientela izquierdista, españolista y anti-nacionalista.

En este sentido, el PSOE se ha dejado en la gatera del nacionalismo identitario demasiados pelos de su coherencia filosófica, porque -aparte de esa carga difícil de apuntalar para la estabilidad del sistema- dinamitar principios ha producido daños irreversibles en el cerebro ideológico de la izquierda y, a la postre en su cuerpo electoral. De modo tal que, en estas capitulaciones matrimoniales con el nacionalismo, la izquierda se ha dejado algo más que plumas de su identidad programática. En buena medida, se ha vaciado de contenido ideológico. Ha pinchado en hueso filosófico y eso no se enmienda en un chalaneo de porcentajes. Un discurso más interesado en la identidad que en la semejanza; centrado en etnias, en lugar de la humanidad; en el nacionalismo, antes que el internacionalismo; que trafica igualdad por privilegio; que traduce diferencia cultural en desigualdad socio-política, confundiendo el derecho a la diferencia con la diferencia de derechos; que promueve derechos históricos a costa de los individuales; que habla de territorios, en vez de ciudadanos libres e iguales; que, en

---

<sup>178</sup> Muñoz Molina

<sup>179</sup> Lo que ahora son hechos y resultados, en su momento fue una deducción: vid. mi artículo, en

<sup>180</sup> R. Blanco Valdés, ...en Claves de la Razón Práctica, V-2006

<sup>181</sup> Idem, “¿Quién teme al Tribunal Constitucional?”



lugar de exigir el derecho a la igualdad, calcula balanzas fiscales, que no impuestos individuales y progresivos...Un discurso así, en suma, amenaza con licuar filosóficamente a la izquierda española. En resumen, la izquierda actual ha invertido los términos políticos de Azaña; de modo tal que, en lugar de *rectificar lo tradicional por lo racional*, está rectificando lo racional con lo tradicional<sup>182</sup>.

En todo caso, los empresarios socialistas de la era Zapatero, profesionales de la política por especialización y “encuesteros” por dedicación, han demostrado que se puede hacer todo. Basta con atreverse. *Poder*, en efecto, *se puede hacer todo* –explicaba don José de Echegaray a los constructivistas de su tiempo- *hasta se puede uno calentar con billetes de banco, pero... es un poco caro*. La aritmética es la política de los dictadores –por eso le gustaba tanto a Stalin. Pero la democracia es ecología: un sistema en el cual, aunque se pueda, no siempre se debe. Y este es el ángulo más discutible –siempre desde el punto de vista de la funcionalidad y equilibrio del sistema democrático- de la maniobra emprendida por los expertos de encuestas, al servicio de técnicas del regate electoral; a saber: que, antes o después, la propia lógica del oligopolio terminará por cobrarse un peaje inabordable para el sistema pero... **también** para los instigadores de la mecánica de exclusión. En política todo lo que se hace se paga y todo incremento de rentas de poder se imita, por perversa que la propuesta se demuestre a la larga. Los empresarios del poder –como los de cualquier otro gremio- tienden a maximizarlo y a eliminar la competencia. Porque –recordemos la advertencia del ilustrado escocés- el mercado es incómodo para cualquier productor, sin exceptuar a los profesionales de la política. Tienen razón, pues, nuestros “encuesteros” socialistas, penúltimos reinventores del exclusivismo de partido: a los efectos de acumular poder, lo deseable, en efecto, es una situación de mercado intervenido que margine a la competencia y, si no evite, al menos dificulte la alternancia por muchos años. Es cierto que el dardo ha impactado lejos de la diana, entre otras razones por la sangría de sufragios que la deriva nacionalista del PSOE ha producido entre su parroquia electoral en las llamadas nacionalidades históricas. Sin embargo, el que no lo hayan conseguido no significa que no lo hayan intentado.

### Por la República y contra la Transición

Pero precisamente de todos estos problemas y debates hay poca “memoria”, aún menos lecturas y apenas reflexiones. Los socialistas que han ocupado el poder estos años y sus socios nacionalistas se sienten libres de cualquier hipoteca del pasado. Han nacido a la vida, al menos a la vida política –le gustaba repetir al Presidente del Gobierno- en democracia: un sistema que han interpretado como un suceso radical, incondicional y absoluto. En general, están lejos de entenderlo como un proceso largo, complejo, sujeto a dificultades, retrocesos y amenazas. Un proceso resultado, sobre todo, de una filosofía fundacional: la idea de construir un sistema limitado para articular la discrepancia en función de la mayoría (que surja de un pacto de reglas fijas para respetar resultados inciertos), la cual, empero, sabiéndose efímera, gobierna preservando –que no liquidando- a las minorías. Quizá precisamente porque esta no haya sido la forma de entender la democracia en estas últimas legislaturas, algunos busquen en una versión modulada del pasado republicano “el fundamento histórico de nuestro sistema

---

<sup>182</sup> La idea, en García de Cortazar, Los mitos, op.cit., p. 274

democrático” actual. Pero, ¿esa reelaboración histórica tiene que ver con lo que pasó o más bien lo que se persigue es de “la relación del presente con el pasado”?<sup>183</sup>; es decir, una reconstrucción anacrónica puesta al servicio de un determinado proyecto político de exclusión. En otras palabras, ¿de qué República nos están hablando?.

En la democracia actual –como ayer en la republicana- deberíamos entender que un conjunto de reglas, controles y equilibrios no es un instrumento para la ingeniería social y política. Y precisamente la instrumentación del sistema –y su corolario en la generación de políticas de exclusión- fue el problema filosófico con el que demasiados republicanos y socialistas de los años treinta trabaron *ab initio* el proyecto republicano. La República “no era un mero cambio de régimen” –nos aclara el Profesor Santos Juliá. Y es harto significativo que, “en el imaginario social” de la época, se considerara el cambio de régimen como algo “menor”<sup>184</sup>. Ya nos lo explicó el profesor Macarro en su día: la República de 1931 “no se identificaba con –ni se proyectaba como albergue de- la democracia, sino con la reforma social, económica o política”. Esta *República* –dejaron sentado los socialistas desde el principio- *es algo esencialmente nuestro* y, por tanto, debía tener *un contenido social nutrido de sustancia revolucionaria*<sup>185</sup>. Parece, pues, que la mayoría de los integrantes del Pacto de San Sebastián querían una *república radical y destructora*, que no *barata* –léase, sin traumas- como abogaba Alcalá-Zamora en su famoso discurso de Abril de 1930<sup>186</sup>. Sin embargo, un habitáculo común pide construirse con preposiciones que apoyen proposiciones **en** o **donde** quepa toda la ciudadanía. **Para** es una preposición mal elegida porque provoca una confusión entre el continente institucional y un determinado contenido programático. Azaña, en un desliz freudiano y tautológico, e involuntaria confesión de parte, se refería a *las leyes sociales de “la República”* (sic), identificando un programa social y económico, muy determinado y sesgado –el del Frente Popular- harto discutible y discutido, de un éxito más que incierto, por otra parte, con la Constitución y el régimen republicanos. Así pues, el cambio de régimen (la República) y de sistema político (la democracia), que no eran asuntos ni fáciles ni banales, arrancaron lastrados por un error filosófico de peso. Nada irremediable, entiéndase bien –la Guerra no es un pecado de “origen” y II República no nació con la marca de un destino trágico<sup>187</sup>- pero, desde luego, arrancó con errores muy poco recomendables para un envite de tal envergadura.

Desde un planteamiento originario como el señalado, no es sorprendente que la nacionalización del régimen republicano y el arraigo del sistema democrático cedieran importancia ante los grandes programas de (sobre todo) la izquierda republicana y de los socialistas: legalidad e igualdad de derechos, estado laico, con estricta separación de Iglesia y Estado, extensión y monopolio estatal de la enseñanza, reforma, modernización y subordinación del Ejército al poder civil, autonomía limitada para determinadas regiones, impulso de las obras públicas, en especial las hidrológicas, nueva legislación laboral y redistribución de la propiedad agraria<sup>188</sup>. Mucho de este programa era compartido desde tiempo atrás por buena parte de la opinión liberal española y algo del mismo hasta por los conservadores. Las diferencias entre conservadores y liberales, de un lado, y el jacobinismo republicano y los socialistas

---

<sup>183</sup> J. Cercas, “La puñetera verdad”, en EL PAÍS, 6/VI/2010

<sup>184</sup> Juliá, *Hoy no es Ayer*, op.cit., p.58

<sup>185</sup> En F. del Rey, “La República de los socialistas”, en Del Rey, *Palabras*, op.cit., p. 166

<sup>186</sup> Álvarez Tardío, “La Democracia...”, en Del Rey, *Palabras*, op.cit., p. 251

<sup>187</sup> S. Juliá, “En torno a los orígenes de la Guerra Civil”, en *Historia de España “Menéndez Pidal”*

<sup>188</sup> Juliá, *Hoy no es Ayer*, op.cit.,p. 77

“bolchevizados”, de otro, no estaban tanto en el programa como en el método; pero, sobre todo, en la intensidad, ritmo, talante con que se aplicó y, muy especialmente, en considerar dicho programa como si de una verdad revelada o la parte no escrita de la constitución se tratara.

Los viejos políticos monárquicos de la izquierda liberal, como Romanones, no digamos Santiago Alba –que a la sazón militaba en el partido Radical y que llevaba a sus hijos al Instituto Escuela- podían ver hasta con entusiasmo un programa de enseñanza que levantó miles de colegios en apenas dos años, inoculando en la generalidad de la sociedad profesional española –partido socialista incluido- la idée force “institucionista” de que una educación exigente, con vocación de excelencia, cultura del esfuerzo y sentido de la responsabilidad, era motor de movilidad social e igualdad de oportunidades y estaba en la base de una sociedad libre y democrática. Un Canalejas, por su parte, hubiera asentido a buena parte del laicismo republicano. Pero ni siquiera los anglófilos y krausistas procedentes de la Institución –cuya empatía con la Iglesia de Roma y sus métodos pedagógicos era menos que escasa- podían digerir una legislación y unas prácticas que conculcaban libertades fundamentales, al prohibir a las órdenes religiosas impartir enseñanzas, ni podían comulgar con unos políticos que llamaban a *destruir la Iglesia, borrando de todas las conciencias el infamante influjo de las carroñas eclesiásticas*<sup>189</sup>. Para liberales de corte europeo, toda esa retórica –iluminada por la quema de iglesias- no eran sino manifestaciones de *un fetichismo primitivo* (Ortega); una apelación a una cruzada anti-clerical violenta que nada tenía que ver con “el principio liberal de una Iglesia libre en un Estado libre”<sup>190</sup>.

### La III República francesa: un modelo más celebrado que imitado

No descubrimos nada al señalar que, tras la Revolución, la Grande Nation fue la segunda Roma y sirvió de inspiración a los progresistas de naciones latinas durante casi todo el ochocientos. En España, lo fue sin disputa, tras la generación de los “doceañistas” que, como los últimos ilustrados, eran más bien anglófilos. Todavía pasada la I Guerra, Azaña seguía creyendo que “el centro del mundo se situaba entre el bulevar de los italianos y la calle Rivoli; Nôtre Dame, el Louvre y el Grand Palais; las Galerías Lafayette y Printimps”<sup>191</sup>. En este jugoso recorrido urbanístico por una ciudad –y un país- que, como todos los europeos, había salido de la Gran Guerra fuertemente endeudado con Wall Street, resulta curiosa la ausencia siquiera de una mención a la construcción por esos mismos años de una Cité Universitaire, según modelo de...los campus americanos. En todo caso, que precisamente una de las pocas personas leídas y viajadas de esa generación de políticos republicanos tuviera una idea del mundo tan desenfocada no deja de ser revelador de posteriores problemas y carencias que pesaron sobre decisiones cruciales en las políticas del nuevo régimen, sobre todo en lo que toca a referencias centradas en relación a algunos temas fundamentales de naturaleza económica e internacional. Sin embargo, y aún admitiendo el acierto de “una España

---

<sup>189</sup> En EL SOCIALISTA, 18/VIII/1931, apud, del Rey, “La República...”, en del Rey, Palabras, op. cit., p.180

<sup>190</sup> Idem, p. 181

<sup>191</sup> S. Juliá, Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940 (Madrid, 2008), p. 189

siempre ‘afrancesada’”<sup>192</sup> -aunque no fuera más que para respetar el hilo argumental de la idea azañista y de tantos republicanos españoles- resulta ilustrativo, a nuestros efectos, advertir, con la ayuda del Profesor Ezequiel Gallo, que, al menos en política española desde el último tercio del XIX, se aspiraba a “los fines ‘afrancesados’ pero sin imitar los métodos franceses”. Así, la Restauración (1875) -que, con la III República, se gestó desde una versión parecida, aunque muy atemperada, de la Commune- rindió un cierto tributo a las convicciones parlamentarias de los orleanistas pero adoptó una solución muy diferente a la de la república vecina a la hora de resolver el dilema de una alternancia estable: una Corona imparcial, pero predecible, en lugar de fiarse a un sufragio honesto, y, como tal, impredecible, como hicieron en Francia. En cuanto a la II República española, si bien impulsó lo incierto de un sufragio libre, no siempre lo acató, desarrollando además estrategias de consolidación del nuevo régimen y alianzas opuestas a las de la República francesa.

Azaña –y con él, una legión de republicanos- consideraba que “sólo de Francia se podía recibir los principios” *sobre los que construir la vida española en libertad y progreso*<sup>193</sup>. Pero, resulta revelador que la mayoría de los dirigentes republicanos españoles, en el mimetismo del modelo republicano francés en su tercera edición, decidieran comenzar por las políticas radicales de las primeras décadas del novecientos. Quizá porque consideraran que la verdadera historia de la República Francesa comenzaba “a partir de Waldeck Rousseau”. Pues –según Azaña- “sólo hace unos años” la III República “se había implantado de veras, cuando por fin ha podido sacudirse el peso de los generales y de la Iglesia”<sup>194</sup>. El orden de los términos en que está formulado el razonamiento es curioso. Y significativo. Al parecer el Presidente no pensó en la fórmula inversa: que sólo cuando la III República logró implantarse de veras, pudo librarse de los generales y de la Iglesia, como soñaba el republicanismo radical. No parece, pues, que Azaña –y con él quizá buen número de republicanos españoles- terminaran de entender que la renuncia de sus vecinos franceses al contenido autoritario de la idea de “unanimidad” que anidaba en la “religión jacobina”, les venía a los republicanos de la Tercera República de la aversión que la democracia plebiscitaria bonapartista había despertado entre ellos, junto a las malas experiencias que habían derivado de políticas y alianzas extremistas durante el segundo de los experimentos republicanos franceses. Por más que no fueran conscientes de ello, nuestros republicanos imitaron mucho más a los “cuarentayochistas” franceses que a la III República.

El prejuicio venía de lejos. Incluso en sus orígenes, los difíciles comienzos de la République des trois Ducs (Broglie, Decazes y Pasquier)<sup>195</sup> no despertaron más que desprecio entre los exiliados republicanos de primera época. Ruiz Zorrilla declaraba (1877) a un “amigo” –a la sazón, confidente de la policía francesa- que la República Francesa era *une république pour rire*<sup>196</sup>. Sin embargo, el hecho incontrovertible es que aquella República “de risa” duró setenta años y la República jacobina española, cinco. Sea como quiera, la cuestión es que, en el horizonte de los republicanos españoles de los treinta, parecen ausentes los largos y cautelosos años de la instauración de aquella

---

<sup>192</sup> E. Ucelay-Da Cal, “Santos Juliá y Madrid. Una reflexión muy personal”, en J. Álvarez Junco y M. Cabrera, La mirada del historiador. Un viaje por la obra de Santos Juliá, (Madrid, 2011), p. 281

<sup>193</sup> Idem, pp. 142-143

<sup>194</sup> Apud, Juliá, Azaña, op. cit., p.86

<sup>195</sup> D. Halévy, la République des Ducs (Paris, 1995), p. 121

<sup>196</sup> Archives de la Prefecture (Paris)

república francesa *sin republicanos*, de la que alardeaba Thiers para tranquilidad de la Francia provinciana<sup>197</sup>. Una república administrada por prudentes gobiernos orleanistas, a quienes, más que el régimen, les importaban “las instituciones” para asegurar “un provenir duradero”<sup>198</sup>. E *instituciones* ciertamente –que no puestos burocráticos, protestaría Gambetta, años más tarde- *eran la pasión del partido republicano radical*<sup>199</sup>. *Sous la garde de nos idées, venez plaisir vos intérêt*, era la fórmula que proponía Thiers para asentar la República entre las clases medias provincianas<sup>200</sup>. Una estrategia a la que acabó por sumarse la izquierda radical, con su política *de estabilidad, de prosperidad y de legalidad* (Gambetta<sup>201</sup>), en *paz, trabajo y orden*, que decía Spuller; en el convencimiento de que sólo con una versión “moderada”, apoyada “por el mundo rural y las clases medias”<sup>202</sup>, podría afianzarse la República<sup>203</sup>. Una política *oportunist*<sup>204</sup>, que Gambetta llamaba *de concentración* y que, en Francia, llevó, *por la puerta de atrás*<sup>205</sup>, a la consolidación de “una república hecha a golpe de transacciones”, ya que no de “abjuraciones” (Charles Renouvier)<sup>206</sup>. Una república *de campesinos* (Ferry), *conservadora*, a ojos de Thiers y de Jules Simon; *de veinticuatro millones de propietarios*, a decir de Gambetta<sup>207</sup>, o -en palabras de la izquierda- *una república de farmacéuticos y veterinarios* (Saint-Valery)<sup>208</sup>, esas *nuevas capas sociales*, a las que apelaba Gambetta, para evitar hablar de clases<sup>209</sup>, *una mala palabra*, porque –diría en un discurso famoso y destinado a tranquilizar a la Francia provinciana y burguesa (en abril de 1872) - *no hay remedio social; hay un progreso diario, pero no una solución inmediata*<sup>210</sup>. Y lo cierto es que la III República, que se asienta definitivamente en la década del ochenta, es también la república de los Schneider (la gran industria), de los Boucicaut (fundador del Bon Marché y a cuya muerte en 1878 fue honrado como ciudadano ejemplar) y de los Dubochet (el gran empresario del gas)<sup>211</sup>.

### Un ánimo desabrido para algunas reformas razonables

En España, por el contrario, buenas ideas, mejores planes y reformas necesarias se marchitaron por el ademán hosco, el gesto *agrío* (Ortega) y el ánimo vengativo de su implementación. Alguna de tanta trascendencia y oportunidad como la militar tuvo consecuencias negativas, letales a la postre para el nuevo régimen, por su desafortunada presentación, a pesar de haber sido bien intencionada y mejor pensada. Azaña era un buen conocedor de temas militares, de los ajenos y de los propios. Su plan para adelgazar el obeso e inoperante cuerpo de oficiales y modernizar un ejército, que tenía 258 generales y 22.000 jefes y oficiales para 16 divisiones, hubiera recibido el aplauso

<sup>197</sup> Halévy, *Notables*, pp. 37, 122, 169 y 172

<sup>198</sup> Littré, *l'Établissement de la Troisième République* (Paris, ) ; y Halévy, *Ducs*, op.cit., pp. 46 y 140

<sup>199</sup> Halévy, *Ducs*, op.cit., p. 291

<sup>200</sup> Halévy, *Notables*, op.cit., p. 248

<sup>201</sup> *Discours de Gambetta*, vii, pp. 279-284

<sup>202</sup> Rémond, *La vie politique*, op.cit., p.328

<sup>203</sup> J.-M. Mayeur, *Les débuts de la Troisième République, 1871-1898*, (Paris, 1973), pp. 10-11

<sup>204</sup> Idem, p.105

<sup>205</sup> Halévy, *Ducs*, op.cit., pp. 54, 137 y 172

<sup>206</sup> Apud, Halévy, *Ducs*, op.cit., p. 124

<sup>207</sup> Halévy, *Ducs*, op.cit., pp. 194 y 254

<sup>208</sup> Apud Mayeur, *Les débuts*, op.cit., pp.51-52

<sup>209</sup> Rémond, *La vie politique*, op.cit., pp. 342-343 ; y Halévy, *Notables*, p. 180

<sup>210</sup> Halévy, *Notables*, p. 132

<sup>211</sup> Halévy, *Ducs*, op.cit., p. 258

del general Cassola que lo había intentado sin éxito en 1888, como ministro de la Guerra en el “gobierno largo” liberal. Su idea de embridar definitivamente al Ejército, convirtiéndolo en un instrumento del estado al servicio de intereses y objetivos nacionales, bajo la dirección del poder civil, hubiera sido interpretada por Maura como la culminación *de la labor seguida* [desde 1875] *para apartar al Ejército de la política, confinándolo* –que dijo Silvela mucho antes- *en sus cuarteles*.

El ideal militar de Azaña era el ejército de la III República. Pero su política de redimensionamiento y nacionalización del ejército estuvo muy alejada de la de Thiers, que empezó por aplicar una purga sangrienta, acaudillando la represión de la Commune y exaltando el militarismo, como droga para republicanizar al ejército bonapartista. Las Jenas y Austerlitz españolas se perdían en la noche de tiempos casi mitológicos. Pero tampoco Santiago o Cavite eran comparables a la débâcle de Sedán, con el Emperador capturado y la pérdida de provincias metropolitanas. Sin embargo, en la nómina de asonadas nacionales sobran los Brumarios. En efecto, tradiciones militaristas y golpistas no faltaban en el Ejército español y entre la izquierda en general, republicanos incluidos. Eran tradiciones y métodos de los que, con bastante buen sentido, algunos republicanos de la generación de Azaña habían procurado distanciarse y vacunarse aún antes del golpe de 1923. El problema fue que el despego intelectual ante prácticas tan rudimentarias les hizo olvidar el halago y el marketing que sus proyectos requerían, precisamente para republicanizar y, de resultas, reducir el Ejército a un instrumento de la política nacional. De tal suerte, que *la hazaña de Azaña* (Ortega) no se percibió como una modernización, cual era su propósito, sino como una depuración del Ejército, que fue su resultado. De forma que una parte considerable de la oficialidad no se sintió republicanizada sino discriminada. Al contrario que sus correligionarios franceses –que, hasta el día de hoy, han poblado el callejero de París con los nombres de las batallas y de los mariscales de Napoleón- los republicanos y marxistas españoles no perdieron ocasión de vejar a *los generalitos reaccionarios* –que decía la Pasionaria en el Congreso<sup>212</sup>- y, desde Febrero de 1936, agredir a unos militares de carrera que apenas se atrevían a pasearse de uniforme, ni dejaron pasar la oportunidad de organizar células pseudo-revolucionarias entre las clases de tropa y los suboficiales, mucho más disfuncionales como pretextos de sublevación que eficaces como instrumentos de revolución.

Escéptico de la formación y capacidad técnicas de los militares españoles<sup>213</sup>, Azaña despreciaba además su operatividad como instrumento de subversión política. La sencilla desaparición de la Dictadura de Primo, el abortado golpe republicano de 1930 y el fiasco de la “sanjurjada” en 1932 terminaron de convencerle que la era de los pronunciamientos era una reliquia del pasado, reafirmando en una pobre idea del gremio militar en su capítulo español. Casi tan mala como la que tenía Cánovas medio siglo atrás, que aborrecía *las militaradas* y recelaba *de la desmedida ambición política de los generales*. Sin embargo, la generación que había vivido el culatazo que produjo el sexenio revolucionario (1868-1874) y visto como el grueso del cuerpo de artillería del ejército constitucional se había pasado a los facciosos, como rechazo a la anarquía imperante, salió escaldada de asonadas militares que terminaban ofreciéndose –en palabras de un agregado militar francés, calcadas, que no imitadas, de las de Moret- como *bomberos de la revolución* que su propia indisciplina había desencadenado antes.

---

<sup>212</sup> H. García, “De los soviets a las Cortes. Los comunistas ante la República”, en F. del Rey (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española* (Madrid, 2011), p.155

<sup>213</sup> Juliá, *Azaña*, op. cit, p.132

Pero vivió persuadida que una cosa era el desprecio intelectual que le inspiraran los métodos cuarteros de los republicanos zorrillistas, y su séquito de militares golpistas, y otra muy distinta subestimar su riesgo. Por eso sobrevivieron prevenidos y consideraron, ya con el sol a la espalda, que el golpe de Primo de Rivera (1923) era – hablaba Maura poco antes de su muerte (1925)- *un salto en las tinieblas, funesto por las consecuencias que había de tener*. Porque –seguía el razonamiento del político conservador- *en el solar* de una nación carente del *espíritu de ciudadanía imprescindible, había ido a montar sus tiendas, por desgracia, no sólo para él sino para la Patria, el Ejército, una de las dos entidades medianamente organizadas que exist[ían] en España. Después funcionar[ía] la Casa del Pueblo; y después, un gran cataclismo*. Como la Reina Cristina, Maura y los viejos políticos creían que la estocada a la Constitución en 1923 produciría el *destronamiento* de Alfonso XIII y *el fin de la Monarquía; una República; luego el caos; y después, claro, los militares* –le vaticinó a su hijo Miguel, futuro ministro republicano de Gobernación.

### El pacto como error histórico y el sectarismo como virtud

El tenebroso augurio no tenía porque haberse producido. La generación de la República, había rechazado el pronunciamiento de 1923 como *un insulto a la inteligencia* (Azaña) que *asestaba el golpe al sistema parlamentario en el momento que se operaba la transición de la oligarquía a la democracia*<sup>214</sup> –una caracterización e interpretación de la que participaban no pocos políticos de la vieja generación. Pero ahí terminaba la sintonía. Porque los nuevos republicanos llegaban a una explicación opuesta del golpe de Primo, derivada de una lectura muy distinta del azaroso pasado del liberalismo español a la de sus predecesores del antiguo régimen de la monarquía parlamentaria. De esta suerte, al revés que los políticos de la restauración monárquica de 1875, que pensaban que la *causa de todas nuestras desdichas* (Cánovas), el golpismo y sus secuelas (la carlistada contrarrevolucionaria), eran consecuencia del monopolismo de partido y la estrategia de aniquilar al rival; de la política, en suma, *de la bolsa o la vida*, consistente en *exigirlo todo o declararse en rebeldía*, los republicanos del 31 creían, por el contrario, que habían *fracasado sobre todo ciertos métodos* (Azaña) de pacto y conciliación. El fracaso del liberalismo español –según los nuevos republicanos- había venido precisamente *por sobra de espíritu conservador*; por una política de acuerdo, entendido como “claudicación”. “La concordia civil no siempre era buena”, al punto que “las guerras civiles eran necesarias para el crecimiento de los pueblos”. En consecuencia –sentenció Álvaro de Albornoz- *no más pactos, ni de Vergara ni de El Pardo*<sup>215</sup>. Al revés que para sus mayores, el peligro, según los republicanos del 31, consistía en que *la transigencia mal llamada liberal* “hiciera posible un pacto con el enemigo e impidiera la alianza entre los republicanos y los trabajadores”<sup>216</sup>, base de una república que traería *la revolución honda y profunda* que necesitaba España.

De este modo, considerando que el *turno* había sido *vicioso* –una damnosa hereditas intelectual del 98- nuestros republicanos pensaron que la forma de terminar con los

---

<sup>214</sup> Juliá, Hoy no es Ayer, op.cit., p. 135; una idea similar, en R. Carr

<sup>215</sup> M. Álvarez Tardío, “Historia y revolución en la cultura política de la izquierda republicana. El caso de Álvaro de Albornoz y los radical-socialistas”, en Historia y Política, nº 19, pp. 175-200

<sup>216</sup> Álvarez Tardío, “La Democracia...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p. 240

vicios era acabar con el turno, un non sequitur muy popular en la época. Así pues, haciendo tabula rassa del pasado y convencidos que los “vicios” se debían al *turno* –y no al revés- suprimieron cuanto de *pacífico* había entre los partidos. Y de este modo fue como, en los años treinta, espíritu de tolerancia y estilos civilizados de transacción, hábitos de negociación y voluntad de pactos se convirtieron en *métodos fracasados* y, el consenso, en *pasteleo*<sup>217</sup>. *Habrà* –advertía Azaña en 1923- *que restaurar en su pureza las doctrinas y acorazarse contra la transigencia. La intransigencia será el síntoma de honradez*. De tal suerte, que *sectarismo* –otra vez Azaña en confesión de parte- e intransigencia no faltaron en el nuevo régimen. Afirmaciones que, si bien en el contexto de su formulación tenían el propósito de “acorazarse” ante alternativas monárquicas<sup>218</sup>, no eran sólo episódicas: venían de profundas reflexiones e interpretaciones históricas, con arreglo a las cuales la “debilidad del liberalismo español”, y su fracaso a la hora “de realizar una auténtica labor revolucionaria”, se derivaba de haber pactado “con la monarquía y la Iglesia”, devaluando su capacidad revolucionaria<sup>219</sup>. Por eso, la explicable radicalidad coyuntural contra la Monarquía se trasladó y contaminó la filosofía política del nuevo régimen, erosionando y reduciendo gravemente la capacidad integradora de la República.

Fuera ya de lecturas del pasado, España no fue un caso aislado. Ambas características –intransigencia y sectarismo- flotaban en aquella “edad del odio” –como la ha calificado Nill Ferguson<sup>220</sup>: un ambiente viciado, radicalizado y “brutalizado”<sup>221</sup> de una Europa de entreguerras, asfixiada por la depresión del 29 y debatiéndose entre el bolchevismo y el fascismo<sup>222</sup>. Una Europa donde la violencia tenía un prestigio tal que lo contaminaba todo. No sólo “militarizaba la política”<sup>223</sup>: el teatro, el cine y la literatura se mimetizaban en “frentes” y los partidos políticos se uniformaban y entrenaban como “organizaciones de combate”<sup>224</sup>.

La facilidad con que cayó la Dictadura de Primo (1929) y la suavidad con que se desvaneció una monarquía milenaria debió convencer a los políticos republicanos que nada había que transar: cualquier utopía era alcanzable, cualquier sueño realidad. Un enfoque quizá poco recomendable para cimentar una democracia pero una actitud explicable en políticos carentes en su mayoría de experiencia de gobierno, conocimiento de la administración o de la realidad empresarial. Salvo excepciones (como el Dr. Negrín, Fernando de los Ríos, Besteiro o Jiménez de Asua, minoritarios, por otra parte, dentro de un partido sindicalista), la mayoría de los políticos que trajeron la República carecía de una formación y actividad profesional ordenada, normalizada y exigente. Abogados, más que juristas, gentes de Ateneo, tertulia y artículo de ocasión, eran “urbanitas” en un medio rural que pretendían transformar radicalmente sin conocerlo y

---

<sup>217</sup> Para la política de acuerdos como “pasteleo”, vid. J.Juaristi, en Letras Libres, X-2010

<sup>218</sup> Juliá,

<sup>219</sup> González, “El sable...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p. 425

<sup>220</sup> N. Ferguson, The War of the World: History's Age of Hatred (London, 2006)

<sup>221</sup> G.L. Mosse, De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes (Paris, 1999)

<sup>222</sup> S. G. Payne, La Europa Revolucionaria: las guerras civiles que marcaron el siglo XX (Barcelona, 2011)

<sup>223</sup> R. Cruz, En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936, (Madrid, 2006), p. 143

<sup>224</sup> E. González Calleja, “La dialéctica de las pistolas: la violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República”, en J. Muñoz Soro, et alii, Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX, (Madrid, 2005)



provincianos en un medio internacional explosivo que imitaban casi tanto como ignoraban. Personas honestas y bien intencionadas, de una moralidad estricta, casi tan implacables con el descuido económico como relajados con el principio de legalidad y comprensivos con la violencia política. De buena pluma y verbo fácil pero “incierto saberes”<sup>225</sup>; con frecuencia, tenían una vasta cultura generalista y literaria en una lengua universal, aunque marginal, pero sabían pocas “cosas concretas” –para tomar prestada la observación orteguiana. Azaña, en una visita al frente de Madrid avanzada la guerra, expresaba un asombro melancólico ante lo inusual, por lo precisa y ordenada –en lugar del habitual “sobre poco más o menos”- de la explicación con que un ingeniero respondió a sus preguntas.

Buscando un rumbo comparativo para procurar sortear los escollos del anacronismo, hay dos termómetros reveladores de aquel bestiario político: es difícil encontrar en los artículos y discursos de estos políticos republicanos referencias económicas y menos aún mínimamente fundamentadas; al tiempo que también resulta llamativa la ausencia de interés por -y la falta de referentes y ubicación en- el medio internacional. La impresión que producen artículos y discursos es que aquellos políticos no tenían excesivo respeto por el conocimiento especializado como base para un enfoque cauto y riguroso ante esa realidad compleja que pretendían cambiar. En suma, componían un perfil en que una ignorancia sectaria e incontinente, espoleada por el ingenio de una palabra ocurrente y una pluma fácil, producía un precipitado político proclive a la imprudencia, el riesgo y la aventura. Es la impresión que le produjeron a Churchill cuando los vio y oyó discutir, *firy eyes*, gesticulantes y acalorados, en un hotel de Barcelona. Una idea parecida a la que sacó Uslar Pietri a su paso por Madrid en aquellos años: una ciudad provinciana, aunque fascinante, de conversadores apasionados e incansables y trasnochadores inagotables pero...un lugar *enfebrecido y delirante*.

“Y de pronto, casi sin pensarlo, se encontraron con una república en las manos”<sup>226</sup>. La República, en efecto, llegó “como un advenimiento”; con la alegría de una fiesta primaveral<sup>227</sup> y, “en medio del alborozo”, *el pueblo cantaba*<sup>228</sup>. La República despertó “grandes expectativas”<sup>229</sup>, alumbrando legítimas “esperanzas” de optimismo, modernidad y cambio<sup>230</sup>. Quizá excesivas. Porque aquel estreno democrático tuvo demasiado de exaltación milenarista y proyecto regeneracionista, de “mito mesiánico”, en palabras del profesor Ben-Ami<sup>231</sup>, cimientos poco recomendables para estabilizar un régimen democrático. Se le exigió más de lo que ningún sistema político puede razonablemente proporcionar. En contra de lo que suele todavía creerse, la República no fue tanto la consecuencia del atraso como el producto del éxito de una

---

<sup>225</sup> S. Juliá

<sup>226</sup> J.M. Macarro, “Los socialistas en la Segunda República”, en Álvarez Junco y Cabrera (eds.), op.cit., p.97

<sup>227</sup> S. Juliá, Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases (Madrid, 1984)

<sup>228</sup> Vázquez Ocaña, Segunda República, op.cit., p.41

<sup>229</sup> Juliá, Hoy no es Ayer, op.cit., pp. 76 y 58

<sup>230</sup> J.J. Linz, “From great hopes to civil war: the breakdown of democracy in Spain”, en J.J. Linz y A. Stepan, The breakdown of democratic regimes: Europe, (The Johns Hopkins University Press, 1978), pp. 142-215

<sup>231</sup> S. Ben-Ami, Los orígenes de la Segunda República española. Anatomía de una transición, (Madrid, 1978), p.420

modernización acelerada<sup>232</sup> (tras medio siglo de estabilidad, más el impulso económico de la neutralidad en la I Guerra) y sucumbió asfixiada por las desmedidas expectativas que el cambio había despertado en una sociedad transformada<sup>233</sup>, impaciente, rejuvenecida y radicalizada. “La guerra es así la interrupción de un proceso [de cambio acelerado] más que el estallido final”<sup>234</sup> de una olla a presión recalentada por el atraso: una imagen que estaría más cerca de Tocqueville y su revolución de expectativas crecidas, pero frustradas, que de Arthur Young y Michelet y su *révolution de la misère*.

Las elecciones generales de 1931 cogieron a la opinión conservadora desorganizada, con los viejos partidos maltrechos tras la Dictadura, y desconcertada tras la caída de la Monarquía y los cambios trepidantes de la nueva República: para empezar, una legislación electoral que, en la más genuina tradición republicana, impuso el modelo a la departamentalista<sup>235</sup>, o de escrutinio de lista provincial, para el cual las organizaciones políticas clientelares, adaptadas al sistema de pequeños distritos uninominales a la inglesa, estaban mal equipadas<sup>236</sup>. Por eso quizá, las elecciones de junio –a pesar de haber sido las más limpias celebradas hasta entonces y marcar un mojón democrático en la historia de los comicios españoles- escogieron unas Cortes constituyentes legítimas pero sólo parcialmente representativas de la realidad social del país, en la medida que la extensa opinión conservadora existente apenas aparecía reflejada. El resultado fue, sino tanto como “una constitución netamente revolucionaria”, como exigían los socialistas<sup>237</sup>, si ciertamente una Constitución-programa más, de partidos –de izquierda republicana y obrera- en lugar de un régimen consensuado. *Por fin España tiene una Constitución de izquierdas*, fue la reveladora exclamación del profesor socialista Jiménez de Asua. De esta suerte, aquel régimen nació sin ese *plus de estabilidad* que, a decir de Kelsen, es la esencia de la norma normarum, como expresión de un pacto<sup>238</sup>. Sobre todo, la numerosísima opinión católica de la época –que no era precisamente suave ni fácil de apaciguar- quedó barrida del texto constitucional.

Para el arraigo del nuevo régimen, empero, lo peor fue la lectura radical que jacobinos y marxistas hicieron del escrutinio. Confundiendo el país electoral con el país real, creyeron que la numerosa, pero infra-representada, opinión conservadora del país –que no era anti-republicana, si bien tampoco entusiasta del cambio, y que se mantenía agazapada, desorganizada y desconcertada, pero no desaparecida- “eran restos insignificantes del pasado”<sup>239</sup>. Rechazaron, pues, como ganga superflua, cuando no enojosa, la oportunidad de integrar en el sistema a la derecha y a la poderosa opinión católica. Juicios de valor aparte, era un error de hecho, cuya demostración empírica tuvo un severo correctivo electoral en apenas dos años. Sin embargo, y desde esta misma perspectiva, es interesante preguntarse –porque fue crucial para la estabilidad del nuevo régimen- por el fracaso de una Derecha Liberal Republicana. Había base sociológica para ello, nos dice con razón el profesor Ben-Ami. Y no faltaban mimbres para urdir

---

<sup>232</sup> Eso es lo que pensaban Azaña y Ortega desde 1917: apud, Juliá, *Hoy no es Ayer*, op.cit., p. 179

<sup>233</sup> Cifras en Ben-Ami, *Orígenes de la República*, op.cit., pp.414-416

<sup>234</sup> S. Juliá, “El fracaso de la República”, en REVISTA DE OCCIDENTE, n°s. 7-8, nov. 1981

<sup>235</sup> Rémond, *La vie politique*, op.cit., p.244

<sup>236</sup> Ben-Ami, *Orígenes de la República*, op.cit., p. 405

<sup>237</sup> M. Álvarez Tardío, *Anticlericalismo y libertad de conciencia. Política y religión en la Segunda República española (1931-1936)*, (Madrid, 2002)

<sup>238</sup> Apud, P. González Trevijano

<sup>239</sup> Juliá, *Hoy no es Ayer*, p.78

una trama sólida. Miguel Maura y Alcalá-Zamora eran políticos de fuste, preparados, concedores de la administración, con sentido y experiencia políticas; aunque, don Niceto, quizá con un poquito de excesiva afición a manejos de antiguo régimen - brujuleando entre las aguas inciertas del sistema orleanista de la doble confianza que otorgaba al Presidente de la República un cierto margen de discrecionalidad. A mayor abundancia, los políticos de la derecha republicana tenían una idea clara de que el objetivo político estratégico consistía producir y asentar un cambio de régimen, construido “sobre la base fundamental del principio de autoridad”; caminando hacia una democracia plena, pero “con orden y sin violencia”, y sin renunciar a la parte más sana de la herencia liberal y constitucionalista del parlamentarismo español<sup>240</sup>.

No obstante, el hecho es que los políticos de derecha se vieron arrollados por una mayoría de jacobinos que pensaban que la República debía ser, mucho más que “un mero” cambio de régimen, un cambio “revolucionario neto”. Y es un hecho también que no acertaron a montar una plataforma política capaz de recoger con energía, pero dentro de parámetros republicanos y democráticos, la inquietud creciente del amplio sentimiento conservador del país<sup>241</sup>. En el caso de Alcalá-Zamora, puede que, al convertirse en Presidente de la República, se anulase a sí mismo como líder de la derecha. Pero, quizá -con anterioridad a ello y de modo más general- porque, inevitablemente, los republicanos moderados quedaron sumergidos e identificados en y con la obra de un Gobierno provisional –y en la elaboración de una Constitución- mayoritariamente dirigidas por unos colegas muy poco dispuestos a integrar las ideas moderadas de aquéllos en el comportamiento y el genotipo político del nuevo régimen.

Por su parte, Alejandro Lerroux, tampoco pudo desempeñar de forma contundente un papel de centralidad, a pesar que tenía condiciones personales sobradas, reunía elementos numerosos y un conocimiento profundo de la maquinaria partidista y electoral. Las razones son conocidas y han sido desmenuzadas en trabajos muy pormenorizados. Dejando ya a un lado su pasado anti-clerical radical, por lo que hace a las reticencias que podía suscitar en la opinión conservadora<sup>242</sup>, las mañas clientelares y populistas de Lerroux, no siempre inmaculadas, despertaban entre sus estrictos colegas republicanos recelo, cuando no desprecio<sup>243</sup>. Un malestar ilustrado por el comentario Alcalá-Zamora, en el sentido de que un gobierno Lerroux terminaría por subastar las resoluciones judiciales en la plaza pública. Y Maura, por su parte, también abrigaba serias reservas a la hora de aceptar formar parte en un gabinete presidido por el político radical. En todo caso, aunque convencido de que sólo una política moderada, podía asentar la República en España<sup>244</sup>, el viejo político republicano, arrinconado en el ministerio de Estado del Gobierno Provisional, no pudo o “no supo” frenar a sus colegas jacobinos.

El asunto era que la mayoría de políticos republicanos, víctimas voluntarias –a decir de Richard Gunther- de “la distorsión de la representación parlamentaria” que su propia ley electoral “creaba en las Cortes”, vivieron en el espejismo de que “la coalición victoriosa

---

<sup>240</sup> Álvarez Tardío y Villa, *La Exclusión*, op.cit., pp. 27 y 36

<sup>241</sup> Álvarez Tardío y Villa, *La Exclusión*, op.cit., pp. 37-39

<sup>242</sup> J. Álvarez Junco,

<sup>243</sup> O. Ruiz Manjón, *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, (Madrid, 1976)

<sup>244</sup> N. Townson, *The crisis of democracy in Spain: centrist politics under the second republic, 1931-1936*, (Sussex Academic Press, 2000)

había recibido un mandato aplastante a favor de sus propuestas políticas”<sup>245</sup>. Y, en este convencimiento, consideraron que España estaba lista para lo que ellos entendían por un experimento progresista radical. De modo tal que, en lugar de nacionalizar la República, la “patrimonializaron”, bloqueando la entrada de nuevos jugadores que no comulgaban con el breviarío jacobino-socialista<sup>246</sup>: *República para todos, no; República para los republicanos y sólo para los republicanos* –se leía el 29 de Octubre de 1933 en El Socialista<sup>247</sup>. De esta suerte, la Re-pública dejó muy pronto de ser “pública”: era suya; *nuestra* –aclaraba Largo Caballero, en nombre de los socialistas<sup>248</sup>. El hecho, pues, es que la República tampoco pudo o supo convertirse en una institución nacional, *ensanchando las bases de opinión*. Ese es el sentido del *no es esto, no es esto* orteguiano. Así, les pareció hacedero liquidar lo que ellos consideraban como cuatro siglos de conservadurismo y atraso en cuatro años de legislatura. Los gobernantes republicanos demostraron una ansiedad impaciente. Como los jugadores de bolsa arriesgados, descontaron el dividendo antes de cotizarse. “Calcularon mal, la fuerza de los obstáculos que habrían de oponerse” a sus planes de reforma<sup>249</sup>. No seleccionaron sus objetivos ni espaciaron el enfrentamiento con los grupos de interés afectados. De prisa, deprisa y todos “de una vez”<sup>250</sup>: Iglesia, Ejército...

Y también los terratenientes. La reforma agraria se pensó como receta para resolver el problema social del mezzogiorno español, al tiempo se creaba un “campesinado próspero” de pequeños propietarios republicanos<sup>251</sup>. La redistribución de la tierra -un eco de la arcadia feliz de la primera república romana, idealizada por Tácito para criticar al imperio, e imitada por los revolucionarios franceses fino il setecento para pagar sus ejércitos- fue retomada en los países de Europa oriental, en torno a la Gran Guerra, siendo también una de las reformas centrales de la Revolución Mexicana, donde ocasionó un desaguisado económico cuyas secuelas han penalizado a la república azteca hasta el presente. En España, el experimento tampoco salió mucho mejor<sup>252</sup>. De hecho, apenas arrancó: sólo el 2,5% de la propiedad agraria cambió de manos. Y, lo poco que se hizo en el campo, fue más bien desastroso.

Ya en plena Guerra, Azaña cortó un arrebato isidoriano de Negrín sobre la Iberia ubérrima señalándole que, en general, era tierra apta sólo *para criar alacranes*. Por eso, asentamientos masivos –que constituían el imperativo social deseado- exigían parcelaciones menores de 6 Has., económicamente ruinosas, al depender de un suelo pobre en capa vegetal y con un régimen de lluvias escaso y mal repartido, como era la generalidad del caso español. No obstante, al mito anarquista del “reparto” se unía el interés del sindicalismo socialista por controlar el mercado de trabajo y el sueño republicano, de remotas resonancias clásicas, de fabricar una clase media campesina, troceando los latifundios de los terratenientes semi-feudales. Una amalgama irresistible

---

<sup>245</sup> R. Gunther et alii, El sistema de partidos políticos en España. Génesis y evolución, (Madrid, 1986), p.

<sup>246</sup> M. Álvarez Tardío y R. Villa, El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República, (Madrid, 2010), pp. 17-46 y 245

<sup>247</sup> Apud, Del Rey, “La República...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p.206

<sup>248</sup> J.M. Macarro, “Los socialistas en la Segunda República”, en J. Álvarez Junco y M. Cabrera (eds.), La Mirada del Historiador. Un viaje por la obra de Santos Juliá, (Madrid, 2011), p. 97

<sup>249</sup> S. Juliá, “El fracaso de la República”, en REVISTA DE OCCIDENTE, n°s. 7-8, nov. 1981

<sup>250</sup> Del Rey, “La República...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p.141

<sup>251</sup> Juliá, Azaña, op.cit., p.308

<sup>252</sup> La bibliografía sobre el tema es muy abundante desde el estudio coetáneo de P. Carrión, Los latifundios en España, (Madrid, 1932). El clásico en nuestra época es el de E. Malefakis, Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain, (New Haven, 1970)

y, en buena medida, un mito que emparejaba eslavos e iberos, Rusia con España, en la inteligencia que toda España era como Andalucía; y en el supuesto, a su vez, que toda Andalucía era igual a la campiña cordobesa y sevillana. La *idéé force* arrancaba de un libro seminal de Kant pero su impulso ochocentista le vino de Niebuhr y su aliento de los viajeros románticos, que sólo tenían ojos para el campo y los campesinos andaluces y para quienes Madrid era un *poupourrit* sin carácter español y Barcelona *un Manchester banal*. Retomado por Tolstoi, el *tableau vivant* romántico fue recogido por Dostoyevsky con cierta sorna. Pero a Kropotkin no se le escapó su mordiente político-social y Trotsky lo desarrolló plenamente, para terminar con Maurín en versión española y la idea que en España, supuestamente un país sin burguesía, semi-feudal como Rusia, se podía dar el salto directamente a la sociedad comunista, evitando la enojosa etapa burguesa. Y parece que el salto lo dieron, aunque no exactamente en la dirección con que soñaban los revolucionarios.

El problema era que esa pintura gorkiana que dividía el planeta entre terratenientes feudales y jornaleros semiserviles no se ajustaba a la realidad española. O, por lo menos, no era la generalidad del caso. La cuestión es que –a salvedad de algunas excepciones- los políticos republicanos eran “urbanitas”. Ignorantes de la realidad económica y de la enorme y compleja variedad profesional y social del mundo agrario tradicional<sup>253</sup>, la generalidad de aquellos políticos prefería escribir y perorar con entusiasmo sobre el reparto de la pobreza a reflexionar sobre el incremento de la riqueza. Y los sindicalistas, que si conocían bien de qué iba la cosa, agitaban el señuelo del “reparto” pero estaban sobre todo interesados en el control del mercado de trabajo como fuente de poder<sup>254</sup>. De hecho, los jornaleros “reformados”, con más información y sentido común que los reformadores, vendían los aperos, abandonaban las parcelas, invadían fincas, impedían la mecanización e imponían a los hasta ayer despiadados señores –pero desde entonces atemorizados propietarios- el cultivo forzoso con salarios inflacionarios. La catástrofe trágica de la Guerra ocultó el descalabro económico que se avecinaba: la cosecha de 1936 no hubiera pagado el costo de producirla a los precios desbocados que una gestión político-económica descontrolada, sectaria y sindicalizada era incapaz de embridar.

Los agraristas de la República nunca terminaron de comprender que el mundo de “Los santos inocentes”, sórdido y miserable, tremendo e injusto, era mucho más el resultado perverso que combinaba campos -a veces extensos pero casi siempre improproductivos- con el andamiaje económico de un proteccionismo regresivo, que el producto de los ubérrimos latifundios de uvas y mil del valle del Guadalquivir. Como tantas veces, miraban a Francia pero sin saber de qué hablaban: en un manual de cultivos herbáceos francés, hubieran observado que las producciones de cereal en Francia eran entre 4 y 5 veces las de España; una ojeada a cualquier libro de agricultura o geografía francesa les hubiera enseñado que, las parcelas a partir de 400 metros sobre el nivel del mar –que constituyen la inmensa mayoría de las españolas- se consideran sólo propias para agricultura de montaña, lugares donde llueve poco y hiela en primavera; y que la edafología de la España verde está más cerca de Bretaña que de Normandía. Desgraciadamente –y salvo excepciones- la España agraria real no era la del estereotipo.

Pero lo curioso de la política agraria de la II República –y paradójico, desde su propio punto de vista- es que, de hecho, los gobernantes republicanos, al revés que sus abuelos

---

<sup>253</sup> Vid. mi trabajo, *Los amigos políticos*, (Madrid, 2001), cap.3, esp., pp. 257-297

<sup>254</sup> Macarro, “Los socialistas...”, en Álvarez Junco y Cabrera, *Mirada del historiador*, op. cit., pp. 98-101

en 1873, continuaron discurriendo por la senda conservadora de un proteccionismo creciente, arrastrado (desde 1891), y que agravaba unas características naturales de por sí difíciles, distorsionando precios y asignando los recursos agrícolas de forma disfuncional, de manera tal que, haciendo crecer con precios artificiales el área cultivable, a costa de tierras sólo adecuadas para dehesa, iba disminuyendo la productividad. Un proteccionismo que favorecía a los grandes terratenientes –por algo lo llamaba Pablo Iglesias *el socialismo de los ricos*- y que, además, los ministros republicanos manejaron mal, como ha demostrado el Profesor Velarde, en relación a las inoportunas importaciones de choque de Marcelino Domingo durante el bienio socialazañista. El caso es que nuestros republicanos no se atrevieron a afrontar la verdadera reforma agraria; a saber: una política económica democrática, es decir, pensada desde el punto de vista del consumidor que liberara precios, reasignando eficientemente los recursos agrarios, aumentando la capitalización y la productividad del campo, y produciendo, al tiempo, un aumento en el salario real de los obreros españoles, al ofrecer una cesta de la compra progresivamente abaratada.

Sin embargo, no fueron los enemigos que se granjeó el régimen -ya fueran terratenientes o católicos- por sus fracasos en el campo o sus aciertos en las aulas el factor determinante del desastre. La República sobrevivió incluso una sublevación en 1934 (con un saldo de 1500 muertos), organizada por una parte principal de los partidos que la habían proclamado y una represión indiscriminada, a la par que poco efectiva. Una represión que encarceló entre 15 y 20.000 personas pero que dejó sin inhabilitar políticamente a sus dirigentes y conspiradores. En el Archivo de la Fundación Ortega-Marañón se custodia una carta de Ortega a Marañón al respecto (aunque, en realidad, su destinatario era el Presidente Alcalá Zamora), donde se desarrolla la idea de que la represión de aquella intentona descabellada -que la participación del PSOE había convertido en políticamente explosiva- había sido equivocada y mal llevada: generalizada, en lugar de selectiva, y dirigida contra corporaciones e instituciones, en vez de actuar contra aquellos individuos que efectivamente hubieran delinquido. Por algo, la llamó Calvo Sotelo *una revolución amnistiada*<sup>255</sup>, comparándola con la Commune, aunque omitiendo reconocer, eso sí, que la intentona militar de los “suyos” en 1932, *impacientes del ideal* –que, según Pemán, debía consistir en arrasar con el Parlamento y acabar con la democracia<sup>256</sup>- también se saldó con una expropiación de las fincas de los Grandes de España pero amnistiando a los principales conspiradores y promotores de la intentona sediciosa. Desde ambas perspectivas, tampoco debe resultarnos tan extraño que, unos y otros, volvieran en 1936 a las andadas, confiando su suerte a la violencia.

Con todo, ni siquiera una creciente ola de violencia política, que en cinco años causó 2300 muertos (unos 400 de ellos en los cinco meses de Frente Popular<sup>257</sup>), terminó de anegar la República. Fue el sectarismo lo que acabó con aquel régimen: la percepción que en 1936 se apoderó de una parte sustancial de la sociedad española de que las instituciones del Estado habían pasado a ser patrimonializadas por un gobierno que no era neutral en el ejercicio de sus funciones y que se confesaba *beligerante*. *Contra el*

---

<sup>255</sup> González, “El sable...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p. 470

<sup>256</sup> J. Zamora Bonilla, “Discursos irresponsables y retóricas intransigentes”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p.569

<sup>257</sup> sobre la violencia, hay una bibliografía copiosa, aunque no siempre ponderada y contrastada, vid. p.e.: J. Blázquez Miguel, “Conflictividad en España...”; y S. Payne, “Political Violence during the Spanish Second Republic”, Journal of Contemporary History, vol. 25, n°2/3 (V-VI 1990)

*fascismo*, se declaró, en efecto, el Presidente del Consejo. Y el dirigente socialista Largo Caballero se encargó de aclarar el significado y extensión del término, asegurando, meses antes de la Guerra, que al Dr. Marañón *había que buscarle en las listas de fascistas*<sup>258</sup>. Y, en cuanto a Ortega, escribió Araquistain en *Leviatán*, era el *profeta del fracaso de las masas, un pequeño burgués con un complejo de inferioridad social metido a paladín de la contrarrevolución*.

Además de pavimentar la tragedia, este tipo de “palabras como puños” terminaron por conseguir el cumplimiento de la profecía, a medida que una parte sustancial de la población, quizá mayoritaria entre las clases medias, se fue convenciendo que el gobierno hacía dejación de sus responsabilidades en el mantenimiento del orden público e imposición de la ley: atentados diarios, iglesias incendiadas –en la que descansaban los restos de Cervantes se salvó *por casualidad*<sup>259</sup>– a veces, reconvertidas en casas del pueblo o sedes sindicales<sup>260</sup>, el Ayuntamiento de Cádiz ordenó la demolición de la escultura de Santo Domingo de Silos<sup>261</sup>, propiedades destruidas, fincas invadidas, sedes de los partidos y de los periódicos de la oposición asaltados....La nómina del caos y el desgobierno es menos significativa que su percepción.

En la España urbana, la calle comenzó a cambiar de aspecto<sup>262</sup>: al Embajador Emilio Garrigues, que presencié estremecido las manifestaciones del 1º de mayo de 1936, le parecía que “el pueblo del 14 de abril” había sido remplazado “por la clase obrera”. Madrid –nos cuenta Clara Campoamor, la campeona del feminismo republicano- *vivió desde mediados de mayo una situación caótica: los obreros comían en hoteles, restaurantes y cafés y se negaban a pagar sus cuentas, amenazando a los dueños de los establecimientos cuando manifestaban la intención de reclamar la ayuda de la policía; las mujeres de los trabajadores hacían sus compras en las tiendas de alimentación sin pagarlas, sencillamente porque iban acompañadas de un aguerrido mozo que blandía un revolver elocuente*<sup>263</sup>. El British Auto Club comunicó a sus miembros que la extorsión que se practicaba en las carreteras en nombre del Socorro Rojo Internacional – que detuvo nada menos que al automóvil del ex-Presidente de la República, imponiéndole en Sierra Morena *el vergonzoso tributo*<sup>264</sup>– hacían inseguros los viajes por España. En suma –y en palabras de Prieto- la República iba viéndose estrangulada por *una sangría constante del desorden público*<sup>265</sup>.

No merece la pena seguir. La pretensión de inventariar la violencia y los desmanes, poniéndole colores políticos, para darle luego una vuelta de tuerca teórica, inevitablemente descontextualizada y anacrónica, es un ejercicio curioso pero relativamente fútil. Y quizá menos significativo que constatar la percepción, que se

---

<sup>258</sup> *apud* Portela

<sup>259</sup> Alcalá-Zamora, *Memorias*, op.cit., p.358

<sup>260</sup> R. Cruz, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, (Madrid, 2006), pp. 123-126

<sup>261</sup> J. Ortega Spottorno, *Los Ortega* (Madrid, 2002), p. 375

<sup>262</sup> S. Juliá, “crisis económica, luchas sociales y Frente Popular: Madrid (1931-1936)”, en P. Preston, *Revolución y Guerra en España, 1931-1939*, (Madrid, 1986), p.137

<sup>263</sup> C. Campoamor, *La revolución española vista por una republicana*, (Madrid, 2002), p.

<sup>264</sup> N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, (Barcelona, 1977), pp. 376-378

<sup>265</sup> I. Prieto, *Discursos fundamentales*, ed. de Edward Malefakis, Madrid, 1975, pp. 255-273

había apoderado de una parte considerable de la población, en el sentido de que el principio de legalidad y el deber de neutralidad de la administración había alcanzado un punto de deterioro mayor de lo asumible para un país (o una parte del mismo) que tenía –y tiene- al respecto un margen de tolerancia más amplio que las democracias occidentales de referencia. En este sentido, la evidencia es abrumadora y resulta engañoso descartarla sin más como coartadas ex post facto.

Pero más que las acciones, fueron las omisiones y las discriminaciones las que terminaron por arruinar el crédito de autoridad del gobierno entre una parte significativa de la población. Tras el “pucherazo” frentepopulista en las elecciones de Cuenca, hasta una persona particularmente conciliadora como Giménez Fernández se declaró convencido que *todo lo que sean apelaciones a la convivencia aquí, son perfectamente inútiles*<sup>266</sup>. Porque –aseguró Joan Ventosa en un debate parlamentario famoso y dramático- *el respeto a la ley no se imponía a todos por igual*. Y, en efecto, es un hecho difícil de refutar que la represión, aunque a menudo merecida, iba siempre dirigida contra falangistas y derechistas. Incluso cuando los desmanes y atentados, como era aún más frecuente, provenían de la izquierda revolucionaria, se volvía a detener a los falangistas. El magnicidio de Calvo Sotelo no originó una conspiración que llevaba tiempo gestándose pero tuvo “un efecto eléctrico”, actuando como “catalizador para transformar” un golpe desorganizado, y sólo parcialmente apoyado, en “una poderosa rebelión”<sup>267</sup>. Al parecer, el asesinato del político gallego disipó las dudas del general Franco<sup>268</sup> *Cuando fueron revelados sus detalles* –reconocería después un oficial leal a la República- *la reacción fue tremenda*. Porque el asesinato del político gallego no es moralmente más repugnante que el del teniente Castillo, cuya muerte buscaba vengar, pero el magnicidio tiene una dimensión política de otra naturaleza infinitamente más grave: Calvo Sotelo, uno de los líderes de la oposición y diputado con inmunidad parlamentaria, fue secuestrado en su casa –y asesinado después en una camioneta de la Guardia de Asalto- por una banda heterogénea, carente de unidad orgánica, de guardias de asalto, policías y guardias civiles fuera de servicio, acompañados de activistas socialistas y comunistas, en un rôle, que empezaba a ser frecuente, de *hilfspolizei* estilo nazi<sup>269</sup>. Para demasiados, aquello fue como un fogonazo que iluminaba la descomposición del Estado, tras meses de un manejo sectario y arbitrario de la administración. Fuera del juez instructor del caso, el gobierno apenas reaccionó, salvo ordenar “otra ronda” de arrestos de falangistas y derechistas<sup>270</sup>. Era más de lo que muchos estaban dispuestos a soportar: el creciente déficit en un capital de legitimidad que estaba siendo aceleradamente consumido por la impunidad terminó por propiciar, con la ruina de la legalidad, una rebelión cívico-militar de proporciones pavorosas. Una rebelión –justo es reconocer el irrefutable análisis de Azaña- que precipitó al país por una catástrofe infinitamente más calamitosa que la que pretendía combatir.

---

<sup>266</sup> Álvarez Tardío y Villa, *La Exclusión*, op. cit., p. 279

<sup>267</sup> S. Payne

<sup>268</sup> J. Aróstegui,

<sup>269</sup> I. Gibson, *La noche...*

<sup>270</sup> A. Bullón de Mendoza



## La Commune y Asturias: conclusiones diferentes para dos revoluciones

Desde muy temprano, la República se había visto más asediada que apoyada por un gran partido de derecha católica, la CEDA, de ambigua lealtad (“accidentalista”, en cuanto a la forma de gobierno) pero genuinamente legalista casi hasta el final –si bien espolcado por grupos autoritarios (Acción Española), cuando no totalitarios (Falange y JONS), tan ruidosos y violentos como poco numerosos; y un partido socialista leal, aún cuando mayoritariamente colonizado por un sindicalismo partidario de métodos ilegales y violentos, al servicio de objetivos revolucionarios<sup>271</sup>, flanqueado a su izquierda por un Partido Comunista –creciente e influyente pero insignificante (apenas, el 4% del voto en 1936)- y hostigado por un gran sindicato anarquista (CNT) de insobornable vocación revolucionaria.

Tiene, pues, razón Joaquín Leguina: demasiados grupos, a derecha e izquierda, no creían en –ni practicaban- la democracia. Poner el acento en los pistoleros de la FAI o de Falange es un pobre y engañoso consuelo. Porque, siendo un problema, no eran el mayor de los problemas. En este sentido, resulta curioso –y quizá revelador- observar que el propio Partido Socialista de 1936, en su versión caballerista mayoritaria, no hubiera pasado el corte de la ley de partidos actual. El PSOE de antaño era más un sindicato que un partido político. Y lo siguió siendo durante la República. Sin embargo, el socialismo pre-republicano era un partido más bien urbano e industrial. Características que vieron considerablemente alteradas durante la República con la incorporación de un contingente muy numeroso procedente del campo, gracias, al parecer, a los manejos de Largo Caballero desde el Ministerio de Trabajo. En todo caso, un hecho que no debió contribuir precisamente a la ilustración y moderación del socialismo español, cuyos cuadros directivos estaban por lo general compuestos por “una burocracia sindical y unos periodistas de inciertos saberes”<sup>272</sup>, gentes más bien elementales y primitivas; a veces, de gran inteligencia natural, como Prieto, pero de una preparación muy limitada, salvedad hecha de algunos casos notables, como Besteiro, Negrín o Fernando de los Ríos.

No obstante, que una parte sustancial del PSOE quisiera hacer la revolución y un partido derechista emborronar la Constitución con tintes católico-corporativos, o que hubiera militares golpistas entrenados en reprimir kábilas rifeñas, deberían haber sido, para gobiernos comprometidos en el arraigo y estabilidad de una república democrática y liberal, datos del problema -nada inusuales, por otra parte, en aquella Europa turbulenta. Para republicanos sin más, se trataba, sin duda, de un planteamiento inquietante, cuya complicación y volatilidad aconsejaba precisamente prudencia y compromiso, al tiempo que temple, rigor e imparcialidad. Hicieron lo contrario.

También la III República francesa hubo de lidiar en sus comienzos (1871-1879) con los revolucionarios de la Commune y con mayorías monárquicas contrarias a la República<sup>273</sup> (de 650 diputados, unos 500 eran monárquicos<sup>274</sup>), gestionadas por

---

<sup>271</sup> S. Juliá, “Preparados para cuando la ocasión se presente”. Los socialistas y la revolución”, en Juliá, dir., Violencia política en la España del siglo XX, (Madrid, 2000), pp. 145-190.

<sup>272</sup> S. Juliá

<sup>273</sup> Rémond, La vie politique, op.cit., pp. 278-285

<sup>274</sup> Halévy, Notables, op.cit., p. 20-21

gobiernos *des notables* de la vieja Francia<sup>275</sup>. Thiers creía habérselas con una Asamblea dividida entre *locos y malvados*<sup>276</sup> y se consideraba no menos amenazado por *la folie rouge* que por *la folie blanche*<sup>277</sup>, en forma de una vociferante opinión clerical que preocupaba hondamente a Renan<sup>278</sup>, quizá porque impuso a Francia, *nación penitente*, la construcción del Sacre-Coeur, como *expiación* del sacrilegio communard<sup>279</sup> y de *las señales de Satán: el prusiano vencedor y el Papa destronado*<sup>280</sup>. Y, en efecto, una marea de peregrinos que recorría Francia por ferrocarril en agresivas manifestaciones clericales y legitimistas, blandiendo amenazadoramente con sus bastones el drapeau blanc del conde de Chambord, pretendiente al trono de San Luis<sup>281</sup>. Precisamente por ello, los republicanos franceses manejaron lo delicado de su situación con la *sagacidad*<sup>282</sup> que les pedía Thiers y que aceptó Gambetta<sup>283</sup>. Aplicaron implacablemente la ley a los unos y forzaron a los otros a moverse dentro de la constitución pero sin regatearles el poder que les llegaba de las urnas.

Calvo Sotelo señaló en las Cortes que la III República francesa no era tanto fruto de la revolución como resultado de la represión de la Comuna. Una afirmación un tanto tremendista pero no del todo desenfocada. Porque, en efecto, La Commune es un parteaguas en casi toda Europa. Un “crepúsculo que no aurora”, la Comuna fue, en realidad, la última llamarada jacobina de la insurrección popular y de la técnica revolucionaria de la barricada, más que la primera revolución proletaria<sup>284</sup>. Sin embargo, la imagen se ha impuesto a la realidad desde que Marx la acuñó, en La guerra civil en Francia, 1871, como el ejemplo vivo de la lucha de clases. De este modo, la primera “révolution rouge” entusiasma a bastantes, conmociona a algunos –como a Nietzsche, horrorizado ante los “palacios calcinados” y la ciudad destruida- y reprime drásticamente a demasiados<sup>285</sup>. El ejército conquista el París communard barrio a barrio. Bombardea las barricadas, fusila a resistentes y simpatizantes o les fuerza a exiliarse para salvar la vida. Las cifras son escalofrantes: 20.000 víctimas en combate y 50.000 sometidos a consejo de guerra; sumando los fugitivos, la capital perdió unos 100.000 habitantes, como la cuarta parte de su población obrera masculina y, de hecho, la Comuna significó también “la derrota de París” que dejó de ser “la fuerza política” decisiva que había sido durante un siglo<sup>286</sup>.

Los “faubourgs nunca perdonaron a Thiers una acción de tal naturaleza”<sup>287</sup> pero el resultado fue que “toda una parte de la izquierda qued[ó], de hecho, eliminada” por más de una década<sup>288</sup>. Gambetta estuvo entre los fugitivos. En setiembre de 1870, huye en globo de un París sitiado y convulsionado. Se instala en Tours y, durante casi cuatro meses, convierte su delegación del Gobierno de Defensa Nacional en una dictadura radical y belicista. De derrota en derrota, abrumado por el desastre y la impopularidad,

<sup>275</sup> Halévy, Notables, op.cit., p.12

<sup>276</sup> Idem, p. 192

<sup>277</sup> Saint Genest, en LE FIGARO, apud, Halévy, Ducs, op.cit., p. 18

<sup>278</sup> Renan, Réforme intellectuelle et morale de la France

<sup>279</sup> Halévy, Ducs, op.cit., pp. 18, 23, 98 y 134

<sup>280</sup> Halévy, Notables, op.cit., pp.45 y 193-196

<sup>281</sup> Halévy, Ducs, op.cit., pp. 15 y 17; y Notables, op.cit., p. 194

<sup>282</sup> Halévy, Notables, op.cit., pp. 114-115

<sup>283</sup> Mayeur, Les débuts, op. cit., p.25

<sup>284</sup> J. Rougerie, La Commune de 1871 (PUF, 2009)

<sup>285</sup> Halévy, Notables, op.cit., p. 68; y Ducs, op.cit., p. 115

<sup>286</sup> Halévy, Ducs, op.cit., p.116

<sup>287</sup> Idem, p. 238

<sup>288</sup> Rémond, La vie politique, op.cit., pp. 308-309

entre la Comuna revolucionaria y el Versalles represor, opta por exiliarse en San Sebastián (marzo de 1871)<sup>289</sup>. Durante cuatro meses, permanece en silencio, discreto y sin respuesta a los ataques de Thiers que le trata de *loco furioso*. Pero no olvidará su terrible experiencia<sup>290</sup>. Es difícil interpretar su cautela durante los primeros y vacilantes pasos de la III República, su cambio de estrategia y su paciencia con la “*République des Ducs*”, sin considerar las amargas experiencias de la *débâcle*, la revolución y la represión. El caso es que la mayoría de los republicanos franceses apoyaron la normativa excepcional que siguió a la implacable represión de la *Commune* durante casi diez años<sup>291</sup>. El estado de sitio se mantuvo hasta 1876 y la amnistía no llegó hasta 1880<sup>292</sup>. La celebración del *Catorze Julliet* permaneció prohibida mucho tiempo<sup>293</sup> y, tanto la Marsellesa como la Tricolor estuvieron durante años reducidas al ámbito militar<sup>294</sup>.

Con todo, lo más significativo a nuestros efectos es que los republicanos franceses se inclinaron por la estrategia política inversa a la de sus homólogos españoles. Convencidos de que los revolucionarios habían arruinado la II República, los fundadores de la Tercera<sup>295</sup> “aprovecharon la *Commune* para desembarazarse del obrerismo” revolucionario<sup>296</sup>, aliándose con los orleanistas<sup>297</sup> -una estrategia “clave” en la moderación y consolidación de la III República<sup>298</sup>. Así pues, el punto de inflexión de los republicanos franceses no estuvo sólo, ni quizá principalmente, en la renuncia a la “religión jacobina”, que dice Furet, cuanto en un *boulversement des alliances* que diezmó primero, y luego marginó, al obrerismo revolucionario, a quien los padres de la III República hacían responsables del fracaso de la Segunda. Al revés que los republicanos españoles. El fracaso de la revolución de 1934, la relativa facilidad con que un ejército más bien incompetente acabó con el foco revolucionario principal en Asturias y el dato sangriento de una represión cruel, a la par que poco contundente, no sirvió de lección a los socialistas. Continuaron creyendo en el mito revolucionario y en la imbatibilidad de las masas, fascinados por mineros que prendían los cartuchos de dinamita con sus pitillos o, como Largo Caballero, soñando, en las páginas de los *Episodios Nacionales*, con la idea romántica de la guerrilla y las milicias del siglo XIX<sup>299</sup>. “Lejos de cualquier autocrítica, *Octubre* siguió funcionando como un mito positivo”<sup>300</sup>, casi hasta nuestros días. Salvo contadas excepciones, como Prieto –que pasó de autor a crítico de la catástrofe<sup>301</sup>- pocos escucharon las advertencias de Besteiro de que *por ese camino de locura [se iba] al desastre, a la ruina y, en último caso al deshonor*<sup>302</sup>.

---

<sup>289</sup> Halévy, *Ducs*, op.cit., p. 295

<sup>290</sup> Halévy, *Notables*, op.cit., pp. 112-113 y 213

<sup>291</sup> Rémond, *La vie politique*, op.cit., p.53

<sup>292</sup> J.-T. Joughin, *The Paris Commune in French Politics, 1871-1880. The History of the Amnesty of 1880*, 2vols. (Baltimore, 1955)

<sup>293</sup> Rémond, *La vie politique*, op.cit., pp. 28, 36 y 48 ; y Halévy, *Ducs*, op.cit., p. 30

<sup>294</sup> R. Sanson, *Les 14 Julliet 1789-1875. fête et conscience nationale* (Paris, 1976)

<sup>295</sup> Halévy, *Ducs*, op.cit., p. 82

<sup>296</sup> Halévy, *Notables*, op.cit., p.35

<sup>297</sup> F. Goguel, *La Politique des partis sous la III République*

<sup>298</sup> Halévy, *Ducs*, op.cit., p. 253

<sup>299</sup> Fuentes, *Largo Caballero*, op.cit., p. 286

<sup>300</sup> Del Rey, “La República...”, en Del Rey, *Palabras*, op.cit., p.220

<sup>301</sup> Macarro, “Los socialistas...”, en Álvarez Junco y Cabrera, *La mirada*, op. cit., p. 102

<sup>302</sup> E. Lamo de Espinosa et al, *Política y Filosofía en Julián Besteiro*, (Madrid, 1990)

Pero lo más sorprendente del modelo español es que los republicanos tampoco aprovecharon el sangriento fiasco de Asturias para distanciarse de los revolucionarios. Construyeron el Frente Popular, una política de moda en la época –y no sólo entre los comunistas<sup>303</sup> - pero una pócima poco indicada para la consolidación de un régimen. El experimento empezó a trompicones. En realidad, no hubo una transmisión ordenada de poderes. La verdad es que Portela salió huyendo del gobierno y de una situación poco menos que caótica en las calles y en los campos. “La Pasionaria” nos relata en sus Memorias como fue abriendo, sin orden judicial alguna, las celdas de algunas cárceles – de las que los funcionarios de prisiones habían desertado espantados- para liberar a los presos de Asturias. Y la cosa siguió peor, al destituir al Presidente Alcalá-Zamora en una operación de un contenido jurídico tan discutible como “moralmente inaceptable”, en la medida que era precisamente la izquierda quien había exigido a Alcalá-Zamora la disolución de las Cortes de 1933<sup>304</sup>. En todo caso, la destitución del Presidente, además de “un grave golpe a la legitimidad del régimen republicano”, eliminó un contra-poder considerable y removió a Azaña de la Presidencia del Consejo, dejándole “fuera del juego político” efectivo, para situar en su lugar a Casares Quiroga, un personaje secundario, débil y enfermizo, después que la sólida candidatura de Prieto hubiera sido bloqueada por Largo Caballero. Sea o no cierto que la triple jugada estuvo diseñada por Araquistáin, como él mismo le confesó al Dr. Marañón, años después<sup>305</sup>, el hecho es que la carambola debilitó extraordinariamente a la República.

El caso es que nuestros republicanos procedieron aproximadamente al revés que los franceses: una afirmación que debe interpretarse en la inteligencia de que tiempos y siglas iguales no implican necesariamente identidad de circunstancias. En este sentido, la traducción al español del Front Populaire de la república vecina es uno de esos casos en que la analogía resulta anacrónica aunque sea coetánea<sup>306</sup>. Nombres y siglas similares disimulan realidades muy diferentes. Ni siquiera la morfología política de la coalición es comparable. El partido radical francés tuvo una importancia y desempeño en la coalición popular un papel muy diferente a la izquierda republicana española. Además, un PSOE, mayoritariamente colonizado por el sindicalismo revolucionario, es difícil de comparar al PSF: la riada de artículos, declaraciones, discursos y actitudes del sector caballerista en contra de toda versión republicana que no fuera “la nuestra” –es decir, la suya- hubiera resultado impensable en la Francia de los treinta. Los socialistas franceses asumieron responsabilidades de gobierno desde el principio<sup>307</sup>. Blum no habló de implantar el socialismo, sino de *un cambio moral y material*, expresando su voluntad de consolidar *la defensa y el orden republicano*<sup>308</sup>. Y no es sorprendente porque no es casual. Desde la militarización de Renania, Blum consideraba que todos los partidos franceses *debían agruparse en defensa de las libertades de la República y de los intereses vitales de la nación* en una concertación que se extendiera desde los

---

<sup>303</sup> S. Juliá, Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936), (Madrid, 1979), pp. 1-2 y 150-163

<sup>304</sup> J.P. Fusi, “Prólogo”, en N. Alcalá-Zamora, Asalto a la República, Enero-Abril de 1936, (Madrid, 2011), pp. 30-31

<sup>305</sup> Fuentes, Araquistáin, op. cit.

<sup>306</sup> La bibliografía sobre el Front Populaire es masiva. El libro de G. Lefranc, Histoire du Front Populaire, 1934-1938, (Paris, 1974), sigue siendo la obra general de referencia

<sup>307</sup> D. Scott Bell y B. Criddle, The French Socialist Party: the emergence of a party of government, (London, 1988)

<sup>308</sup> J. Colton, Léon Blum: humanist in politics

comunistas de Maurice Thorez al centro-derecha de Paul Reynaud: una política que aconsejaba precaución y le imponía moderación, en la medida que le ataba a los radicales en el interior y al Reino Unido en el exterior<sup>309</sup>.

En Francia, la República estaba sólidamente asentada desde la década del ochenta del siglo anterior: el ejército había quedado republicanizado con la represión de la Commune; el affaire Dreyfus y “la fiebre boulangista” lo habían vacunado de interferencias en la política, al tiempo que los republicanos, la izquierda incluida, habían popularizado, agasajado y ensalzado la institución militar<sup>310</sup>. Una política a la que se sumó la extrema izquierda obrerista desde el giro copernicano en la política soviética con la entrada de Dimitrov, como Secretario General del Komintern, transitando de la confrontación contra el “social-fascismo” a la concertación frente al peligro nazi-fascista: en el discurso de clausura de la Conferencia de Ivry (23 de junio de 1934) del PCF, Thorez lanza una llamada a la cooperación “a cualquier precio” con los socialistas. A mayor abundancia, con ocasión del viaje del Presidente del Consejo, Pierre Laval a Moscú, en mayo de 1935, Stalin se declara ferviente partidario de la política de defensa francesa, un pronunciamiento que pone fin a la política anti-militarista de los comunistas<sup>311</sup>. Por otra parte, la III República había capeado la marea clerical en los años setenta y pasado el sarampión anticlerical a principios de siglo<sup>312</sup>. Pero, sobre todo, republicanos y orleanistas venían de una profunda desconfianza de la democracia plebiscitaria e idearon, como antídoto a los métodos del “pequeño” Napoleón una “república de instituciones” (Gambetta). Traducido, quiere decir que, a la altura de los años treinta, Francia contaba con una relativa separación de poderes, una firme independencia de los mismos, autonomía y profesionalidad de los cuerpos de administración que aseguraban el imperio de la ley. De esta suerte, los cambios de gobierno y mayorías tenían límites y significación muy distintos a los de la España de la misma época.

La estrategia de los republicanos españoles, pues, fue al revés, no tanto en relación a sus coetáneos del Frente Popular, como al revés que los republicanos franceses cuando estos hubieron de enfrentarse a un problema parecido de consolidación del régimen. Al revés de aquellos políticos republicanos que aprovecharon a la Comuna para repudiar – en lugar de jalearlo – al diezariado obrerismo revolucionario<sup>313</sup>, imponiendo implacablemente la ley a los unos (los juicios a los communards se prolongaron un lustro<sup>314</sup>) y a los otros, hasta convertir a los agitadores legitimistas y al clericalismo radical en imagen de incertidumbre y anarquía<sup>315</sup>, mientras la III República arraigaba como símbolo de *orden y legalidad* (Gambetta). En dos palabras: al parecer, la Commune y las elecciones de febrero (1871) hicieron que Gambetta escuchase el retador consejo de Thiers de *olvidar en la práctica los principios preconizados en la teoría*<sup>316</sup>, replanteándose su política revanchista y revolucionaria<sup>317</sup>, hasta “cambiar de estrategia”<sup>318</sup>. Y empezó temprano. Ya en julio de 1871, comenzó por predicar una

<sup>309</sup> J.-M. Mayeur, La vie politique sous la Troisième République, 1870-1940, (Paris, 1984), pp. 354-360

<sup>310</sup> P. Ordioni, Le pouvoir militaire en France, de la Commune de Paris à la Liberation, T II, p. 156

<sup>311</sup> P. Robrieux, Histoire intérieure du parti communiste, t. I

<sup>312</sup> J.-M. Mayeur, La Question laïque, XIXe-XXe siècle, (Paris, 1997)

<sup>313</sup> Mayeur, Les débuts, op. cit., p.11

<sup>314</sup> Halévy, Ducs, op.cit., p. 84

<sup>315</sup> Halévy, Notables, op.cit, pp. 28-31, 177 y 200

<sup>316</sup> Idem, p. 117

<sup>317</sup> Halévy, Notables, op.cit., pp. 10-13

<sup>318</sup> Rémond, La vie politique, op.cit., p. 328

*República cimentada en la conciliación*<sup>319</sup>, continuando por vender a los republicanos como *partido de conservación*<sup>320</sup>, declarándose después *devoto de Juana de Arco*<sup>321</sup>, para terminar almorzando con el Príncipe de Gales.

Por el contrario, las elecciones del 33 y Asturias, no tuvieron en Azaña un efecto similar, en cuanto que persistió en su política de coalición con el socialismo revolucionario. Parte del problema era que Azaña también tenía su leyenda histórica. Al parecer, la República había venido *a reanudar la tradición republicana libertadora de las ciudades castellanas de los comienzos de la edad moderna*<sup>322</sup>. En suma, resurgía el mito comunero de los orígenes del liberalismo español, cuyo problema habría consistido en que “la burguesía liberal prefirió buscar refugio en manos militares y bajo el manto protector de la Iglesia”, renunciando “a llevar a término su revolución”. En consecuencia –siempre según el futuro Presidente de la República- el nuevo proyecto republicano “ya no podía consistir en una revolución puramente burguesa, sino que debía entroncar con las fuerzas populares”<sup>323</sup>. A nuestros efectos, no importa tanto que el razonamiento sea contradictorio en sus propios términos, como el hecho de que arrastrara una conclusión política insoslayable: que en “la empresa que aguarda[ba]” debía tener cabida *el movimiento ascensional del proletariado, uniendo la inteligencia y los batallones populares*. En suma, *contar con las izquierdas españolas todas, y nada más que con ellas*; o en palabras más precisas: *la cosa natural era una coalición de socialistas con republicanos de izquierda*<sup>324</sup>. Dicho y hecho: la coalición de grupos y partidos que trajo la República, antes de cumplir el año de su proclamación, había quedado “reducida a republicanos de izquierda y socialistas”<sup>325</sup>. Así pues, para Azaña – y quizá una parte sustancial de los dirigentes republicanos- la “alianza” de la “clase obrera y la burguesía liberal contra la Corona y la oligarquía” era casi más que una estrategia política. Era la base de la República y hasta una interpretación de la historia de España que hundía sus raíces en el enfrentamiento en las Comunidades de “la nobleza y la monarquía contra el tercer estado”. De este modo, aunque Azaña profesara rechazar *una política de arqueólogos*, buscando *liberar a la sociedad española del morbo histórico*, como tantos liberales desde Cádiz –y mucho antes, en otros países occidentales- buscaba “argumentos” para su república en una supuesta Ancient Constitution española<sup>326</sup>.

Pero el guiño histórico de nuestros republicanos era más atractivo e imaginativo que operativo. Y, en todo caso, el problema fue que, en la realidad, una gran parte de la burguesía española acabó por buscar consuelo en esos curas, y refugio con esos militares, que históricamente le reprochara Azaña en su conjuro histórico. El propio Presidente lo reconoció, en sus reflexiones sobre la tragedia española: que la guerra no se había producido tanto por una confrontación entre burgueses y proletarios, como a consecuencia de la fractura de las clases medias españolas. Aunque puede que olvidara admitir que la mayor parte de ellas se alineó –o se vio empujada- contra una República que se les aparecía en deriva revolucionaria. Quizá porque los republicanos, más que

---

<sup>319</sup> Halévy, Notables, op.cit., p. 116

<sup>320</sup> Rosanvallon, Le sacre, op.cit., p.445

<sup>321</sup> Halévy, Ducs, op.cit., pp. 267-268

<sup>322</sup> M. Azaña, Obras Completas, (Madrid, 2007), II, p. 228

<sup>323</sup> Juliá, Azaña, op. cit., p. 274

<sup>324</sup> Juliá, Azaña, op.cit., pp. 263, 274 y 289

<sup>325</sup> Juliá, Hoy no es Ayer, op.cit., p.59

<sup>326</sup> Juliá, Azaña, op. cit, pp.226, 232, 248 y 301

republicanizar y democratizar a sus aliados socialistas, terminaron como rehenes “impotentes”\*\* de organizaciones sindicalistas revolucionarias. Dicho lo cual, debe quedar claro que la inclusión de los socialistas en el establishment democrático distaba de ser una ocurrencia de los republicanos españoles. Era una política iniciada en la Europa de entreguerras y que, a la larga, demostró su alta funcionalidad para el sistema democrático-. Pero el experimento, que apenas se estaba iniciando, se empezaba a ensayar en países de una democracia consolidada y con partidos de un marcado perfil socialdemócrata moderado y un comportamiento democrático intachable. En este sentido, la estrategia de aliarse con el obrerismo revolucionario, no parece fuera una receta necesariamente aconsejable para asentar un cambio de régimen y estrenar una democracia; y menos con los mimbres de un partido mayoritariamente revolucionario, como era el caso del PSOE de los años treinta<sup>327</sup>.

El hecho es que, al contrario que los republicanos franceses, sus correligionarios españoles fueron, desde el punto de vista “de la necesidad de arraigo del régimen, de una manifiesta imprudencia”<sup>328</sup>. Actuaron divididos o apoyándose en coalición con un partido socialista mayoritariamente bolchevizado y radicalizado<sup>329</sup>. Los gobiernos del Frente Popular se movieron con *la táctica* de que la tolerancia de *los desmanes* apaciguaría a los revolucionarios<sup>330</sup>, confiando además que la previsible rebelión de la derecha se consumiera en un pronunciamiento al viejo estilo que fracasaría y cuya fácil represión permitiría imponer de inmediato todo el programa frentista. Pero ambos cálculos fallaron: la lenidad, en lugar de reducir, alimentó la espiral revolucionaria; y el sectarismo sesgado del gobierno proporcionó el pretexto a los conspiradores –y la justificación a sus seguidores- para una sublevación cívico-militar de fuerte carácter nacionalista que arrastró a grupos demasiado numerosos, mayoritarios quizá entre las clases medias.

### De una horrenda culpa a un terrible acuerdo

Una gestión desastrosa de la catástrofe en aquellos dramáticos “Tres días de Julio” cerró el círculo del desacierto. *El terrible acuerdo* del gobierno Giral de armar al pueblo<sup>331</sup> - “en realidad, los sindicatos distribuyendo fusiles entre sus afiliados”<sup>332</sup>- desató la revolución que *la horrenda culpa* de la sublevación había propiciado (Azaña). El atenuante de que, aún antes de que Giral abriera los arsenales, ya había muchas armas circulando, es una endeble coartada. De hecho –y siempre desde el punto de vista de un estado de derecho- más que eximente es un agravante. La ley de armas en España era –y es- draconiana, al punto que, fuera de escopetas de caza, licencias de armas y munición de bala han estado siempre sometidas a concesiones muy reducidas y a un control

---

<sup>327</sup> Para el PSOE en esos años, S. Juliá, Historia del socialismo español (1931-1939), (Barcelona, 1989)

<sup>328</sup> A. de Blas Guerrero, Tradición republicana y nacionalismo español, (Madrid, 1991)

<sup>329</sup> S. Juliá, La izquierda del PSOE (1935-1936), (Madrid, 1977)

<sup>330</sup> Miguel Maura en El Sol, 21 junio 1936, apud, M. Maura, Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra, J. Romero Maura (ed.), (Madrid, 2007), p. 526

<sup>331</sup> Portela)

<sup>332</sup>S. Juliá, “En torno a los orígenes de la Guerra Civil”, en E. Fuentes Quintana, dir., y F. Comín, coord., Economía y economistas españoles en la Guerra Civil, (Madrid, 2008), pp. 171-189.

estricto. La proliferación de licencias, sobre todo de arma corta, es un signo revelador y sumamente inquietante. En pueblos y capitales de provincia pequeñas, para “gentes de orden” –y no necesariamente grandes propietarios- saber que determinados agitadores iban armados debía producir una sensación angustiosa y amenazadora, como nos cuenta Belmonte de Andalucía<sup>333</sup>.

El caso es que la decisión de combatir la rebelión con el reparto de armas -cuando no la desencadenó, como en el caso de Aranda en Oviedo- desató una revolución también largamente esperada, sangrienta pero incompetente: *un Gobierno impotente al frente de un Estado en quiebra* ante un *caos rojo*, en palabras de un estrecho colaborador de Negrín<sup>334</sup>; a decir de Azaña, nada más que *indisciplina, anarquía, desorden, impotencia y barullo; un motín más*, según Unamuno<sup>335</sup>. “Un poder tan atomizado, disperso y discrecional, sin ningún control exterior y sin ningún enemigo que les pudiera hacer frente en su propio territorio, explica que la española del verano del 36 fuera una de las revoluciones socialmente más profundas del siglo XX y una de las más vulnerables políticamente”<sup>336</sup>. Una revolución, en suma, “incapaz” de hacerse con el poder político, restableciendo el monopolio de la violencia, pero sobrada para dejar al gobierno sin poder<sup>337</sup>. Lo poco que restaba de República democrática pereció *devorada por el Saturno revolucionario* (Azaña). Con el monopolio de la violencia legítima<sup>338</sup>, la República, en efecto, perdió también la iniciativa política que todo gobierno legal tiene ante una sublevación. El hundimiento de la legalidad en la retaguardia republicana convirtió a Franco en referente del orden, perdiendo la República la legitimidad ante la mayor parte de la burguesía española y, con ella, probablemente la guerra. Al final, se hizo cierta la predicción de Felipe Sánchez Román al Presidente Azaña en aquellas horas de angustia y tragedia: el reparto de armas traería mucho más dolor y problemas a los republicanos que soluciones frente a la rebelión.

Pasados las primeras semanas de caos, desconcierto e incertidumbre, demasiados propietarios –y no sólo los Grandes de España- industriales y comerciantes, profesionales y funcionarios de toda clase, no vieron un gobierno que fuera restableciendo el orden e imponiendo la ley, rearmando a las fuerzas de seguridad para recuperar la calle y reorganizando lo que le restaba de ejército regular para batir a lo que, todavía en los primeros días, era fácil caricaturizar como una pandilla de militares africanistas descerebrados y rodeados de contingentes indígenas, de discurso desorbitado, gestos dervichescos, parches en los ojos y tocados de fez turco. No resulta inverosímil imaginar que amplias capas medias y profesionales pasaran, en esos días dramáticos, de considerar que la República se *había deshonrado* irremediablemente con el magnicidio de Calvo Sotelo (y el juicio es de Felipe Sánchez Román, jurista prestigioso, amigo y abogado de Azaña), a gritar *¡Viva la República!* y prestarse a su defensa ante la rebelión, como el Dr. Marañón, que se trasladó de Lisboa a Madrid con ese propósito<sup>339</sup>.

---

<sup>333</sup> M. Chaves Nogales, *Juan Belmonte, matador de toros* (Madrid, 2009)

<sup>334</sup> Vázquez Ocaña, *Segunda República*, op.cit., pp. 56-57 y 83

<sup>335</sup> Apud Zamora, “Discursos...”, en Del Rey, *Palabras*, op.cit., p. 595

<sup>336</sup> S. Juliá, “De la reforma a la revolución: los sindicatos españoles en los años treinta”, en *Sindicalismo y vida obrera en España*, (Madrid, 1996), pp. 15-26

<sup>337</sup> Juliá, *Azaña*, op.cit., pp 392-394

<sup>338</sup> Leguina, *El duelo*, op. cit., p.

<sup>339</sup> Vid., a los efectos, la correspondencia entre Gregorio Marañón y Marcelino Domingo, en G. Marañón Bertrán de Lis y A. López Vega, en *EL PAÍS*



Pero probablemente también, una gran mayoría de esas capas sociales lo que percibió, más que *Días, terribles, negros, llenos de espanto y horror* –nos dice Portela- fueron largos meses de *llamas* (Juan Iturralde), ante un gobierno desbordado por un caos de bandas heterogéneas de milicianos sanguinarios, recorriendo las calles de Madrid, Barcelona y Valencia para dar “paseos” en coches robados, “pintados apresuradamente” de letreros inquietantes, como “los leones de la destrucción”, y al grito de ¡Viva el petróleo y la dinamita!<sup>340</sup>. Milicianos, *con el viento en las cabezas en la hora del triunfo fácil*, convencidos de una victoria que daban por descontada, y que parecían mucho más dedicados a representar su simulacro de revolución sangrienta<sup>341</sup> que en desplazarse a la *línea de Talavera* para contener el avance de las tropas facciosas, al modo –comentaría Azaña, buen conocedor del tema- en que el mariscal Victor rechazó el avance de Wellington. Un clima que tiene su literatura<sup>342</sup> profusa y que algunos consideran difusa (Almudena Grandes<sup>343</sup>).

Sin embargo, de lo que fue *el infierno madrileño*<sup>344</sup>, para decirlo en palabras del Decano de Filosofía de la Universidad de Madrid, que pueden hacerse extensivas a Barcelona y Valencia, durante aquellos meses del verano y otoño de 1936, también dieron cuenta numerosos testimonios: de algunos se imprimieron recuerdos e impresiones; otros, han permanecido inéditos en fuentes manuscritas<sup>345</sup>. Dejando a un lado las “sacas” más conocidas, recogidas e investigadas, como el asalto entre el 18 y el 23 de agosto de 1936 de la cárcel Modelo de Madrid<sup>346</sup>, que provocó un conato de dimisión de Azaña<sup>347</sup>, o la masacre de Paracuellos, entre noviembre y diciembre del mismo año<sup>348</sup> –que cuentan con una amplia bibliografía literaria y profesional- los testimonios de aquellos meses de *amaneceres bochornosos* (Zugazagoitia), vinieron de todos lados, sin excluir a gentes y políticos republicanos y hasta socialistas, empezando por el propio Azaña y Portela, Besteiro y Prieto. Muchos de los cuales, como Portela o Clara Campoamor, huyeron para no terminar asesinados como el coronel Capaz, Rico Avello, Gerardo Abad Conde, Manuel Álvarez Valdés, Martínez de Velasco o el propio Melquíades Álvarez, el primer jefe político de Azaña, el cual *quiso morir también aquella noche*, asegurando que no estaba dispuesto a presidir *una república de asesinos*. El comentario de un Prieto abrumado ante estos hechos trágicos fue lapidario: *así es como se pierde la guerra, la libertad y la democracia...*

Ese era el clima del momento. No es, pues, sorprendente que un llamado comité de “intelectuales antifascistas”, entre los que estaba M<sup>a</sup> Zambrano (la cual publicó en esos días un artículo hostil a Ortega en *El Mono Azul*, quizá -para intentar neutralizar un ataque contra ella, aparecido en la misma publicación, acusándola de fascista), se

<sup>340</sup> S. Ortega, *José Ortega y Gasset: imágenes de una vida 1883-1955* (Barcelona, 1983), p. 46

<sup>341</sup> J. Ruiz, “Defending the Republic. The García Atadell Brigade in Madrid, 1936”, en *Journal of Contemporary History*, vol. 42, n° 1, 2007, pp. 97-115

<sup>342</sup> Vid., entre otros muchos, M. Chaves Nogales,\*\*\*

<sup>343</sup> “La condición miserable”, en EL PAÍS, 9/V/2010

<sup>344</sup> Manuel García Morente a José Ortega y Gasset, 4 octubre 1936, relatándole su huida y el asesinato de su yerno, en Archivo Ortega y Gasset, C 13/18

<sup>345</sup> R. Cruz, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, (Madrid, 2006)

<sup>346</sup> Una versión testimonial detallada, en C. Rico Avello, *apud* J. Pan Montojo, “del Ministerio de Hacienda a la Pradera de San Isidro”, en J. Pan Montojo (cord.) et al, *El sueño republicano de Manuel Rico Avello*, (Madrid, 2011), pp., 165-182

<sup>347</sup> S. Juliá, “Duelo por la República española”, en

<sup>348</sup> I. Gibson, *Paracuellos, cómo fue* (Madrid, 1983); J. Cervera, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina* (Madrid, 1998),

presentaron en la Residencia de Estudiantes -y no precisamente armados de plumas estilográficas- amenazando y conminando a Ortega, *bajo las más terribles amenazas*, a firmar determinado manifiesto de apoyo al gobierno. Una primera redacción agresiva del documento fue rechazada *rotundamente* por Ortega, que permanecía aislado y enfermo en su habitación, como le cuenta, ya desde Francia, a Victoria Ocampo (en una carta -rescatada por Marta Campomar- de 25/X/1936): *diles que eso no lo firmo aunque me maten* –le aseguró a su hija Soledad que, a la sazón, hacía de intermediaria con el Comité Antifascista. Pero –sigue el relato de Ortega a Victoria- *esta negativa indignó más á los jóvenes escritores comunistas que volvieron con nuevas amenazas*. Al final, se gestionó un texto más aséptico de *tres líneas*, *en que no se fuese contra nadie y que hubiese podido firmar un año antes*, cuenta Ortega en la carta. No obstante, *el periódico “Claridad”* –sigue el texto de Ortega- *arremetió conmigo haciendo constar que mi “filosofía era en la que se habían alimentado las mentes fascistas”*. *He de advertir* –aseguraba Ortega- *que en aquellos días cada delación de este tipo en ese criminal periódico solía ser seguida a las veinticuatro ó cuarenta y ocho horas de fusilamiento*. *Yo comprendí, sin embargo* –continuaba Ortega- *que antes querrían obligarme nuevamente á algo en que mi nombre fuese utilizado en su beneficio*. Y, *en efecto, pocos días después volvieron –yo en la cama, medio muriendo- para que ¡hablase por radio á América! Haciendo intervenir á algunos más sensatos conseguí una demora que pude aprovechar para escapar con todos los míos, aunque no podía sostenerme en pié*<sup>349</sup>.

No exageraba, pues, el Dr. Marañón -él mismo refugiado en un buque británico- cuando declaraba a un periódico francés, que muchos *intelectuales hemos tenido que huir para salvar la vida*. La contundente afirmación de D. Gregorio -cuya peripecia personal durante la Guerra ha quedado establecida en un artículo reciente y revelador de su nieto, Gregorio, en El País- viene corroborada por testimonios de izquierda. D. Daniel Cossío Villegas cuenta de propia fuente mexicana, que las gestiones realizadas por el gobierno Giral a través de la Legación de México en Lisboa para trasladar a buen número de profesores a la república azteca tuvieron como intención librarles de los rigores de la guerra pero, como motivo urgente, sacarles del Madrid revolucionario, donde el propio gobierno de la República temía por su vida.

No me parece, pues, una hipótesis descabellada considerar que, ante el macabro dilema de *orden sangriento, pero orden al fin*, y el caos revolucionario del "otro" lado -que tampoco estaba manco de una sangre menos descontrolada y espontánea, más programada y dirigida de lo que las versiones políticamente correctas suelen admitir pero que la evidencia documental ha venido a rectificar<sup>350</sup>-, una parte muy considerable de la burguesía española, quizá la mayoritaria, *preferiera*<sup>351</sup> *mieux la terreur blanche*, como le hace decir Marx a aquel político francés (Baraguey d'Hilliers) mediado el ochocientos. Para demasiados, debió resultar menos malo “la revolución del orden”<sup>352</sup>; *una autoridad, aunque fuera coja, al desorden incivil*<sup>353</sup>-eso, guste o disguste, es lo que debió pensar una parte considerable de las capas medias y profesionales españolas enfrentadas a aquel infernal dilema. Demasiado tarde, Azaña, que había equivocado el

<sup>349</sup> J. Ortega y Gasset a Victoria Ocampo, 25/X/1936

<sup>350</sup> J. Martínez Reverte, La batalla de Madrid, \*\*\*\*“Los muertos de todos”, en EL PAÍS, V/2010; y S. Juliá, “Duelo por la República española”, en

<sup>351</sup> Portela)

<sup>352</sup> H. Massis, Jefes: Conversaciones con Mussolini, Salazar, Franco; La conquista de Hitler, (Buenos Aires, 1939)

<sup>353</sup> Portela)

camino, acertó con el epitafio: *la indisciplina, anarquía [y] desorden sangriento* de las calles de Madrid, Barcelona y Valencia sellaron el destino de la República. Y el caso es que Azaña terminó por *presidir [esa] guerra civil* que aseguraba haber *venido a evitar*<sup>354</sup>.

Aquellos meses de rebelión y revolución despertaron algunos de los mejores instintos de las personas: “pimpinelas”, generosidad, valor y entrega, hubo en los dos bandos. Pero la Guerra hizo aflorar mucho más de lo peor de la condición humana. A veces, la pasión política sirvió de cobertura, más que de motivación, a la oleada de crímenes. Pero también la venganza personal, odios ancestrales, el ajuste de cuentas en una sociedad pobre, inculta, cerrada y envidiosa estuvo con frecuencia detrás de los horrores cometidos en la retaguardia de ambos bandos. La naturaleza civil de la contienda hizo del dicho americano, “reds –or fascists- under the bed”, una realidad próxima, inmediata y temible. La paranoia del terror difuso pero cercano, la desconfianza, la sospecha, la denuncia, la denuncia del vecino, casi tan odiado como enemigo que temido como delator, fue un arma mortífera en ambas retaguardias.

Con todo, “la barbarie desatada en el verano de 1936 –nos advierte Fernando García de Cortázar- ha ocultado el hecho de que la mayoría de los españoles llevaba una vida normal”<sup>355</sup>. Al parecer, en el verano del 36 se esperaba una ocupación record en los centros vacacionales (J.P. Fusi): “miles de esposas se llevaron a sus niños a sus casas de veraneo, mientras sus maridos se quedaban en la ciudad trabajando. Miles de familias enviaron a sus hijos a los campamentos de vacaciones abiertos por la UGT, los sindicatos católicos o la Iglesia”<sup>356</sup>. Parece, pues, que muchos españoles pensaban más en veranear –o recoger la cosecha- que en matarse. Ambas partes apelaron al mito de la “Nación en armas”. Pero es un hecho, que la Guerra de España no generó un entusiasmo desbordante à la Valmy. Sobraron, qué duda cabe, muertes, penalidades y crueldades pero ninguno de los dos bandos produjo esa oleada de fureur populaire en masse de la Gran Revolución. La proporción de combatientes fue reducida, en relación a la masa en edad militar. En la España de la república popular, la movilización general no se decretó hasta pasada la batalla del Ebro. Quizá, no sea aventurado suponer que la mayoría de la población se vio “arrastrada” a la tragedia por políticos profesionales, conspiradores y agitadores de ocasión y sus seguidores más politizados, sin duda, numerosos, “extremistas” y ardientemente activos, pero reducidos en número, en relación a la población total<sup>357</sup>. En este sentido, una cosa es que la ciudadanía se vea empujada al enfrentamiento –o al matadero, como en este caso- y sea incapaz de desarrollar estrategias de freno y equilibrio suficientemente poderosas y atractivas como para incentivar a otros empresarios del poder interesados en apostar por políticas de moderación (Hanah Arendt); y otra cosa muy distinta es no entender como observadores que la disputa -para no hablar de las luchas- por rentas de poder sea algo que, probablemente, a la inmensa mayoría de la ciudadanía le enoja mucho más que le interesa. Una idea que, en general, los profesionales de la política se resisten a admitir - y nosotros, los historiadores, a comprender.

La Guerra, pues, sólo fue inevitable para quienes la querían provocar. La “sublevación no tenía justificación”, escribe el profesor Santos Juliá. Y, desde luego, medida en

---

<sup>354</sup> M. Azaña

<sup>355</sup> F. García de Cortázar, Los mitos de la Historia de España, (Barcelona, 2005), p.288

<sup>356</sup> Idem, pp. 288-289

<sup>357</sup> Leguina, El Duelo, op.cit., p.96

términos de la catástrofe que desencadenó, no la tuvo. Pero nuestra tarea no es tanto dictar ese tipo de sentencias como intentar comprender a los actores del drama en sus propios términos. Dicho con sus propias palabras, “nuestro trabajo no es el del juez, sino el del hermeneuta”<sup>358</sup>. Y es un hecho que buena parte de los profesionales de la política, de la agitación y de la conspiración compraron casi todas las papeletas en esa tómbola macabra y a demasiados no parecía repugnarles ese juego mortal de ruleta rusa: *o viene nuestra dictadura o la otra* –escribía Araquistáin tras el magnicidio de Calvo Sotelo<sup>359</sup>. Por eso, le confesaba Prieto a otro compañero de partido, Julián Zugazagoitia, *vamos a merecer, por estúpidos, la catástrofe*<sup>360</sup>. Una afirmación que no ambiciona explicar lo ocurrido pero que ayuda a comprenderlo, sin necesidad de compartirlo.

### Los protagonistas: entre la temeridad y la incompetencia

Aquellos profesionales del poder, agitadores revolucionarios de profesión y conspiradores por dedicación, de uno y otro bando, hicieron cálculos extremadamente arriesgados, más explicables como un síndrome de la psicología de la agresión y voluntad de exterminio que como producto de un análisis lógico<sup>361</sup>. No pensaron – reconoce todavía hoy Santiago Carrillo en una confesión estremecedora pero que bien podía repartirse entre casi todos los actores de ambos bandos- que la trágica aventura durara tanto y terminara en un descalabro de tal envergadura<sup>362</sup>. Conocemos bastante bien el contenido ideológico que dividía y enfrentaba mortalmente a los dirigentes de ambos bandos. No obstante, como en las tragedias de Sófocles, acaso ayude a la comprensión del drama preguntarnos por las coincidencias de actitud y comportamiento. Y la impresión que uno tiene leyendo a los actores de la tragedia – rebeldes, civiles y militares, Gobierno, partidos de izquierda y sindicalistas revolucionarios- es que, más allá de la ideología, hay algunas características psicológicas y culturales comunes a todos ellos: la cultura de la violencia y una tendencia a la política de la acción directa, junto a una sorprendente seguridad que casi todos abrigan de un triunfo fácil y rápido, como explicación de una general imprudencia, acelerada por la impaciencia y agravada por la incompetencia.

En este sentido y a esta altura, parece necesario matizar, evitando que la certeza de algunas afirmaciones haga olvidar la reflexión. Porque la evidencia de que la República no nació predestinada al fracaso, y de ni siquiera se le dio tiempo a fracasar tanto como que fue “fracasada”<sup>363</sup> por un movimiento cívico-militar, y de que la guerra fue “el cruce” trágico “de dos impotencias” (la de los rebeldes para triunfar y la del Gobierno para sofocar), son tan abrumadoramente ciertas<sup>364</sup> que arriesgan con narcotizar el debido ejercicio de comprensión, omitiendo además la responsabilidad de los actores, medida en los términos de sus propios objetivos. El hecho de que los efectos del movimiento militar fueran devastadores a la postre no le confieren características sísmicas. El golpe no fue impredecible, a modo de un terremoto. No fue sorprendente; ni siquiera sorpresivo. Por eso, fracasó como tal golpe, para degenerar en una guerra. Y tampoco

---

<sup>358</sup> S. Juliá, “Restos del pasado”, en EL PAÍS, 25/VII/1999

<sup>359</sup> Fuentes, Largo Caballero, op.cit., p. 275

<sup>360</sup> García de Cortázar, op.cit., p.291

<sup>361</sup> Fornari

<sup>362</sup> S. Carrillo, apud EL PAIS, 17 VII 2011

<sup>363</sup> S. Juliá, “El fracaso de la República”, en Revista de Occidente, (nov. 1981), pp. 196-211

<sup>364</sup> S. Juliá, “...orígenes de la Guerra...”, Fuentes, Economía..., op. cit., pp. 172-173

debe ser investigado y pensado hoy como si de un fenómeno de naturaleza geológica se tratara. Los precedentes ahí estaban desde 1923. A mayor abundancia, los republicanos lo intentaron en 1930 y lo abortaron en 1932.

En la España de aquellos años de violencia y “acción directa”, el movimiento del 18 de julio –con independencia de su taxonomía que revisaremos más adelante- no era el primero ni fue el último. Cánovas murió creyendo que su sistema de alternancia garantizada *había desterrado para siempre de nuestro léxico la palabra pronunciamiento que nos deshonraba ante las naciones civilizadas* (Maura). Pero un cuarto de siglo después, el fantasma resurgió como de la nada, de forma casi banal y por telegrama. Fue incruento y pareció irrelevante. Pero, a la postre, se demostró letal –en lo que respecta a la quiebra de un estado de derecho y una cultura de la legalidad. A la generación que había vivido la Commune y el Sexenio Revolucionario no se le escapó su trascendencia. Al parecer, la reina Cristina reaccionó ante el golpe de 1923 poniendo a buen recaudo en Suiza sus ahorros, exclamando que vería a su *hijo destronado pero no tronado*. Y el propio don Alfonso reconoció con sarcasmo –a toro pasado- que Primo había traído *buenas carreteras y la República*. En todo caso, son expresiones que vienen a resaltar que la República no es fácilmente explicable sin el pronunciamiento con que el general Primo de Rivera violó la Constitución en setiembre de 1923. Los propios republicanos montaron su movimiento de “carácter cívico-castrense” en 1930<sup>365</sup>, frustrado y ensangrentado. Los monárquicos hicieron lo propio en 1932. Y la izquierda, en general, con los socialistas en particular, hizo su ensayo general de revolución violenta en octubre del 34. La volátil mixtura cívico-militar del 36 acabó en tragedia pero la España republicana no terminó definitivamente hasta el golpe del coronel Casado en marzo de 1939. Así pues, el primitivo método la “militarada”, como la llamaba Cánovas –en sus diversas versiones- a pocos podía sorprender.

En cierto modo, Azaña tenía razón cuando, en su discurso del 23 de Julio, comparaba la reacción de las masas en las calles intentando aplastar el movimiento del 36 con el pueblo de Madrid en 1808 alzándose contra las tropas de Murat. Aunque quizá el reparto de papeles en los actores de la tragedia habría que permutarlo, la imagen sirve para proyectar la aurora de un modelo revolucionario: una parte de la guarnición (los Daóiz, Velarde y Ruiz) sublevada contra las órdenes del gobernador militar de Madrid, Fernando de la Vera, y en comunión y amalgama con “el pueblo” de menestrales, majos y chisperos, la barriada amotinada y en turba que venía inquietando a los monarcas europeos desde mediado el setecientos.

En realidad, el modelo, en sus más variadas combinaciones, desde el pronunciamiento y el golpe, al movimiento cívico-militar, se gesta en la Gran Revolución. Corresponde a una intervención militar autocratizante que pone fin a la fase tribalizante y Convencional del militarismo revolucionario. Porque la revolución fue también una escuela de represión. Los nuevos generales que habían reprimido a la Vendée, sobrevivido al Terror y roto la aporía logística ilustrada, aprendiendo a vivir del terreno conquistado, cauterizados por una moral de victoria, tenían más fe en el impulso audaz de los románticos que la cautela de los ilustrados por los límites de la violencia, o respeto por unos políticos “agiotistas” que especulaban con sus conquistas y se enriquecían con sus pertrechos. No dudaron en aplicar técnicas represivas implacables a la turba amotinada -que, hasta entonces, habían tenido la iniciativa de una violencia en

---

<sup>365</sup> J.F. Fuentes, Largo Caballero. El Lenin español, (Madrid, 2005), p. 165

libre mercado. Apostaron la artillería en las esquinas y cruces estratégicos de las ciudades (Bonaparte), dispararon con metralla y cargaron con caballería de sable (Murat). A pesar de las alegorías plásticas de Delacroix, demostraron, ya desde los cinco últimos años del siglo XVIII, medio siglo antes que Marx extendiera su acta intelectual de defunción -y con ocho décadas de antelación al sangriento correctivo empírico con que Thiers suprimió la Commune- que la barricada, como técnica revolucionaria, podía ser derrotada. Si en Thermidor (1795) creyeron haber recobrado un gobierno de orden aplastando a las secciones jacobinas y en Vendemiere salvado la República, dispersando a las secciones realistas, en Prairial, los mismos militares estaban listos para suprimir parlamentos y derribar gobiernos.

Así pues, los años del Directorio, el Consulado y el Imperio fueron duros para los revolucionarios. Tiempos difíciles pero no perdidos. Algunos revolucionarios aprendieron la lección de la represión militar. Y comprendieron que el mismo ejército que les había desbandado y reprimido también podía servir como instrumento de revolución que les devolviera el poder<sup>366</sup>. Una idea cuyo precedente quizá haya que buscarlo en Marat<sup>367</sup>, aunque constituya la conclusión más interesante del relato de Buonarotti<sup>368</sup>. Y eso, la práctica revolucionaria militarizada, mucho más que la utopía “de los iguales”<sup>369</sup>, es lo que, de la famosa “conspiración” de Babeuf, interesó, primero a Marx y Engels y, entusiasmó luego, a Lenin y Trotsky porque combinaba ejército y milicias<sup>370</sup>. El ejército, pues, armado por Rousseau con la idea de la *Voluntad General por la libertad*: como escribía, así con mayúsculas, el general Quiroga en 1820 en una de sus proclamas<sup>371</sup>. En 1936, el último de esos “levantamientos plebiscitarios” (en menos de quince años había habido tres intentonas con la explosiva alquimia), como le llama Enric Ucelay-Da Cal<sup>372</sup>, parcialmente fracasado, pero masivo e implacable, se llevó por delante, junto al régimen republicano, hábitos, costumbres e instituciones seculares del liberalismo parlamentario español.

El intervencionismo militar, por tanto, debía haber sido considerado entonces –e investigado hoy- como un dato del problema y no precisamente irrelevante. Y tampoco aislado. Sin embargo, en general, no ha sido ese el tratamiento habitual del fenómeno. Y es sorprendente. Porque no es fácil subrayar la importancia decisiva del golpe y, al mismo tiempo, considerarlo como un act of God, que dicen los ingleses, como si de una catástrofe natural se tratara. Resulta por demás chocante que de tales métodos y de la posibilidad de un acontecimiento de esa naturaleza parezcan sorprenderse -e indignarse- políticos que entonces estaban dedicados a preparar, o a soñar, con un vuelco revolucionario violento en sentido contrario. En esta línea, me parece un error despreciar el elemento “plebiscitario” y popular del movimiento. El golpe pudo ser militarmente autónomo en su ejecución –aunque la trama civil y la cobertura económica

---

<sup>366</sup> G. Lefebvre, 1974)

<sup>367</sup> M. Vovelle, 1963)

<sup>368</sup> Buonarotti (New York, 1965)

<sup>369</sup> K.D. Tönnesso, 1962)

<sup>370</sup> A. Lehning, 1956)

<sup>371</sup> *National Archives* (Washington), M. 31/Roll 20 (Jan. 3-Dec. 18, 1820: John Forsyth, Minister in Madrid, to Secretary of State, John Quincy Adams): copia adjunta al despacho número 12 del 15 feb. 1820 de la proclama del general Antonio Quiroga, desde el cuartel general de San Fernando, el 5 en. 1820.

<sup>372</sup> Apud, S. Juliá, “De ‘guerra contra el invasor’ a ‘guerra fratricida’” en S. Juliá coord., Víctimas de la Guerra Civil, (Madrid, 1999).

no fuera despreciable- pero el ambiente que rodeo y alentó su preparación *-diversis artibus*, leemos en Tácito- “los trabajos”, como los llamaban los golpistas del ochocientos, la percepción con que fueron interpretados, difundidos y propagados numerosos discursos, artículos y hechos -llámense, si se quiere, pretextos o provocaciones, tanto da- en suma, el nutrido apoyo civil que tuvo aquel movimiento, fue fundamental en su gestación, maduración y en la toma de una decisión tan comprometida como arriesgada.

Los militares sublevados no fueron solos a la aventura. Iban acompañados; muy acompañados. Fueron al alzamiento acuciados, animados, jaleados y aplaudidos: “pudieron contar –dice bien el profesor Juliá- con la pasividad o la complacencia de una parte de la sociedad civil”<sup>373</sup>. Una buena parte. Resulta, pues, muy complicado entender el movimiento militar sin esa cobertura civil. Y no sólo como trama funcional de la conspiración, que también. La propia justificación teórica del alzamiento en su formulación roussoniana<sup>374</sup>, como expresión de la voluntad nacional, “los militares” como “representantes de la opinión” –en palabras de Jorge Vigón<sup>375</sup>- requiere la percepción de un ambiente ciudadano proclive al movimiento. Sin ese oxígeno popular -gas tóxico, si se prefiere, la valoración no altera la formulación de esta ecuación- una acción militar de esa envergadura y proporciones resulta inverosímil. Y ese ambiente, generalizado en una parte sustancial de la población española, no era fruto de una fabricación artificial. Las percepciones pudieron ser “apocalípticas”<sup>376</sup>, las amenazas llegar distorsionadas por la paranoia del miedo o desfiguradas por una propaganda desmesurada, pero los hechos –de la “chamusquina” (sic) de iglesias (Azaña), de las sedes de la oposición asaltadas, propiedades invadidas, enfrentamientos violentos, muertes y asesinatos- ahí están. Y, como tales, son incontrovertibles. Como mucho, puede debatirse la percepción que angustiaba a una parte considerable de la ciudadanía de que se había producido *la inhibición sistemática de la autoridad del Estado*<sup>377</sup>, a manos de un Gobierno que aparecía como incapaz -cuando no sectario- a la hora de administrar su obligación de garantizar el imperio de la ley y el orden<sup>378</sup>. Madariaga pensaba que *los desórdenes y las violencias aumentaron en proporción aterradora*<sup>379</sup>. A la altura de aquel verano, Ortega vivía persuadido que España estaba envuelta en una espiral de *demencia y criminalidad* que prologaba una tragedia. Y lo mismo creía Alcalá-Zamora. *Los ciudadanos pacíficos* –escribía, por su parte, Miguel Maura en El Sol por aquellos días- *cualesquiera que sea su color político, viven con la sensación de que las leyes son letra muerta y que los incendios, asaltos, allanamientos de morada, homicidios, insultos y agresiones a la fuerza armada, han dejado de figurar por arte de magia entre los preceptos del código penal*<sup>380</sup>. No hace falta dejarse intoxicar por la prensa de extrema derecha para reconocer –junto con testigos de impecables credenciales republicanas y democráticas, como los más arriba citados- que el principio de legalidad estaba siendo casi diariamente vulnerado en una proporción y con unos

---

<sup>373</sup> Juliá, “...orígenes de la Guerra...”, en Fuentes, Economía..., op cit., p. 180

<sup>374</sup> En esta línea, las proclamas de Franco y Queipo, entre otros, en L. Romero, Tres Días de Julio, (Barcelona, 1994), pp. 88-90, 114-115, 217 y 326

<sup>375</sup> J. Vigón, Teoría del militarismo, (Madrid, 1955), p. 195

<sup>376</sup> S. Juliá (cord.), “Introducción”, en Historia de España de Menéndez Pidal, t. XL, República y Guerra Civil, (Madrid, 2004), p. 111

<sup>377</sup> Maura

<sup>378</sup> Cruz, del pueblo, op. Cit., pp. 192-195

<sup>379</sup> S. de Madariaga, España. Ensayo de historia contemporánea, (Madrid, 1989), p. 377

<sup>380</sup> Miguel Maura en El Sol, 21 junio 1936, apud, M. Maura, Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra, J. Romero Maura (ed.), (Madrid, 2007), p. 526

hechos imposibles de homologar con los parámetros de las democracias occidentales de la época.

Pero vayamos ahora a los actores del drama, tratando de evaluarlos en función de sus propios objetivos. Entre los rebeldes, los centenares de conspiradores y activistas violentos, y las decenas de miles que los justificaban, jaleaban e impulsaban, *impacientes del ideal* -que decía Pemán- no quisieron esperar a la evolución predecible del ciclo político: al fracaso de lo que repudiaban ni a la probable división de -y posible enfrentamiento entre- sus enemigos del Frente Popular<sup>381</sup>. Optaron por la acción directa. Pero por conducto vicario. El problema de los conservadores españoles, como el de los chilenos cuarenta años después, fue que la criada (militar) les salió respondona. No respetaron el dictum de Tácito en el pronunciamiento de Galba contra Nerón. No hubo *res publica restituta*. Más bien, se cumplió el maleficio que Miguel Maura le hizo a José Antonio Primo de Rivera, semanas antes del golpe. Los militares no restituyeron “lo público”. Se lo apropiaron<sup>382</sup>. La España de la inmediata posguerra no fue un país conservador -al menos, desde una óptica occidental. La monarquía no fue reinstaurada. Don Juan hubo de refugiarse en Estoril. Y, Gil Robles, como muchos democristianos chilenos, acabaron exiliados, concertando o conspirando, según se prefiera -la valoración política no altera el razonamiento- con sus antiguos enemigos socialistas. Pero, más que totalitario fascista, España en los cuarenta y primeros cincuenta era un país de procesiones y desfiles, sacristías y cuarteles. En esa predicción, acertó Azaña. No hay como echar un vistazo a fotografías o noticiarios del momento: la España de entonces era un país militarizado -si por tal se entiende, un lugar donde los militares estaban presentes en todo, en todas las actividades, incluso las que son impropias o exóticas a su metier. Hasta la economía era una “economía de intendencia”<sup>383</sup>.

Desde un punto de vista de una democracia occidental normal y de un estado de derecho efectivo, resulta comprensible y coherente un rechazo frontal al gobierno del Frente Popular, muy deficiente desde ese supuesto. Pero, desde esa misma perspectiva, es difícil justificar que la respuesta a una gestión sectaria, con una gravísima erosión del orden público y del principio de legalidad, hubiera de consistir en la voladura del Estado. Desde principios conservadores, se supone que el Estado debería “robustecerse” en lugar de asaltarse -como prometía Gil Robles, aunque no siempre cumplía<sup>384</sup>. Y el asalto es una revolución o una reacción, no un acto de conservación.

Pero tampoco los reaccionarios estuvieron a la altura de sus propios objetivos. Se dice que la guerra vino sólo de la impotencia de los sublevados. Pero la impotencia fue una resultante de “la incompetencia de la asonada”<sup>385</sup>. Fue su incompetencia e incoherencia lo que transformó un movimiento violento y extenso, pero desarticulado y descoordinado, en una guerra. Convertir en un totum revolutum toda rebelión militar lleva a una confusión grosera, aunque muy común. Hacer del pronunciamiento un sinónimo de golpe militar es una licencia literaria que casi todos cometemos a veces. Pero es un error conceptual. No es lo mismo. Y no lo fue aquel 18 de julio. De hecho, los sublevados violaron los códigos del pronunciamiento clásico. Una política de fuerza

---

<sup>381</sup> Miguel Maura a José Antonio Primo de Rivera, 7 julio 1936, en M. Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, op.cit., p. 550

<sup>382</sup> Idem, p.

<sup>383</sup> J.Mª Esteban et alii,

<sup>384</sup> Idem, p. 197

<sup>385</sup> Leguina, *El duelo*, op.cit., p. 96



milenaria y clásica, relatada con precisión por Tácito<sup>386</sup>, resucitada en la resaca de la Gran Revolución y ensayada desde la Restauración de 1815, que respondía a una filosofía y tenía sus rituales. El pronunciamiento era una política de fuerza que procuraba economizar violencia. La idea consistía en imponer una solución política – con preferencia a un cambio de régimen<sup>387</sup> – pero conjurando la división y, por tanto, evitando el enfrentamiento en el ejército y el consiguiente conflicto abierto, sobre la base de asegurar la pasividad o “golpe negativo” de las unidades que no participaban en la operación. De ahí que busquen ganar tiempo y espacio: son progresivos y periféricos<sup>388</sup>. Por eso, aunque en la España –y en la Europa– del XIX– hubo cientos de pronunciamientos, sólo algunos triunfaron y muchísimos más desistieron, disolviéndose en casi todos los casos sin mayores tragedias. Los enfrentamientos eran poco enconados y los choques masivos y sangrientos casi inexistentes. Se llamaban batallas, como en la jornada de Alcolea en 1868, a lo que eran poco más que escaramuzas o maniobras de unidades que rehuían el choque más que buscaban destrozar al rival. En general, el resultado militar no se medía en represalias, sino en ascensos para los vencedores y la disposición de destino, “a medido sueldo”, para los perdedores.

Así pues, el movimiento de 1936 no fue un pronunciamiento clásico. Fue un golpe militar. Y un golpe militar, por definición, casi siempre es “faccional”<sup>389</sup>, muy lejos de la práctica unanimidad –activa o pasiva– de un pronunciamiento. Por eso, el faccionalismo no fue el problema del 18 de julio. El problema fue el de “un planteamiento defectuoso”: una preparación y desarrollo incoherente en relación a la estrategia de violencia seleccionada<sup>390</sup>. Quizá, porque el “alzamiento” estuvo más decidido que pensado como un golpe. Pero fue ejecutado con el ritual –aunque sin respetar el protocolo– de un pronunciamiento clásico, puede que debido al fuerte contenido plebiscitario que tuvo aquel movimiento<sup>391</sup>. El hecho es que salieron pelotones de soldaditos –o peor, se quedaron en los cuarteles, como en Madrid– para colocar pasquines en las esquinas declarando el estado de guerra y con el objetivo de controlar la calle, enfrentándose a tiros con paisanos –y, a veces, con las fuerzas de seguridad –como en Barcelona– que era algo más serio.

Pero, eso no es un golpe de estado: una operación militar interna que también tiene su protocolo. Y antes –desde Gabriel Naudé, el bibliotecario del cardenal Mazarino– su filosofía, a la cual, Curzio Malaparte le pondría letra de manual práctico para “tiempos modernos”. Malaparte comprendió, quizá con antelación a los Liddel Hart, Fuller, De Gaulle o Guderian, teóricos de la “guerra relámpago”, que un sistema altamente tecnificado distribuye recursos con tal grado eficiencia, concentrándolos con tal intensidad que hacen del sistema contingente de fragilidad, en la misma medida que los concentra. Partiendo de la noción de una escasez de recursos de violencia disponibles, la idea del golpe de estado consiste en revertir una situación de inferioridad estratégica de medios hasta convertirla en superioridad táctica en algunos puntos vitales, aplicando, a modo de palanca, una violencia limitada, pero intensa, en determinados centros de información y decisión. Controlados esos centros neurálgicos, el dispositivo de poder se desconecta desmoronándose, de tal suerte que todo el resto se torna irrelevante. La

---

<sup>386</sup> Tácito

<sup>387</sup> J. Cepeda Gómez, Teoría del pronunciamiento

<sup>388</sup> M. Alonso Baquer, El modelo español de pronunciamiento, (Madrid, 1983), pp. 9-45

<sup>389</sup> S. Juliá,

<sup>390</sup> Romero, Tres Días, op. cit., p. 342

<sup>391</sup> T. Echeverría, Cómo se preparó el alzamiento

victoria alemana en la operación Gelb que derrotó a Francia en la primavera de 1940 no estuvo en dar batallas sino en evitarlas, consiguiendo que la masa de maniobra aliada no entrara en combate.

El contraejemplo de la precedente ilustración comparada, nos lo proporciona la rebelión en Madrid. Los golpistas ni siquiera tenían organizado la toma del centro de transmisiones de la Armada en la Ciudad Lineal. Entiéndase bien: no es que fracasara el golpe, es que no había siquiera plan para adueñarse de un punto tan vital para el éxito del movimiento sedicioso –y ello, a pesar de que oficiales simpatizantes, cuando no comprometidos, en la intentona no faltaban. Ese lapsus, revelador de incompetencia, imperdonable –desde el punto de vista de los sublevados- le permitió a un oficial de transmisiones, audaz y “leal”, dar un contragolpe preventivo que puso la mayor parte de la Armada en manos del Gobierno<sup>392</sup>. La trascendencia estratégica de este fracaso de los golpistas -y victoria inicial de los gubernamentales- es difícil de subestimar. Y, en este punto, la tentación contrafáctica es pecado venial: un manejo adecuado de esa superioridad naval puntual –en lugar, de la calamitosa incompetencia de la marinería popular- hubiera impedido, casi con seguridad, el paso del grueso del ejército de África<sup>393</sup> y, sin este instrumento tan decisivo, no es fácil imaginar la rapidísima caída de todo el suroeste en manos nacionalistas, la conexión sur-norte entre las dos zonas rebeldes y el cerco de Madrid desde el otoño de 1936 -con la espalda favorable de la frontera portuguesa asegurada, como premio estratégico.

La cuestión, pues, en el golpe del 36 no era tanto movilizar divisiones como neutralizarlas: enmudecer, desorientar, aterrorizar e inmovilizar al enemigo, controlando los centros de comunicación, información y decisión<sup>394</sup>. Y, para ello, no hacía falta tantos “trabajos” para urdir “compromisos”, a modo de los antiguos pronunciamientos, como contar en lugares estratégicos con unas cuantas unidades comprometidas, medianamente preparadas y entrenadas -los “mil técnicos” de Malaparte- capaces de ocupar aceleradamente algunos –pocos- objetivos estratégicos, sobre todo en Madrid, como “pieza maestra”, centro de poder e información del país<sup>395</sup>. No fue el caso: Madrid se consideró, pero terminó por ceder su preeminencia a África como objetivo principal<sup>396</sup>. Para mayor despropósito de lo que un golpe bien organizado exige, los militares rebeldes “perdieron la iniciativa” en demasiados puntos estratégicos<sup>397</sup> porque ignoraron el efecto sorpresa que un movimiento de esta naturaleza debe garantizarse. Entiéndase bien la diferencia: a pocos extrañó un movimiento que algunos preparaban, bastantes deseaban y muchos más esperaban; pero también esperaban los alemanes desde 1943 la invasión del Continente y, sin embargo, les sorprendió el lugar (Normandía) y el momento (el 6 de junio de 1944). Lo malo –para los rebeldes- es que el golpe, no sólo no fue sorprendente, es que tampoco fue sorpresivo. Al parecer, Mola consideró imprescindible el asalto coordinado al mando de las guarniciones de las cincuenta provincias españolas<sup>398</sup>. Pero, el hecho es que el alzamiento estuvo descoordinado y se produjo “escalonadamente” entre el 17 y el 19 de julio<sup>399</sup>, de modo tal que el Gobierno, los partidos del Frente Popular y los sindicatos tuvieron “ocasión” y

---

<sup>392</sup> Idem, pp. 46-50

<sup>393</sup> Romero, Tres Días, p. 47

<sup>394</sup> Idem, p. 58

<sup>395</sup> Idem, p. 615.

<sup>396</sup> F. Beltrán Güel, Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional, (Valladolid, 1939), p.17

<sup>397</sup> Idem, p. 344

<sup>398</sup> P. Preston, La Guerra Civil Española, (Barcelona, 2008), p. 105

<sup>399</sup> J. Ortiz Villalba, Del golpe militar a la Guerra Civil

tiempo “para prevenirse” y organizar la resistencia<sup>400</sup>, al menos en algunos lugares de primera importancia, como Madrid y Barcelona.

Lo que de común tiene cualquier movimiento armado es su naturaleza militar. Y el objetivo de toda operación militar consiste en lograr el desistimiento del enemigo con la mayor economía de medios posible. Con esa vara de medir, pues, el movimiento del 36 fue una gran “chapuza” - militarmente hablando, se entiende<sup>401</sup>- “Fue más un cuartelazo que una sublevación enérgica”<sup>402</sup> porque lo que se concibió como un golpe, se desarrolló como un pronunciamiento fallido que degeneró en una guerra. En dos palabras, aquel alzamiento militar no fue un pronunciamiento porque careció de la unanimidad como fórmula para evitar enfrentamientos; pero tampoco fue un golpe porque se ignoró el factor sorpresa, y su séquito de celeridad y simultaneidad, al servicio de una adecuada selección de objetivos. La temeridad de los rebeldes les llevó a no calcular que un golpe mal organizado y sin objetivos estratégicos adecuados, desarticulado y peor ejecutado en algunos centros clave (en Madrid y Barcelona) tenía grandes probabilidades de fracasar en demasiados lugares, fraccionando y compartimentando el territorio, como así ocurrió, para componer un primer mapa de “lealtades geográficas” que, cimentadas con casi tanto terror como ardor, llevaron a un enfrentamiento civil no planeado pero inmanejable e imparable y prolongado, sangriento e irreconciliable.

¿Y, el Gobierno? Cuesta creer que se viera sorprendido. El alzamiento fue el secreto de polichinela. En aquella primavera trágica, las advertencias les vinieron de todos lados y no sólo de la policía: Miguel Maura fue al Pardo expresamente para advertírsele al Presidente<sup>403</sup>, recomendándole –in extremis y con bastante buen sentido- una política de salvación, en forma de una dictadura nacional republicana –plan que había desarrollado en una serie de artículos en El Sol apenas un mes antes<sup>404</sup>; Carrillo y Largo Caballero, también dan cuenta de entrevistas y parecidas advertencias con Casares y Azaña.

La cuestión es que el Gobierno, en lugar de actuar, optó por esperar el estallido del furúnculo. A partir de ese hecho, pueden hacerse interpretaciones, más o menos especulativas. No resulta inverosímil que el Gobierno Casares viera en la intentona un fogonazo capaz de cegar el magnicidio de Calvo Sotelo, en el que habían participado miembros de las fuerzas de seguridad, un asunto explosivo y sumamente complicado de manejar en cualquier democracia parlamentaria. Puede, por el contrario, que, anticipando la represión de los conspiradores, temieran prender la rebelión o provocar una revolución que soñaban estar desactivando con concesiones. A la postre, hubieron de injerir los dos venenos: una rebelión que desencadenó una revolución. En todo caso, lo que si parece revelar la inacción del Gobierno, expresada con suficiencia e interpretada con tranquilidad, es –coincidiendo una vez más con el resto de los actores del drama- la idea de que la partida estaba ganada antes de jugarla<sup>405</sup>. Pensando quizá que se las vería con un pronunciamiento al viejo estilo; es decir, aquella política de fuerza, diseñada para ejercer una coacción que produjera una sustitución del gobierno,

---

<sup>400</sup> Romero, Tres Días, op.cit., p. 298

<sup>401</sup> La versión opuesta, en F. Alía Miranda, JULIO DE 1936,

<sup>402</sup> S. Payne

<sup>403</sup> Romero, Tres días, op.cit., pp. 156-158

<sup>404</sup> M. Maura, Así cayó, op.cit., pp. 513-546

<sup>405</sup> Romero, Tres Días, op. cit. p. 241

pero evitando desencadenar un enfrentamiento a gran escala, sangriento y prolongado. Sin embargo, se dio de bruces con un movimiento cívico-militar de enormes dimensiones<sup>406</sup>.

En cuanto a los revolucionarios –tenía razón Machado- *rara vez calcularon, cuando disparaban sus fuelles de retórica futurista, que, el retroceso de las culatas, suele ser más violento que el tiro*<sup>407</sup>. Pero acierta Juan Francisco Fuentes, cuando nos advierte que casi todos –y no sólo Araquistáin- “revela[ban] un irrefrenable optimismo y cierta macabra excitación”<sup>408</sup>, que contrasta poderosamente con el caos, la desorganización, la improvisación y la incompetencia general. Alcalá-Zamora también pensaba *que lo que la izquierda desea y cree oportuno es la guerra civil*<sup>409</sup>. Si los militares *se quieren dar el gusto de un golpe de Estado, que se lo den. A la clase obrera no se la vence* –aseguraba Largo Caballero en un mitin un mes antes del alzamiento<sup>410</sup>. Así, cuando recibieron la rebelión como aurora de revolución, llamando con entusiasmo “¡a las barricadas!” –seguros, ellos también, de que *la victoria e[ra] indudable*<sup>411</sup> – no debían de haber leído a sus profetas (Engels), ni aprendido de sus verdugos (Thiers) que, tras Termidor, y mucho más después de la Commune (Marx), el éxito de una revolución moderna es proporcional a la disposición y cohesión del Ejército regular (Trotsky). “¿Cómo se puede aplastar con una huelga general un estado de guerra?” –se pregunta juiciosamente el profesor Santos Juliá. Por eso, porque no se puede, junto a la idea de que “la huelga general aplastaría a los sublevados”, cayó “un mito de la clase obrera disuelto por la realidad bélica”<sup>412</sup>. Al revés que sus viejos correligionarios de la I República (Salmerón y Castelar), que se enfrentaron a la rebelión en 1873 de gran parte del Ejército, aumentando y reforzando sus efectivos regulares, los jacobinos y sindicalistas revolucionarios de 1936 disolvieron lo que les quedaba de cuerpos profesionales, para confiar su defensa a unas milicias afiliadas a –más que dirigidas por– los sindicatos, tan reducidas en número como militarmente incompetentes. La decisión gubernamental de licenciar a la tropa es un caso interesante de no calcular las consecuencias indeseables que una determinada medida puede tener para quien la toma. Parece indudable que la idea del gobierno Giral perseguía privar a la rebelión de efectivos pero, en realidad, a quien dejó sin soldados fue a la República porque el ejército sublevado no tuvo problemas a la hora de imponer una disciplina férrea que evitara deserciones de importancia<sup>413</sup>.

A esta altura, quizá resulte conveniente matizar determinados titulares rimbombantes, muchos artículos apocalípticos y bastantes discursos incendiarios<sup>414</sup>. Porque las llamadas a la revolución puede que tuvieran más de baladronada amenazante que de realidad política consistente. Otra cosa, claro, es el efecto devastador que dichos, hechos y políticas de exclusión pudieran haber tenido en la acera política opuesta. En uno y otro

---

<sup>406</sup> S. Juliá, “Víctimas del terror y la represión”, en E. Fuentes Quintana, dir. y F. Comín, coord., Economía y economistas españoles durante la Guerra Civil. (Madrid, 2008, vol. II, pp. 385-410.

<sup>407</sup> Apud Zamora, “Discursos...”, en Del Rey, Palabras, op.cit., p.585

<sup>408</sup> Fuentes, Araquistáin, op.cit., p.19

<sup>409</sup> “Los diarios robados de Niceto Alcalá-Zamora”, en EL MUNDO, 13/XI/2011

<sup>410</sup> Fuentes, Largo Caballero, op.cit., pp. 272-273

<sup>411</sup> Fuentes, Araquistáin, op. cit.,p.238

<sup>412</sup> Macarro, “Los socialistas...”, en Álvarez Junco y Cabrera, La mirada, op.cit., p. 103

<sup>413</sup> Romero, Tres Días, op.cit., p. 616

<sup>414</sup> Fuentes, Largo Caballero, op.cit., pp. 270-271

lado, mucho del enfrentamiento sangriento se nutría del terror al contrario<sup>415</sup>. Sin embargo –y con independencia de percepciones trágicas- el profesor Macarro ha sabido verter en prosa sindical el verso lamartiniano y los clarines del “Octubre Rojo” español. Y, a la postre, resulta que el “giro bolchevique” del partido se focalizaba en el control del mercado de trabajo y la sindicalización de la economía. De modo tal, que los rayos y centellas tonantes de los profetas revolucionarios se resumían en la árida prosa de la Ley de Términos, en el control de los organismos de arbitraje y en el empleo forzoso con salarios inflacionarios<sup>416</sup>. Al parecer, pues el “Lenín español” era, en realidad, más bien un *fraile sindical*<sup>417</sup>, cuyo interés por la República se limitaba al *fortalecimiento de nuestras organizaciones obreras y socialistas*<sup>418</sup>. Ahora bien, si esta hipótesis del profesor Macarro, además de verosímil, resultare cierta, el reproche que cabe formular a la actuación de Largo Caballero, juzgada desde sus propios fines, es que para un control sindical y ventajista del mercado de trabajo, hubiera sido mucho más efectivo velar por la consolidación de la República que contribuir con amenazas revolucionarias a descarrilarla, como así ocurrió.

En todo caso, el hecho es que, en aquella hora angustiosa, Largo Caballero impuso su estrategia para combatir la rebelión; a saber: “licenciamiento de soldados, lo que implicaba una disolución general del ejército; y distribución de armas, lo que equivalía a fiar a una resistencia obrera y popular la derrota de la rebelión”<sup>419</sup>. Una estrategia que se saldó en un estrepitoso fracaso militar –y que llevó a Franco hasta las puertas de Madrid, tras cruzar el Estrecho, superando su manifiesta inferioridad naval y aérea inicial- sin eximir a los republicanos de un sangriento y caótico peaje revolucionario que alienó a amplias capas medias del país. De esta suerte, y a diferencia de la Francia revolucionaria, en la España revolucionaria de 1936, no hubo “amalgama” con los oficiales de carrera leales, capaces de transformar *la fureur populaire* en una fuerza militar efectiva. Cuando el Gobierno se puso a reconstruir el nuevo ejército regular de la República, probablemente ya era demasiado tarde.

*No más pactos, si quieren una guerra civil, que la hagan* -sentenciaba Álvaro de Albornoz en Diciembre de 1931<sup>420</sup>, cuando todavía, según Prieto, *la demagogia era la musa preferida*<sup>421</sup>. *Es de temer* –podía leerse en Leviatán en octubre de 1934- *o acaso de desear, que no se pueda evitar la guerra civil, cuya implosión purificaría la cargada atmósfera española*<sup>422</sup>. *Venga un poco de caos* –editorializaba Claridad, un mes antes de la Guerra- *desgraciadamente en España hay muy poca guerra civil y muy poca revolución*<sup>423</sup>. “El presentimiento –y aún el deseo- de la guerra aparece nítidamente expresado” entre demasiados textos de aquellos años y no sólo en Leviatán o Claridad<sup>424</sup>. Al fin, aquellos cálculos, en buena medida disparatados y, en todo caso, sumamente arriesgados y aventurados se saldaron en una tragedia –diríamos

---

<sup>415</sup> Cruz, del pueblo, op. Cit., pp. 190-192

<sup>416</sup> Macarro, “Los socialistas...”, en Álvarez Junco y Cabrera, La mirada, op.cit., pp. 99-101

<sup>417</sup> Fuentes, Largo Caballero, op.cit., p.296

<sup>418</sup> Macarro, “Los socialistas...”, en Álvarez Junco y Cabrera, La mirada, op.cit., p.97

<sup>419</sup> S. Juliá, “En torno a los orígenes de la Guerra Civil”, en E. Fuentes Quintana, dir., y F. Comín, coord., Economía y economistas españoles en la Guerra Civil, (Madrid, 2008), vol. I, pp. 171-189.

<sup>420</sup>

<sup>421</sup> I. Prieto

<sup>422</sup> Fuentes, Largo Caballero, op.cit., p. 399

<sup>423</sup> Fuentes, Largo Caballero, op.cit., p.273

<sup>424</sup> Fuentes, Araquistáin, op.cit., pp.237-238, 246 y 263

parafraseando a Tácito- preparada por pocos, apoyada por algunos y perdida por casi todos. Porque la guerra –había aprendido Azaña en los campos de Francia, entre los “soldados engullidos en el barro o agonizando en las ambulancias”- *es un mal absoluto sin compensación posible, ni mezcla de bien alguno*<sup>425</sup> La de España fue inútil, argumentaba Azaña. No sirvió siquiera para *remediar aquellos males que se cargaban a la República* porque *los agrav[ó] todos, añadiéndoles los que resulta[ron] de tanto destrozo*<sup>426</sup>. Todas las *guerras civiles están irremisiblemente perdidas* –decía Sender. Y, en cierto sentido, hasta los vencedores perdieron la guerra porque *se hicieron un daño a sí mismos*<sup>427</sup> *infinitamente mayor que el que deseaban destruir*<sup>428</sup>. La perdimos incluso quienes no habíamos nacido porque *el resultado de tamaña desdicha fue la ruina nacional*<sup>429</sup>: cuando yo pude votar en 1977 tenía 33 años y ejercí mi derecho al sufragio junto a mi madre, que también lo hacía por primera vez.

### Competencia y consenso como origen y destino de la democracia

La democracia –nos explica Hayek<sup>430</sup>- es la consecuencia no planeada, aunque sí celebrada, del disenso y la confrontación. Pero no arraiga ni sobrevive sin La aceptación del adversario<sup>431</sup>, para evitar que se convierta en enemigo y la competencia se resuelva en violencia. Porque –pensaba Tierno Galván- *el poder es como un explosivo que, si no se maneja bien, estalla*. La reflexión tiene su precedente legendario. Solón reconocía que la “tiranía” –que era como los clásicos y el pensamiento tardomedieval llamaban al “poder descontrolado”<sup>432</sup>- es *una gran posición* para los líderes. Pero, el mítico legislador heleno quizá fuera el primero en advertir que ese poder irrestricto carecía de *línea de retirada*<sup>433</sup>. Muchos siglos después, *experiencias dolorosas y aleccionadoras*<sup>434</sup> –la reflexión es de Prieto tras la derrota- hicieron que, muchos políticos desde tiempos clásicos, matizarán esta reflexión. Así comprendió trágicamente Azaña que, *en 1930, se habían equivocado*<sup>435</sup>. *Nos enterrarán persuadidos* –le confesó en 1937 a Fernando de los Ríos- *de que nada de esto es lo que había que hacer*. Había comprendido que los gobiernos no eran *eternos*<sup>436</sup>. *Hemos visto a ciertos republicanos* –escribía el Presidente de la República en La velada de Benicarló- *desfogar su impotente ambición en una demagogia descabezada*<sup>437</sup>, creyendo –ahora vuelve a hablar Prieto- *que una parte se basta para imponer su voluntad a todos*<sup>438</sup>. Sin embargo, cuando el “otro” ocupa el poder –y siempre hay otro, puesto que “partido” conlleva el reconocimiento etimológico de *la otra parte*<sup>439</sup>- paga al enemigo con la misma moneda de exclusión, una disfunción

---

<sup>425</sup> Apud Juliá, Azaña, op. cit., pp. 190-191

<sup>426</sup> Idem, p.400

<sup>427</sup> M. Azaña)

<sup>428</sup> I. Prieto

<sup>429</sup> I. Prieto)

<sup>430</sup> F.A. Hayek, Los Fundamentos de la Libertad

<sup>431</sup> C. Dardé

<sup>432</sup> P. Rosanvallon, Le sacre du citoyen, (Paris, 1992), p. 32

<sup>433</sup> Plutarco

<sup>434</sup> I. Prieto, 1942)

<sup>435</sup> M. Azaña

<sup>436</sup> M. Azaña

<sup>437</sup> M. Azaña, La velada de Benicarló, 1938)

<sup>438</sup> I. Prieto, 1940)

<sup>439</sup> Lord Acton, Essays on the History of Liberty, 1985)

del sistema que, en algunas de sus manifestaciones más extremas, lleva a esos *desastres* de los que hablaba Sagasta.

De hecho, la democracia y la libertad política fue, en sus orígenes, fundamentalmente un mecanismo alternativo inventado por los atenienses para resolver sus disputas de poder, sin amenazar sus libertades políticas con el monopolio imperial -que fue el sistema que encontraron los romanos para escapar de las *bellum sociale* preservando sus libertades individuales, aunque sacrificando la *libertas* política de sus patricios<sup>440</sup>. Los políticos atenienses de los siglos VI al IV (a C) encontraron en la solución democrática la seguridad de esa *retirada* que le preocupaba a Solón. No sólo daba respuesta a las demandas de ciudadanos, consumidores de derechos políticos. Fue también una necesidad de **seguridad** con que los aristócratas de entonces, -profesionales y productores del poder hoy- aprendieron a resolver sus querellas gentilicias, por acuerdo y sin miedo a que la pérdida del poder les acarreará encima mayores males, como destierros y exilios; a veces, para evitar la cárcel o la muerte

Por eso comprendieron los doctrinarios franceses, escaldados tras las experiencias de la Revolución, que la única forma segura de hacer política consistía en *gobernar sin olvidar el punto de vista de la oposición* (Constant), “aceptando que la mayoría de hoy pueda convertirse en minoría mañana”<sup>441</sup>. En este sentido, la democracia “es la política del reconocimiento del otro”<sup>442</sup> y, “la cultura democrática”, la protección “de la diversidad”<sup>443</sup>. Porque sólo *los fingidores de extremismos* aseguran que “una parte” equivale a todos<sup>444</sup>. En España, fue un descubrimiento que le costó la vida al general Prim (1870) pero que todavía les permitió a Castelar y a Sagasta, a Montero Ríos y a Moret gobernar en alternancia y legislar con templanza numerosas reformas de la izquierda (1885-1890). Azaña comprendió trágicamente *que ninguna política se puede fundar en la decisión de exterminar al adversario*. Prieto y Negrín, que quizá estuvieron temprano en el secreto, no pudieron o no se atrevieron a imponerse en sazón y terminaron sus días en el exilio. Y a don Julián Besteiro, que siempre lo había comprendido e intentado, *rechazando un camino de locura que llevaba al desastre*, los “Hunos” (con H unamuniana) se lo impidieron y los “Otros”, especialistas en crueldad, le dejaron morir en el penal de Carmona<sup>445</sup>.

Azaña, lo explicó con la claridad del remordimiento, en sus reflexiones sobre una tragedia consumada y una guerra perdida: *los españoles tendrán que convencerse de la necesidad de vivir juntos y de soportarse a pesar del odio político. Una política de exterminio es ilícita y además es imposible*. Porque, “por mucho que se maten unos a otros”, *siempre quedarán bastantes, y los que queden tienen necesidad y obligación de seguir viviendo juntos*<sup>446</sup>. Por eso, a toro pasado (1938), reflexionaba: *un régimen que aspire a durar necesita una táctica basada en un sistema de convenciones. Un pacto – insistía el Presidente de la República- como aquel que se atribuyó a los valedores de la Restauración*<sup>447</sup>. Y, sin embargo, “transición pactada, democracia traicionada”, es todavía el slogan que resume la crítica de la Transición en estos años. Una crítica que

---

<sup>440</sup> M.T. Cicerón,

<sup>441</sup> Touraine, op.cit, 1995)

<sup>442</sup> Ch. Taylor, 1992)

<sup>443</sup> Touraine, Op.cit, 1995)

<sup>444</sup> I. Prieto, 1942)

<sup>445</sup> E. Lamo de Espinosa et al, *Política y Filosofía en Julián Besteiro*, (Madrid, 1990)

<sup>446</sup> *Apud*, Juliá, *Azaña*, op.cit., p.419; y una conclusión casi idéntica, en Leguina, *El Duelo*, op.cit., p.181

<sup>447</sup> M. Azaña, *La velada en Benicarló*, (Buenos Aires, 1939), pp. 74-75

quizá hubieran suscrito los republicanos de primera hora, que no tras la amarga experiencia de la Guerra y el exilio. Una filosofía política que se diría asentada en el supuesto de que, sin ruptura revolucionaria, el pacto político se degrada inevitablemente en una “democracia otorgada”<sup>448</sup>. Se trata de una literatura fundamentada en una idea curiosa que parece contraponer la noción de pacto y acuerdo con la de libertad y democracia. Quizá el problema del razonamiento venga arrastrado por una confusión entre principios (constituyentes) y programa (político); régimen y partido. Una confusión que lastró el sistema y el funcionamiento político de la II República. Una confusión, en fin, evitada en la Transición porque los principales partidos políticos consideraron que “la coexistencia en tensión pacífica t[enía] un valor muy superior al de cualquiera de los fines u objetivos específicos de su programa o ideología propios”<sup>449</sup>. Palabras actuales del Profesor Rubio Llorente pero que parecen simétricas de las recogidas en la diaphorá de reconciliación de Nakonè -una pequeña ciudad siciliana, a principios del siglo III antes de nuestra era- encaminadas a “hacer entender a los ciudadanos más exaltados” *que lo que les unía era más importante que lo que les dividía*<sup>450</sup>.

Tras la guerra civil entre atenienses al finalizar el siglo V, antes de nuestra era, la reconciliación, nos cuenta Jenofonte en las Helénicas, comenzó con un guerrero ateniense que, destacándose del ejército demócrata, se dirigió a sus conciudadanos y adversarios de ocasión, en los siguientes términos: *vosotros, que sois como nosotros parte de la ciudad, ¿por qué queréis matarnos?*<sup>451</sup>. En la ciudad sin reyes –nos dice Livio en el libro segundo- la libertad sólo es posible desde la concordia, *estrechando lazos entre los corazones* de los ciudadanos, no existiría sin la fraternidad ni persistiría en la discordia<sup>452</sup>. El acuerdo que liquidó el conflicto civil ateniense tras los Treinta Tiranos (-403) se concretó en una constitución más moderada. Pero los demócratas vencedores no lo interpretaron como una “venta de principios”, sino como una afirmación del elemento político de concordia a que les había llevado la reflexión sobre su propia tragedia<sup>453</sup>. Las mismas razones que habían llevado a Azaña a proponer muy pronto “planes de transacción” para interrumpir la matanza y liquidar el conflicto<sup>454</sup>.

Del mismo modo –y contrariamente a lo que nos han contado estos últimos años- el acuerdo y consenso con el adversario no es hoy, ni tampoco lo fue ayer en la Transición, ninguna “venta” o claudicación de principios. La concordia entre “las dos ciudades” es precisamente el principio y la esencia de la democracia. Porque *el pueblo* –concluía Prieto en *el remordimiento* del exilio (1940)- *no puede dividirse en dos bandos*<sup>455</sup>. Y –reflexionaba Sagasta, rectificando ideas y procedimientos ensayados y fracasados (1871)- *una política de exclusivismo e intransigencia no puede terminar más que por catástrofes*<sup>456</sup>. La guerra fue para Prieto una *experiencia aleccionadora* (1942), pues de su *recuerdo pueden derivarse útiles, aunque dolorosas enseñanzas*, que, al parecer, le llevaron a seguir las recomendaciones de Esquilo y *pensar con cordura*, predicando una

---

<sup>448</sup> G. Hermet, apud S. Juliá, 2003)

<sup>449</sup> F. Rubio Llorente,

<sup>450</sup> Van Efenterre, 1988

<sup>451</sup> Jenofonte, Helénicas

<sup>452</sup> Tito Livio,

<sup>453</sup> Romilly, op.cit, 2005)

<sup>454</sup> Juliá, Hoy no es Ayer, op.cit., p.247

<sup>455</sup> Prieto, op. cit,1940)

<sup>456</sup> apud C. Dardé, 2003)



*política de concordia*<sup>457</sup>. A ello debía referirse el dramaturgo heleno cuando se encomendó en La Orestíada a aquel dios que dispuso que, en el dolor, se hiciesen los mortales señores de la sabiduría.

José Varela Ortega

---

<sup>457</sup> I. Prieto